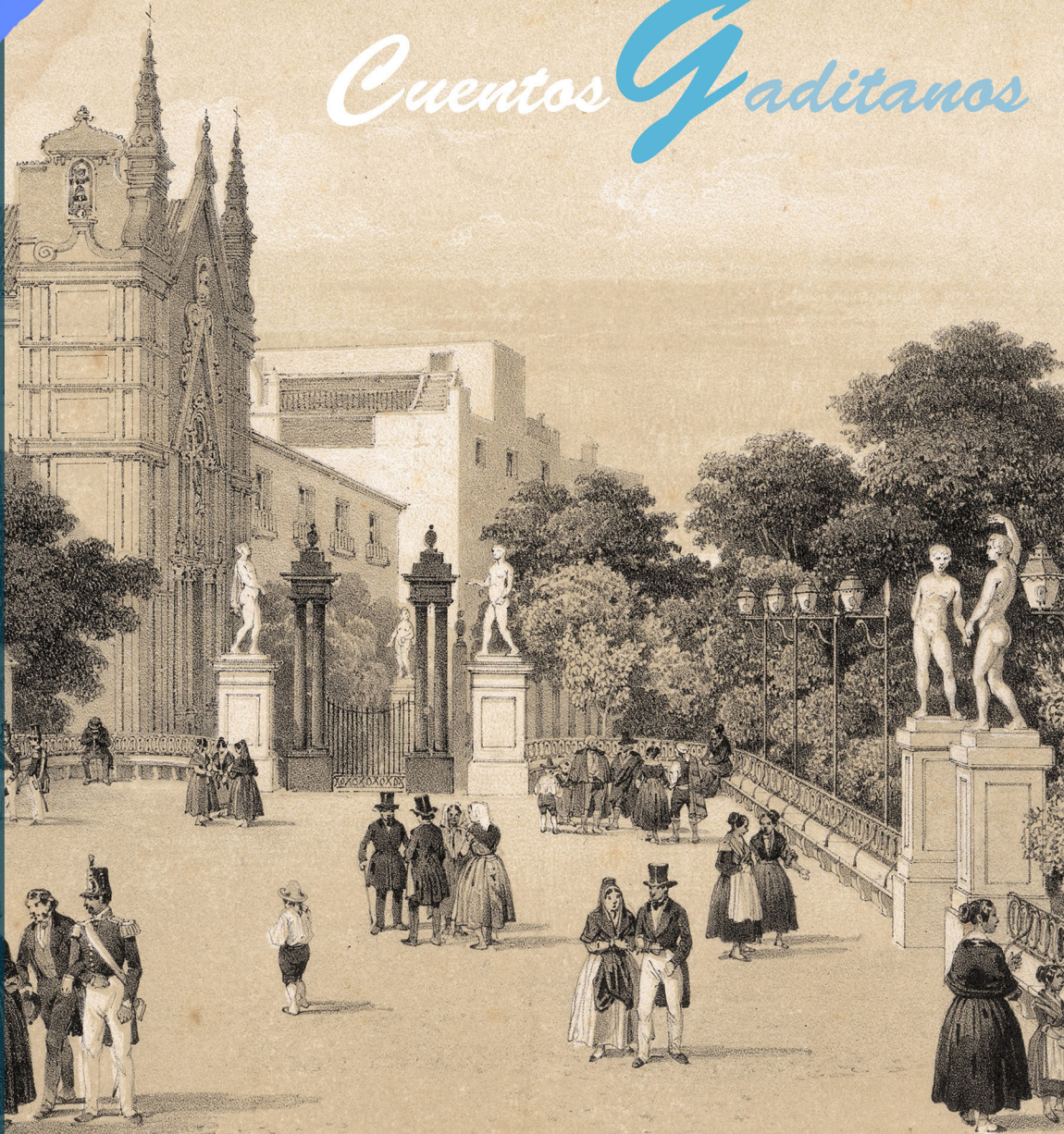


PEDRO IBÁÑEZ PACHECO

Cuentos Gaditanos



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



Junta de Andalucía

Consejería de Cultura
y Patrimonio Histórico



Andalucía

ORIGEN & DESTINO

Quinta Comarcal de la Primera Vista al Mundo



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

PEDRO IBÁÑEZ PACHECO

Cuentos Gaditanos

Edición anotada y posfacio de
Marieta Cantos Casenave



Junta de Andalucía

Consejería de Cultura
y Patrimonio Histórico



Andalucía

ORIGEN & DESTINO

Quinto Centenario de la Primera Vuelta al Mundo

Pedro Ibañez-Pacheco Gállaga nace en El Puerto de Santa María el 30 de noviembre de 1833, en el seno de una familia de clase acomodada.

[el autor]

Inició los estudios de Derecho pero, debido a la muerte de su padre, los abandona para ocuparse de los negocios familiares. En 1870 es ya un padre de familia con tres hijos y comienza a dedicarse a la política activa. Cinco años más tarde resulta elegido diputado provincial. Desde entonces, su dedicación a la actividad literaria parece ir aparejada con diversos reveses en los negocios que le obligan a aceptar el cargo de Director del Hospicio Provincial de Santa Elena en 1884, muriendo al año siguiente y dejando a su familia sin recursos financieros.

Como escritor, Ibañez-Pacheco colaboró en varias publicaciones periódicas, entre las que destacan las revistas gaditanas *La Verdad* (donde publicó en entregas sus cuentos en verso), *Cádiz* y *El Comercio*. Fue miembro de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras, de la Provincial de Bellas Artes, y perteneció a la Asociación de Cervantistas de Cádiz.

La clave de los *Cuentos gaditanos*, y buena parte de su atractivo, reside en el humor, rebotante de fina ironía y acerada, aunque prudente, sátira, lo que de alguna manera los entronca a los romances que aún perviven en el carnaval gaditano, más aún si tenemos en cuenta que están escritos en verso, con inclusión de algún chascarrillo.

Así, los *Cuentos gaditanos* coinciden con los romances carnavalescos y los cuentecillos jocosos en sus abundantes juegos de palabras, su sátira de tipos, sus chistes lingüísticos basados en la mala pronunciación tanto de idiomas extranjeros como del español, así como en el uso de los esdrújulos para ridiculizar la supuesta cultura de los personajes, su diletantismo o para acentuar su simpleza.

En cuanto a la sátira política, abarca desde la política general a la local gaditana y desde principios del siglo XIX hasta la misma fecha en que se escriben sus *Cuentos*. Pero, quienes más despiertan su antipatía no son los liberales, sino los franceses, invasores y dominadores del pueblo español.

[la obra]

Publicados en Cádiz por Gautier en 1876, sin duda fue esta la obra que le dio mayor fama.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico
© 2020 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico
© de la edición anotada y posfacio: Marieta Cantos Casenave
Diseño: Carmen Piñar. Maquetación: FJ Galiana
ISBN 978-84-9959-358-6

Ilustración de cubierta: *Cádiz vista desde el salón de Cristina de Cádiz tomado desde su entrada por la Alameda* (detalle). Juan B. Coli (Dib.).
París : Cereghetti, c. 1890. Instituto Cartográfico de Cataluña.

índice

Prólogo, por Nicolás Díaz de Benjumea	9
Al lector	15
CUENTOS GADITANOS	17
Notas	355
UNAS PALABRAS SOBRE...	
«Pedro Ibáñez Pacheco, un enamorado del cuento literario y de la tradición oral» por Marieta Cantos Casenave	382
Bibliografía	397

PRÓLOGO

Fue opinión de muchos sabios que la salud y alegría del espíritu son la mejor medicina del cuerpo. El Doctor Sydney, a no ser en casos muy graves, siempre aconsejaba a sus pacientes la lectura del QUIJOTE. «El espíritu es el que enriquece el cuerpo», dice Shakespeare, y hasta existe hoy una secta religiosa llamada de «Los entes singulares», que creen sanar a los enfermos fuera de peligro inminente de la vida, sólo con la palabra de los ancianos. Todos los que han alcanzado gran longevidad, lo atribuyen en gran parte a condición placentera del ánimo, que pasa como por ascuas sobre las calamidades y desventuras, fáciles de quebrantar con un buen corazón, como tantas veces puso Cervantes en boca de su hidalgo manchego. Yo no he visto las partidas de bautismo y defunción de Demócrito y Heráclito; pero el primero, por vivir riendo, me atrevo a apostar a que llegó a doble número de años que el segundo, que vivió llorando, y si hay quien me pruebe lo contrario, me comprometo desde ahora a pagarle los gastos de su diligencia.

Pero es en vano predicar sermones sobre este punto. Las tristezas y melancolías y las causas de ellas son muy numerosas, y muchas veces sin causa anda el hombre mohíno y apenado y matándose como el asno por cuidados ajenos. Dejémonos de homilías; es

muy dulce y gustoso la melancolía, interesante la tristeza, seductor el pesar y el dolor sublime para privarnos del goce de esa poesía y de la belleza de llevar la cara larga y quejarse de todo y por todo y sin saber por qué; sobre todo las mujeres, que saben, por haberlo dicho poetas aduladores, que son divinas cuando lloran, y que no hay quien resista a una súplica suya empapada en eso que llaman perlas, y no es más que humor de los ojos. Calderón tiene gran culpa de lo que nos pasa, cuando nos dice en la Gran Cenobia:

«Solo a las venturas tengo miedo».

Como si en el orden natural pudiera amargar lo dulce, causar espeluzno la hermosura o aversión las monedillas de cien reales. Y no contento con eso, nos dijo en otra de sus comedias:

«Que tanto gusto había
en quejarse, un filósofo decía,
que a trueque de quejarse
habían las desdichas de buscarse».

A lo que respondo que quien tal dijo, no fue filósofo, ni quien tal pensó, sino un enemigo del género humano, y debía saber además, que no hay necesidad de tomarse el trabajo de buscar a esas señoras, que de suyo son harto busconas, y tienen la gracia de entrarse donde no las llaman y perseguir a quien no las quiere, en lo cual se parecen a las coquetas.

De mí sé decir, que soy un favorito de ellas y me adoran entrañablemente, aunque soy de lo más perezoso que hay en el mundo para ponerme a esa tarea que decía el filósofo; y por esto, así como hay muchos que tienen libros de memoria e índices donde apuntan las batallas que se han dado, los muertos que ha habido en tal guerra, los incendios que han ocurrido, las epidemias que han reinado; y otros gozan al leer tragedias, presenciar dramas y empaparse en catástrofes sangrientas, yo tengo la manía de una biblioteca consagrada a Momo, compuesta toda de libros de buen humor, que hagan reír hasta el

Wellington del arco de Piccadilly, tanto como los extranjeros se ríen de él.

Y en esta colección que comprende, desde Aristófanés hasta Bretón de los Herreros, y desde el «Patrañuelo» de Timoneda, hasta el último «Almanaque» de El Cascabel, uno de los libros que encuadrado en piel de Rusia figurará en lugar preferente en mis estantes, será ciertamente éste de la colección de cuentos que el Sr. de Ibáñez-Pacheco ofrece con tanta oportunidad al mundo de las letras, como remedio y medicina del ánimo y defensa contra los traidores ataques de las supradichas busconas.

Digo con oportunidad, porque aunque es propio achaque de este mundo las sandeces o indiscreciones de los humanos, se me figura que la generación presente va sacando en esta escuela la nota de sobresaliente, por lo menos de notablemente aprovechada, y que más que nunca se necesita hoy pasarse casi todo el día y parte de la noche al pie de esa Biblioteca regocijadora de que he hablado, para reír hasta apretarse los hijares y cerrar las puertas a la hipocondría.

Esta es la razón filosófico-moral que recomienda al libro. Pero hay otra de orgullo nacional, de verdadero patriotismo. Desde que el mundo es mundo no se conocen más que dos sales proverbiales: la sal ática y la sal andaluza. La primera, increíble parece, fue patrimonio de una pequeña oligarquía, y digo pequeña, aunque oligarquía es siempre gobierno de unos pocos, porque fue el privilegio y poderío de los menos, o de los casi ningunos, como decía Cervantes de los poetas de su tiempo. Fue sal de la gente de copete y pelusa, derramada solo entre los cultos y doctos: en una palabra sal adquirida, escolástica, producto del refinamiento del gusto en la más refinada ciudad de la Grecia; pero no sabemos que ningún Cratinosperanópulos ni Calchatonaponópulos, quiero decir, ningún barbero, sastre, ni ateniense alguno de las clases bajas, tuviese una salina o criadero natural de donde saliesen gracias y chistes a porfía. La sal andaluza es por el contrario propia del pueblo donde más genuinamente se contiene; no está reñida con el refinamiento; pero en general no ha pisado las universidades. Es producto natural puro, sin mezcla de arte alguno, y tanto, que cualquier pretensión de artificio le quita el distintivo y la separa de lo que verdaderamente se entiende por sal de Andalucía, producto siempre de espontaneidad, resultado de una impresión viva en imaginaciones ardientes,

que como si sintieran una batería eléctrica, han de producir instantáneamente una explosión de luz. El chiste y el gracejo andaluces son también especiales productos de esa sal transmitida en la raza del mediodía de España como el pecado original en el orbe. Siempre han sido celebrados los hijos de estas provincias y particularmente los de Cádiz y Sevilla por su ingenio cómico, sus chistes, exageraciones y ocurrencias salpicadas de una gracia peculiar.

Hasta ahora se habían hecho comedias del género andaluz, en que a tanta altura llegaron Sanz Pérez y algunos de sus imitadores, entre ellos el moderno Quevedo sevillano D. José Velázquez y Sánchez, originalísimo en su línea y uno de los genios más versátiles, fáciles escritores e inagotables y chistosos decidores que jamás produjo la patria de Lope de Rueda y Manolito Gázquez. De este Barón Munchhausen español existen noticias y muestras aunque incompletas de su prodigiosa inventiva, y en colecciones o en periódicos corren centenares de cuentos, chistes y anécdotas referentes a los gitanos y gente del bronce de la Andalucía; pero los dichos de estos héroes populares se adulteran al pasar de boca en boca y pierden mucha parte del sabor que les prestara la tersura y conciliación con que en un momento de inspiración feliz los enunciaron sus autores. A veces corren por tradición tan desfigurados, que apenas los reconocen los que bebieron en sus originales fuentes.

La idea de poner en verso estos cuentos no podía ser más feliz ni más arriesgada al mismo tiempo. Feliz, porque la poesía les da la forma imperecedera en la memoria y el carácter monumental a que son acreedores los asuntos. Arriesgada, porque era necesario una habilidad exquisita para engarzar en el nuevo aderezo de la poesía, diamantes que han corrido con no otro adorno que el sencillo y tosco metal de la prosa, atrayendo tanto más la atención por su valor, cuanto menos podía ésta distraerse en la contemplación de otros primores y detalles. Tan difícil era este trabajo como el labrar la reina de las piedras finas, que no cede a ningún instrumento más que a otra semejante suya, y a no ser porque el Sr. de Ibáñez-Pacheco, al tratar de chistes y gracejos de famosos andaluces, de los que el lenguaje popular llama de buena sombra, se encontraba en relación a ellos de potencia a potencia, la empresa habría sido temeraria y digno del completo fiasco

reservado a los que emprenden cosas superiores a sus fuerzas. Sólo el diamante corta el diamante, y sólo un ingenio andaluz de la índole del que muestra el autor de este libro, podía intentar el reducir a la popular forma del romance los dichos luminosos de nuestros Molières de capa parda, patilla de hacha, sombrero calañés y navaja en cinto, y las ocurrencias ingeniosas de personas de todas las esferas, que al modo que el ruiseñor no puede menos de ser el rey de la aves por sus trinos, en el hecho de ser andaluces no pueden menos de brotar chistes y gracejos en abundancia. No hay temor de que en manos del poeta gaditano pierda ninguno de ellos un átomo de su mérito, antes bien los devuelve mejorados en tercio y quinto por su especial gracia en componer los accesorios e incidentes y su exquisito gusto en fabricar el aderezo de la narración, en que la preciosa perla despidе nuevas ráfagas y parece que con más resplandores brilla. En algunos casos la rigurosa ley de la versificación le obliga a modificar la figura externa con que ha corrido en los mercados del buen humor; pero en esos mismos, sin perder nada de su valor intrínseco, sin afectar en lo más mínimo el vigor del espíritu, gana un ciento por ciento en la forma.

Si no temiera ser demasiado extenso, pudiera explicar aquí mis opiniones sobre la diferencia esencial y fundamental que existe entre la sal y gracejo andaluces, lo que llaman esprit los franceses y lo que constituye la índole cómica del ingenio irlandés, que son las tres grandes calificaciones ó mejor dicho, reconocidas escuelas del donaire y de lo jocoso. En defecto de esto, me contentaré con decir, que el gracejo y sal de los andaluces los considero superiores a los demás y que con la colección presente ha hecho el Sr. de Ibáñez-Pacheco un gran beneficio, que siempre lo ha sido y lo será el proporcionar honesto recreo al ánimo y quitar más de cuatro arrugas al entrecejo.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA

Londres: 23 Setiembre 1876

AL LECTOR

Estos cuentos gaditanos,
que aquí ves, lector benévolo,
desnudos de pretensiones
y más desnudos de mérito,
humildes anales son
y vulgarísimos ecos,
de sucedidos y dichos
de personajes añejos
de la ciudad en que moro,
conocidos todos ellos
por andar de boca en boca
entre la gente del pueblo.
Yo del vulgo los tomé

y los puse casi en verso
y creyendo no enojarte,
con temor, vengo a ofrecértelos.
Si al hacerlo no acerté,
perdona, lector, mi yerro,
que si asaz pequé de torpe
no me faltó buen deseo:
pero si, por dicha mía,
cumplidos son mis intentos,
complaciéndote, lector,
me tendré por satisfecho;
que no quiero más merced
ni aspiro a mejor empleo
que a agradarte, cual mereces,
y a servirte, como debo.

PEDRO IBÁÑEZ PACHECO

Cádiz: 1876

I • EL HÉRCULES ENFERMO

En la calle de Virgili,
que allá en los tiempos de antaño
era la de los Tres Hornos,
vivió¹ don Nicolás Farto²,
decano del célebre Colegio³
dignísimo catedrático
de anatomía, sujeto
excelente aunque pacato,
un si es ó no es de gangoso,
según sus contemporáneos
que van siendo ya muy pocos,
al hacernos su retrato
unánimemente dicen;
y añaden otros señajos

que por superfluos los dejo,
y vamos a nuestro caso.
Una noche, ya a deshora,
de su casa lo sacaron,
bajo el pretexto de ver
a un señor que andaba malo,
unos cuantos calaveras,
que a costa del doctor Farto
se quisieron divertir,
y crueles lo llevaron
hasta la misma Alameda;
y decir se me ha olvidado
que era una noche muy fría
de un Diciembre duro y bravo.
¿Pero dónde esta el enfermo?
preguntó, muy escamado
nuestro doctor, al mirarse
en sitios tan excusados.
«Ahí lo tenéis, caballero»,
riendo le contestaron
aquellas malas cabezas.
«Yo no lo veo». «Acercaos
y subid en esa fuente,
que el enfermo está bien alto,
que es nada menos que el Hércules
que está en ella colocado»⁴.
«¡Pero señores!» «Arriba
con el doctor», exclamaron:

y que quiso ó que no quiso,
en menos que canta un gallo,
al pobre Don Nicolás
en la fuente encaramaron:
viéndose el hombre perdido,
lo mejor reflexionando,
dijo para su capote:⁵
«Vamos a salir del paso,
que si enojo a estos señores
me van a moler a palos».
Así es, que muy resuelto,
cuando se vio encaramado,
como se fuese de veras,
extendió su diestra mano
al mitológico Dios,
quiero decir al fundador
quedominator⁶ de Cádiz,
tomó el pulso, muy ufano,
y exclamó con grave tono
después de haber figurado
que observaba atentamente
sus pulsaciones un rato:
«Lo encuentro bastante duro,
preciso será sangrarlo».
Aplaudieron su paciencia
con efusión, sus tiranos,
y dos onzas de buen oro
al bajarlo le entregaron.

Y es fama que el buen doctor
cuando refería el chasco,
decía con complacencia
la cantidad recordando:
«¡Visitas cual la del Hércules,
las quisiera todo el año!»⁷

II • UN YERNO MODELO

A principios de este siglo
hubo en Cádiz un mancebo,
pobre como un alma en pena,
jugador, perdido, trueno,
con sus ribetes de osado
y sus respuntes de ingenio;
muy buen mozo y decidor
y de trato muy ameno,
que se propuso encontrar
una niña con dinero
para hacerse hombre de pro
por este sencillo medio.
Y diz que llegó a lograrlo⁸
haciendo un buen casamiento

con una joven muy rica;
sin sacar, de este enredo,
más dote ni más regalos
que la maldición del suegro
que se opuso fuertemente,
con razón el pobre viejo,
a un enlace tan fatal
que él juzgaba muy funesto.
Pasáronse muchos días
sin abrirse los talegos
de aquel viejo, y nuestro héroe
que contó siempre con ellos,
cual motivo principal
para echarse de himeneo
en los brazos, no dormía⁹
trazas inventando y medios
con que ablandar la sevicia
de aquel padre duro y terco,
que a dieta tan rigurosa
le tenía tan sujeto;
y es fama que una mañana
al salir de San Lorenzo
donde concurría a misa,
lo aguardó mi hombre resuelto,
y le dijo al divisarlo
con tono bastante serio:
«No se explica, señor mío,
ni es fácil el comprenderlo,

por qué le dispensa usted
esa ira... ese desprecio
y ese rencor tan marcado
a su amantísimo yerno.
Que usted le tenga a su hija
esa tirria... lo comprendo:
porque al fin la pobrecilla
(ya ve usted que lo confieso)
al darme su blanca mano
no hizo el mejor casamiento.
¡Pero conmigo es distinto!
¡Repito que no lo entiendo!»
«¿Y por qué? vamos a ver:»
le preguntó el pobre viejo
entre airado y sorprendido,
.....
«¡Porque yo lo hice muy bueno!»¹⁰

III • EL TEATRO DE GUADALAJARA (DE MÉJICO)

Entre los mozos de mérito
nacidos en esta tierra,
merece Ambrosio Martínez¹¹
que la historia le conceda
un lugar muy preferente
en las crónicas caseras¹²,
(de que son ecos humildes
y tradiciones modestas,
estos cuentos gaditanos);
no solo por su destreza,
agilidad y pericia
en esa divina ciencia
que llaman coreografía,
donde diz que fue potencia

nuestro Ambrosio, pues afirman
sabias y eruditas péñolas,
que era asaz muy conocido
en Europa y en América,
mereciendo por su fama
ceñir la verde diadema,
orlada de cascabeles,
con que Terpsícore¹³ premia
a los hijos predilectos
que la ilustran con sus piernas;
sino también por su gracia
en tañer las castañuelas
y en inventar bailes mímicos,
complicados cual novelas;
y además por el ingenio,
buena sombra y agudeza,
y aquella sabrosa hipérbole,
o mentirosa apariencia;
con que contaba sus triunfos
y pintaba las escenas
de sus más preciados lauros,
en las apartadas tierras
que ilustró con sus palillos
y asombró con sus piruetas,
batimanes, terceritas,
cuartas, quintas, campanelas
y las demás filigranas,
perfiles y menudencias

que el sublime arte del baile
en sus secretos encierra:
pudiéndose asegurar
que, tocante a esta materia,
no tenía el buen Ambrosio
quien desbancarlo pudiera
en inventar más patrañas,
tan graciosas y estupendas.
Yo no olvido¹⁴ entre otras muchas
cuyos recuerdos me quedan,
que le oí decir una tarde,
por más señas en la puerta
del despacho de tabacos
de Canet¹⁵, cierta cuaresma.
en que andaba nuestro héroe
sin contrata y con boqueras;¹⁶
que quiero dejar transcrita
a fin de que no se pierda
en las sombras del olvido,
porque la juzgo muy buena:
«El mejor de los teatros,
(decía con mucha flema
fumándose un coracero
más duro que la madera)¹⁷,
que yo he visto, sin disputa,
no solo por su riqueza,
tamaño descomunal y
lujo de dependencias,

es el de Guadalajara
(no la de aquí: la de América)
tiene más de mil butacas
y ciento trece plateas,
y un paraíso¹⁸ muy cómodo
donde caben, sin molestias,
lo menos dos mil personas:
los telones son de seda
por causa de la calor.
Yo lo estrené, por más señas
con la Medina, bailando
la Furlanga¹⁹ con dos pesas,
de una arroba cada una,
amarradas a las piernas
pero lo más sorprendente,
lo más notable que encierra
este teatro estupendo,
además de la lucerna
que es de marfil, es el techo
de aquella sala tan regia,
que es todo de piedra pómez
construido en una pieza²⁰»

IV • LOS DOS LOROS

Poseía una señora,
cuyo nombre yo me callo
que es preciso con las damas
ser discreto y reservado,
dos hermosísimos loros,
procedentes de un regalo
de un Oficial de Marina,
uno de ellos, de Alvarado,
y otro, de Fernando Poo,
animales muy gallardos,
a los cuales dedicaba
un esmero y un cuidado
especiales, mas la suerte
dispuso que los dos pájaros,

sin conocerse el motivo,
enfermaran de lobado.
Prodigoles la señora,
como es natural en caso
tan crítico, los afanes
que el corazón delicado
atesora de una dama,
para poder arrancarlos
de las garras de la muerte
de que estaban tan cercanos;
pero el destino inflexible
ordenó que el de Alvarado
se despidiese del mundo,
marchándose para el bátraco
y cuentan que la señora
la enfermedad relatando
del loro superviviente,
decía con tono cándido:
«Pues este estuvo peor
que el otro, el año pasado»²¹

V • UN ALBUR²²

Grande fama de discreto,
de oportuno y decidor,
gozó con justicia en Cádiz,
en su tiempo Gabarrón²³.
Se cuenta, por los cronistas
locales, que este señor,
estando explicando un día
la cátedra, columbró
entre los diversos jóvenes
que oían su explicación,
dos estudiantes que estaban
a sus anchas y sabor,
dando gusto a una baraja
ocultos en un rincón

de la clase, no creyendo
ser por el ojo avizor
del Catedrático, vistos,
y el tal que era algo guasón,
es fama que muy formal,
dirigiéndose a los dos,
sin alterarse en un punto,
por única reprehensión,
para llamarles al orden,
de este modo les habló:
«una peseta a esa sota»²⁴
y siguió su explicación.

VI. EL DO DE PECHO

Disputaban una noche,
hará ya sus ocho años,
unos cuantos dilettanti²⁵,
concurrentes y abonados
al Teatro Principal,
sobre si el tenor Stagno²⁶,
que en aquel tiempo cantaba
ante el público ilustrado
de la cultísima Gades²⁷,
entre vítores y aplausos,
daba o no el do de pecho
en el duetto²⁸ con Yago
que en el Ottelo²⁹ famoso
hay en el segundo acto.

«Yo le digo a usted que es do».
«Pues está usted engañado,
que es tan solo un sí bemol
y eso a fuerza de trabajo»
«Es un do; como una casa;
porque así lo ha asegurado
un amigo que lo entiende
que es profesor de piano».
«No comprendo esta disputa»,
exclamó, con tono eufórico,
un quidam de los del corro,
que era en leyes licenciado,
dándose aires de entendido,
aunque eran un pobre gazzápiro
en el arte de Rossini³⁰.
«¿Y por qué?» le preguntaron:
«Porque tienen las dos partes
la razón en este caso.
El tenor da el sí y el do,
y si no, poned cuidado
cuando se repita el dúo
y le oiréis cantar, muy claro,
si dopo lei³¹; es decir,
que tenéis razón entrambos».

VII • LA REVOLUCIÓN DE SETIEMBRE³²

Era el señor de Caíto³³
un simpático torero,
según unos, de esperanza,
según otros, de camelo³⁴;
pues decían estos últimos,
que nunca midió más suelos
en sus suertes arriesgadas
tan incomparable diestro,
que el redondel de esta plaza,
y alguna vez el del Puerto;
y eso, a fuerza de mil súplicas,
de compromisos y empeños,
pues todo el mundo sabía
que era un diestro de recelo,

es decir, de los llamados
de camama o de paseo;
más claro, de los que salen
sólo en los casos extremos
por estar los de la tarde
bizmados o medio muertos.
Y que aseguran lo fijo
los que tal dicen, es cierto;
pues en los muchos carteles
que al escribir este cuento,
como datos, a la vista
en este momento tengo,
no se encuentra que Caíto
saliese a lucir el cuerpo
en más plazas que las dichas;
y además sé por extenso,
que en tiempo de la parada
por ganarse el sustento,
era corredor³⁵ de bestias,
olvidando lo torero;
que la mona era prestada,
según consta en documentos
fehacientes que aún existen,
igualmente que el sombrero,
la pescaraya³⁶, la banda,
y todo cuanto el arreo
compone de un picador;
por lo cual, yo me sospecho

que al tauromáquico oficio
le sacaba poco medro
quizás por tenerle asco³⁷,
tal vez por presentimiento;
si fue así, tuvo razón,
que el pobre murió de cuernos.
Pero dejando esto a un lado
para asunto de otro cuento,
bástenos, por hoy, decir
que este apreciable mancebo
honor de la gente crúa,
y regocijo del templo
que llaman mulabardó³⁸,
vulgarmente matadero,
a fin de que me comprendan
los que en el arte son legos,
cuando el señor de Topete³⁹
y sus bellos compañeros
confeccionaron la honra
que nos trajo a Carlos sétimo⁴⁰,
los cantoncitos dichosos
y lo demás que sabemos,
y entró aquella madrugada
de aquel Setiembre, tan bueno
y fecundo en peripecias,
al son del himno de Riego⁴¹
en la gran ciudad de Cádiz,
para armar aquel jaleo

de abrir cárceles y echar
por las calles a los presos,
y todas las demás cosas
que en la memoria tendremos
mientras aliente la vida
nuestros miserables cuerpos;
el intrépido Caíto
liberal de pelo en pecho,
tomó parte muy activa
en tan glorioso suceso;
recorriendo alborozado
los más peligrosos puestos,
como son la Sacristía⁴²
y la tienda de Modesto,
el Siglo⁴³, el Candil⁴⁴, la Parra⁴⁵
y otros sitios como estos,
consagrados al dios Baco
en Cádiz, desde ab aeterno.
Iba nuestro buen Caíto
en un jaco caballero,
dando destemplados vivas
y esgrimiendo un sable viejo,
seguido de grande golpe
del entusiasmado pueblo,
que libre de sus cadenas
vociferaba contento,
las toscas barbaridades
de aquel borracho aplaudiendo.

En esta forma, llegó,
según autores muy serios
que este episodio relatan,
mil plácemes recibiendo,
de los ilustres patriotas
que formaban su cortejo,
a la tienda del Castillo,
taberna que, a lo que entiendo,
está, si no me equivoco,
en la calle del Fideo⁴⁶,
esquina a la del Marzal,
cansado ya y sin aliento;
y queriendo refrescar,
ató a la ventana el penco,
y seguido de sus próceres,
se coló nuestro hombre, dentro:
pero es el caso maldito,
(¡quién había de creerlo!)
que un grupo de liberales
y honradísimos sujetos,
de los muchos que aquel día
realzaban el suceso,
pasando por aquel sitio
y observando aquel jamelgo
sin jinete, calculando
sin duda que era mostrenco⁴⁷,
por derecho de conquista,
se lo llevaron corriendo:

sin que se sepa, hasta hoy,
del rocín el paradero;
mientras que su propietario,
ignorando todo esto,
en la taberna libaba
del Ojen⁴⁸ que era un portento.
Cuando salió el pobre hombre
a continuar su paseo
y no encontró a su caballo;
por el furor descompuesto,
sudando la gota gorda
y mesándose el cabello,
entre votos y blasfemias
exclamó iracundo y fiero:
«¿Quién ha visto mi caballo?
Fuera guaza, compañeros,
que no me gustan las groma...
¿Lo has visto tú, Juan Mateo?
Por la salud de mi mare
que ar patoso que ha hecho esto
le voy a rompé la crisma
con este sable ahora mesmo».
Buscose por todos partes,
inútilmente, al jamelgo:
se preguntó a todo el mundo,
sin topar rastro ni pelo,
hasta que al fin, un muchacho
le dijo medio riendo:

«No lo busque usted ya más,
que hace poco lo cogieron
unos cuanto, y de seguía
se fueron con él corriendo;
y asegun lo que najaban⁴⁹
en la Isla están lo menos»⁵⁰.
Convencido por lo dicho
nuestro infelice torero,
que el robo de su caballo
no tenía ya remedio,
siendo excusado negocio
el empeñarse en ponérselo,
marchose para su casa
mil ideas revolviendo,
y exclamando entre suspiros
con honores de regüeldos:
«Esto no es revolución
ni pu... ede ni podrá serlo»⁵¹.

VIII • LA MATERIA PRIMA

También Cádiz ha tenido,
no podía ser por menos,
que es tierra sobrado fértil
y abundoso criadero
de mozos de buena sombra,
y de tipos muy completos,
ha tenido, repetimos,
para su grato recreo,
un mentiroso mayúsculo
de pronto y agudo ingenio⁵²,
si no tan cacareado,
tan discreto y embustero
como aquel famoso Gázquez⁵³
a quien todos conocemos,

en la persona de un sastre,
apellidado Landero.
Es tanto lo que la historia,
la tradición, los recuerdos
y las notas taquigráficas
conservan de este sujeto,
en el género ya dicho,
que casi a decir me atrevo,
que siete tomos, en folio,
serían campo asaz estrecho
para contener la suma
de estrambóticos inventos,
de cosas imaginarias
y agudísimos conceptos,
que brotaron de la mente⁵⁴
de tan célebre maestro.
Dada pues, tal abundancia,
nosotros que no podemos
contarlos uno por uno,
trabajo que sería eterno,
a referir al lector
solo nos concretaremos,
algún episodio insigne
de aquellos más estupendos
que contiene el repertorio
de invenciones de Landero.
Decía, pues, este señor:
que hace ya bastante tiempo

estuvo una vez en Rusia,
con el encargo secreto
que le dio su gran amigo
el general Ballesteros,
de comprar cuatro mil potros,
mitad tordos, mitad negros,
de aquellos que se apacientan
en las dehesas de Smolensko⁵⁵,
para formar con tal base
la remonta del ejército
español, que estaba entonces
provisto de caballos
tan asquerosos y malos,
que daba vergüenza el verlos.
Iba, decía nuestro sastre,
como es natural, relleno
de cartas de introducción
para diversos sujetos,
como el Romano Pontífice
y para el sacro colegio,
para el rey de Dinamarca,
para el sultán de Marruecos,
para el lord gobernador
de las Indias; el rey negro
de la Nubia, y para otros
que al presente no recuerdo;
que aunque yo era conocido
en los reinos extranjeros,

tuvo empeño en que llevara
dichas cartas, el gobierno.
Un día, que paseaba
con tres príncipes armenios
y diez generales rusos
por junto al jardín de invierno
del emperador de Rusia,
debieron verme de dentro,
pues el Zar mismo, en persona,
con grande premura abriendo
un balcón de su palacio,
y quitándose el sombrero,
me saludó cortésmente,
estas frases añadiendo:
«Quisiera tener el gusto
de que mañana, Landero,
honraras este palacio
con tu asistencia, que anhelo
que presencies y que veas
un notable experimento
que el sabio Ivan Kalakoski,
mi camarero secreto,
va a ejecutar ante toda
la grandeza de mi imperio».
«Iré, señor», dije yo.
«Que no me faltes Landero»,
contestó aquel gran monarca,
y cerró el balcón muy serio,

dejando medio corridos
por la envidia, a los armenios
y a los generales rusos,
pues no se acordó de ellos.
Acudí, muy puntual,
a la cita; me estremezco
de recordar la grandeza
y el lujo que se ofrecieron
a mi vista, en aquel día.
¡Qué de reyes extranjeros,
archiduques y marqueses,
obispos de rito griego,
alcaldes y generales,
patriarcas, consejeros,
archimandritas y popes!
¡Qué salones tan inmensos!
Qué tapices! ¡qué riqueza!
Qué cuadros tan estupendos!
¡Qué mármoles tan finísimos!
Era aquello un gran portento!
Cuando entró, su majestad
dijo enseguida: «empecemos,
que está aquí lo que faltaba,
puesto que llegó Landero».
Entonces el sabio Ivan
colocó, con mucho tiento,
sobre una artística mesa
de oro puro y raíz de almendro,

una redoma muy grande
de cristal de roca terso,
transparente como el aire,
llena de un líquido espeso,
color de tomate verde;
que como después veremos,
era la materia prima
de que nos hablan Galeno,
Averroes, Aristóteles,
y Tales el de Mileto,⁵⁶;
en sus libros eruditos;
y vertió, con grande esmero,
en ella doce mil gotas
de varios pomos diversos
que llevaba el dicho Ivan,
escondidos en el seno.
Tapó luego la redoma
con un hermoso pañuelo
de seda cruda, color
entre hortensia y pensamiento
y al cabo de breve rato,
con asombro, todos vieron
al descubrir la redoma,
en su centro un punto negro,
que a la vista y por instantes
iba el tal punto creciendo,
hasta tomar el volumen
natural que tiene el cuerpo

de un niño recién nacido.
Nuestro asombro fue en aumento,
cuando el sabio profesor
el embrión recogiendo,
sacolo de la redoma
y en pañales envolviéndolo,
puso a la vista de todos
un niño perfecto y bello,
llorando a moco tendido,
vivo, sano y muy completo.
Eso sí: vivió muy poco
mas no es obstáculo esto
a que fuese un hecho práctico
tan grandioso experimento.
Levantose la sesión
al son de marciales ecos,
y el emperador gozoso
me dio un abrazo y un beso».

IX. CHURRI-BURRIS⁵⁷

Afirman varias personas,
de muy luengas navidades,
que conocieron de trato
a don Antonio Trianes⁵⁸
canónigo lectoral
muchísimos años hace
del cabildo gaditano,
lo que yo pienso contarle
al entendido lector,
con tosca y sencilla frase,
si me honra con su atención
en el presente romance.
Era el señor lectoral
persona muy docta y grave,

modesto, de buen consejo,
orador recomendable,
hombre de mucha lectura,
de virtudes relevantes
y poseía además
dotes muy excepcionales
que me abstengo de citar
porque a mi cuento no atañen.
Visitaba, por costumbre,
sin faltar, todas las tardes,
después de acabado el coro,
la librería de Pajares⁵⁹,
que según tengo entendido
andaba poco distante
de la iglesia de San Pablo,
donde varios comerciantes
y algunas otras personas
aficionadas y amantes
a las letras, se entregaban
a pláticas agradables⁶⁰.
Tratose allí, cierto día,
de unas prebendas vacantes
que, con fecha muy reciente,
acababan de llenarse;
y se discutían los méritos,
circunstancias y quilates
de todos los agraciados,
sin que el señor de Trianes

que estaba leyendo un libro,
en esto tomara parte.
«Que lo diga el lectoral,
dijo uno interpeándole:
¿no es cierto que, por desgracia
no está el cabildo como antes,
y que hay mucho churri-burris?»
«Diré a usted, dijo Trianes:
lo que es churri, yo no sé,
pero burris hay bastantes»⁶¹.

X. EL TÍO PIERRES

Allá en los dichosos tiempos
de felice remembranza
en que no sufría Cádiz
las cuitas que hoy la quebrantan;
cuando las modernas glorias
con su fatídica planta,
marcado no habían su rastro
por sus arenosas playas;
mucho antes de existir
las carretelas de Arana⁶²,
y que el pestífero gas⁶³
nuestras calles alumbrara;
aun antes que el Gran Teatro⁶⁴
su cascarón de pizarra

de color berrendo o pío
cual los toros o las vacas,
y sus muros de granito,
del llamado de pinzapa
de la cantera del pino,
con altivez ostentara
para hacer rabiar de envidia
a la clase de farmacia,
que al fin, como dama libre⁶⁵,
es aficionada a galas,
y no puede competir,
aunque de ello tiene ganas,
con la joya arquitectónica
que vive en la misma plaza;
mucho antes que hubiera bancos⁶⁶
y de haber traída de aguas⁶⁷,
Cuando el correo venía
tres veces a la semana,
cuando la luz de las ciencias
no alumbraba para España
y se usaban marseleses
capotes, mantilla blanca,
corbatines de charol
ahuecadores de mangas⁶⁸,
y no había ferrocarriles⁶⁹,
ni vapores de la Habana⁷⁰
ni el alambre misterioso⁷¹,
que tantas mentiras cuaja,

no levantaba a las gentes
con su lengua charlatana:
no había puertos mercantiles,
casinos ni democracias
ni cantones federales,
ni república unitaria⁷²,
y andaban los gaditanos
cuasi, cuasi en la ignorancia;
se puede decir, que esto
era un gran corral de vacas;
donde había mucho dinero,
honestidad y bienandanza,
muchos centros de recreo,
tranquilidad, paz y calma,
aunque faltaban las cosas
que dejamos indicadas
y que gozamos ahora,
disfrutando sus ventajas
los que tenemos la dicha,
que es por Dios, para envidiarla,
de vivir en el presente,
en la tacita de plata.
En aquel tiempo, repito,
había, aunque homeopáticas,
ciertas industrias menudas,
que yacen hoy enterradas;
como son, entre otras muchas,
si quieres un verbi gratia,

lector mío, unos barberos
que bajo de la muralla
en la Puerta de la mar⁷³,
al aire libre, afeitaban,
dos cuartos mirando al muro⁷⁴,
y cuatro si se miraba
hacia el lado de bahía,
posición, aunque más cara,
más amena y distraída;
porque el paciente gozaba
viendo entrar los muchos barcos
que en aquella época insana
con alguna más frecuencia
que en esta feliz, entraban⁷⁵.
A una de estas barberías,
para pelarse las barbas,
acudió cierto gallego
un sábado de mañana:
preguntó primero el precio,
y pareciéndole cara
la operación, buscó otra;
y según dice la fama,
topó con la del Tío Pierres
peluquero de ambulancia⁷⁶,
hombre grave, ya algo anciano,
sombbrero de copa alta,
chaqueta de punto oscura,
pantalón lleno de manchas,

un banquillo de tijeras,
las navajas en la faja,
oprimidas las axilas⁷⁷
por una vacía de lata.
¿Cuántu me quiere llevare
pur afeitarme estas barbas?
«Lo mismo que llevan todos,
respondió Pierres con calma
dos cuartos mirando al muro⁷⁸,
y cuatro a la mar salada».
«Caramba, dijo el gallego,
eu creí sacar ventaga...»⁷⁹
«Sí la sacas contestó
el tío Pierres. ¿Pues es nada
el que te puedas beber
cuando te rape la cara,
todo el agua de jabón
que te diere la real gana?»⁸⁰

XI • LAS CAMPANAS

Fue, una vez, un caballero
a sacar en la parroquia
de S. Antonio, una fe
de bautismo, a cierta hora
en que todas las campanas
con algazara espantosa,
no sé si en repique o doblo,
armaban tal bataola,
que aun dentro del mismo archivo
no se entendía una jota.
Molido el buen caballero,
con la cabeza harto bomba,
exclamó «¿No le molesta
señor cura, esa horrorosa

metálica sinfonía?»
«No señor, no me incomoda,
porque ha de saber usted,
respondió el cura con sorna,
que todas esas campanas
tantum valent quantum sonant»⁸¹.

XII • EL PASAPORTE

Vino aquí, un napolitano,
muy apreciable sujeto
que por haberse metido
en aquellos movimientos⁸²
que estallaron en Madrid
en el año, según creo
de cuarenta y ocho (cuando
en la Casa de Correos
al desgraciado Fulgoso
dejaron de un tiro seco
y hubo aquellas demás cosas
que ya olvidadas tenemos);
tuvo el hombre que salir
de la corte, más que huyendo

a fuerza de mil fatigas
de disfraces y de enredos,
que andaban los polizontes
que se bebían los vientos
a caza de los fautores
de semejantes excesos.
El día que llegó a Cádiz,
tan distinguido extranjero,
daba la casualidad
que salía de este puerto
para Lisboa un vapor,
cuyo nombre no recuerdo,
y queriendo nuestro hombre,
sin pérdida de momento,
marcharse en él, pues tenía
muy justificado miedo
que llegara alguna orden
apremiante del gobierno
disponiendo que en seguida
que fuese cogido y preso
le pegaran cuatro tiros,
de sus hazañas en premio,
que Narváez⁸³ no jugaba
y era muy capaz de ello,
le importaba, como es justo,
poner tierra de por medio,
entre aquellos que abrigaban
tan laudable pensamiento

y su inocente persona
para librar el pellejo.
Fue, pues, a ver a su cónsul
que era un respetable viejo
italiano, como él,
llamado, si bien me acuerdo,
D. Marcos Machiavelli⁸⁴,
excelente caballero,
al cual halló en su escritorio,
tranquilamente, leyendo
mientras tanto le barría
un criado el aposento,
pues decir se me pasaba,
y es muy importante esto,
que era en hora muy temprana
cuando pasó este suceso.
Pues señor, como decía
estaba el cónsul leyendo
un diario de la plaza,
sospecho que era El Comercio⁸⁵
por conjeturas vehementes,
esperando a que el gallego
que tenía a su servicio
le barriese el aposento.
Empezó, nuestro emigrado,
con ambages y rodeos,
a referir a su cónsul
sus temores y recelos,

el peligro en que se hallaba
de poder ser descubierto,
la necesidad de huir
de riesgo tan manifiesto,
y por fin la precisión
de marcharse en el momento
con los papeles en regla
para evitar un tropiezo
que sería para él,
sin duda alguna, funesto.
Cuatro veces tal relato
tuvo que hacer por lo menos
aquella infelice víctima
en los tonos más patéticos,
sin que el impávido cónsul
comprendiera sus deseos,
bien por ser algo teniente,
bien, tal vez, porque el gallego
con el ruido de la escoba
no dejaba comprenderlo,
acaso por otras causas
que por prudencia reservo:
hasta que al fin Peberelly,
que era el nombre del sujeto
cansado de tal escena
y sus causas comprendiendo,
se dijo para sí mismo:
lo que quiere este es dinero,

y sacando cuatro onzas
lucientes y de buen peso
las arrojó en la carpeta
estas palabras diciendo,
que ha consignado la historia:
«Si é solo per los derecho...
venga pure il pasoporto
é tome, D. Marcos, eso».
¡Santa palabra! A la vista
del oro se obró el portento
de curar de la sordera
aquel solapado viejo⁸⁶:
levantose el buen D. Marcos
y con los brazos abiertos
se fue al pobre fugitivo
estrechándolo con ellos
y exclamando alegremente,
según consta en documentos⁸⁷:
«¡Acabara, Peberelly
de mi alma!... intendo, intendo:
¡Un pasaporto!... Capisco⁸⁸
súbito... all'ora⁸⁹... al momento
io sonó qui per servirla...
Deja la escoba, gallego,
ve a cercar al cancelliere⁹⁰
e que venga aquí coriendo
che al mio amico Peberelly
bisogna⁹¹ dejar contento».

XIII • LOS ÚLTIMOS MOMENTOS

Fue, una vez, el Padre Cañas,
fraile exclaustado francisco⁹²,
muy semejante a una ídem
de aquellas de su apellido,
en lo largo, lo derecho,
en lo seco y lo amarillo,
a confesar un gitano
conocido por Josico,
que vivía en una calle
de las de frente al Presidio,
que estaba en trance de muerte
con un fuerte tabardillo.
Encontrolo el religioso
en un camastro metido

con la cara a la pared
lanzando tristes suspiros,
más tieso que una berlinga⁹³
y todo convulso y frío.
«Deo gratias, dijo al entrar;
vamos, ánimo, hermanito,
que aquí le traigo consuelos
por si quiere recibirlos».
Mas el mísero gitano,
en su horrible paroxismo,
de aquella salutación
hizo el pobre, caso omiso.
«Vuélvase, hermano, a este lado»
añadió el fraile francisco:
y el gitano muy inmóvil
desoyendo tal aviso.
Viendo aquello su mujer
y que su infeliz marido
no hacía cuenta para nada
de lo que el padre bendito
le decía, muy llorosa
con semblante conmovido
y haciendo mil aspavientos,
dicen autores, que dijo:
«¿Osté quiere, pae cura,
que yo llame ar probecillo
y verá como responde
y se güerve de seguío?»

«Sí hija mía, lo deseo;
que para eso he venido».
«Pus catelo osté seño⁹⁴:
güerve la cara Curriyo,
que vas a ver a la muerte,
antes de morirte, hijo»⁹⁵.

XIV • EL PAJARITO

Se refiere de un sujeto
que ocupó una dignidad,
tan elevada y conspicua
en aquesta capital,
que no me atrevo, lector,
hablándote en puridad⁹⁶,
pues la franqueza es mi norte
y no quiero abandonar
las estrechísimas sendas
de esta virtud sin igual,
hacer de su ilustre nombre
pasto a tu curiosidad:
por lo cual te pido humilde
perdón amplio y general;

además que de esta falta
yo te pienso subsanar
con señas tan bien sacadas,
tomadas del natural,
que te estén diciendo, a voces,
a quién quise retratar:
pero su nombre... ¡Eso no!
no me lo pidas jamás:
pregúntaselo a cualquiera,
natural de esta ciudad,
que tú calcules que haya
cumplido ya el tercer ta
y demos principio al cuento
que de exordio basta ya.
Fue el sujeto ya indicado
un modelo de humildad,
varón santo y piadoso,
generoso sin igual,
llano, sencillo y afable,
ardiente en la caridad
pero tuvo la desgracia
de dar tanto en engordar
que llegó a tan triste extremo
de una fiera obesidad,
que era con piernas y vida
el peñón de Gibraltar⁹⁷.
Baste decir que ya en Cádiz
ni por nombre ó dignidad

era el hombre designado,
ni otras señas daban ya
de tan infeliz sujeto,
por la gentuza locuaz,
según dicen las historias
que pronto la luz verán,
que «el señor... (lo dicho) gordo»
y sobraba lo demás.
Aumentaba esta irrupción
de polisarcia fatal
de que se veía atacado,
la acción viva y eficaz
de una canina tan fiera,
que no había en Cádiz pan,
carne de vaca y pescado
par hacerla mitigar.
Siguiendo de esta pendiente
el camino, llegó a tal
estado, que los doctores
lo mandaron preparar,
pues no daban por su vida
la valía de un real.
«Ay, doctor, exclamó un día
en que aquella enfermedad
le concedía un momento
en que poder respirar:
¿por qué no me manda algo
que comer?» «Ya se andará»

el médico replicó
con bastante sequedad.
«Mire usted que me desmayo:
y yo creo que mi mal
no reconoce más causa
que mucha debilidad».
«Pues le otorgo mi licencia:
pero así sin ejemplar,
de que coma un pajarito».
«¿Y nada mas?» «...Nada más».
Marchose nuestro doctor,
y el enfermo hizo llamar
en seguida, al mayordomo,
y le dijo «mira Juan,
ve al instante a la cocina,
que tengo licencia ya
de comerme un pajarito,
y tráeme, sin tardar
un pavo». «Pero señor,
eso es una atrocidad».
«Haz, hijo, lo que te mando
y no me hagas aguardar».
Comióse el enfermo el pavo,
y es fama, en esta ciudad,
que estaba al siguiente día
libre de molestias ya,
gozando de las delicias
de la mansión celestial⁹⁸.

XV • EL LAUDO COMPROMISARIO

Cuando Cádiz era Cádiz,
es decir que a la de hoy
se parecía lo mismo
que una naranja a un melón,
un inglés a un hotentote,
oro fino al similar,
la salud a unas tercianas,
un perro chico a un doblón⁹⁹
allá por el año veinte¹⁰⁰,
si equivocado no estoy,
fue elegido en un litigio,
de gran consideración
que entre dos acaudalados
comerciantes estalló,

otro ídem, por las partes,
árbitro componedor,
a fin de que dirimiese
con su mucha ilustración
amigablemente aquella
diferencia de los dos,
sin que el asunto pasase
a las vías del feroz
papel sellado¹⁰¹, peligro
de que huían con razón
ambas partes contendientes,
por razones de que yo
creo excusado hacer presente,
porque bien sabidas son;
mutuamente conviniendo,
dando palabra de honor
de estar en todo conformes
sin más ulterior cuestión
con el laudo que dictase
tan competente señor.
El árbitro que era un hombre
que gozaba buena pro,
cachazudo en demasía,
genovés en conclusión¹⁰²,
sin hacerse de rogar
la comisión aceptó
muy contento de poder
servir en tal ocasión

a dos amigos tan grandes
en conflicto tan atroz:
pidió los antecedentes
y a su casa los llevó
para estudiar, según dijo,
bien a fondo la cuestión.
Así pasó mucho tiempo
y el grave componedor
a pesar que al blando lecho
se recogía con sol
leyendo los documentos
para formar su opinión,
nunca pudo el pobre hombre,
por más que se desveló
redactarla por escrito
ni fundarla a su sabor:
así el plazo para darla
de tal guisa transcurrió
sin haberse dado el laudo
fiado a su discreción:
y cuando los litigantes,
tal como se estipuló,
fueron al treinteno día
a saber su decisión,
con tono muy reposado,
dirigiéndose a los dos,
pronunció este veredicto,
que honrar pudo a Salomón:

«Io ho visto tutto lo scritto
é asicuro per quien soy
que non puedo decir sí...
ma tampoco digo no...
Io digo, tan solamente,
lu que sia de razon...
Si ustedes están conformes
este pleito se acabó».

Yo tengo por excusado
manifestar al lector
que con tan sabia sentencia
la litis no concluyó;
y aquel pleito endemoniado,
con tenacidad feroz,
a pesar del veredicto
de tan sesudo señor
por todos los tribunales
tales trámites siguió,
que llegó hasta nuestros días
sin hallar composición.

XVI • LA VARA DE PUNTILLA

Se cuenta de una individua,
que hace ya bastantes años,
por orden de una señora
fue a comprar varios encargos,
a las tiendas, no recuerdo
si de costura o bordados;
lo que sé que uno de ellos,
si no mienten buenos datos¹⁰³
era una linda puntilla,
para lo cual un pedazo
como de muestra llevaba
con su precio señalado.
Evacuó la comisión
si los datos indicados

son cual debo suponerlos,
muy verídicos y exactos¹⁰⁴,
en la tienda del Buen mozo,
un señor muy afamado
que en la esquina de las calles
del Baluarte y Rosario
poseía un buen refino,
surtido y acreditado,
resultando lo siguiente,
según su propio relato:
«La puntilla, que usted quiere,
la encontré: mas no la traigo:
porque no la quieren dar
un real menos de tres cuartos»¹⁰⁵.

XVII. LAS NATILLAS

Hubo ha tiempo un escribano
que aquí gozó grande fama,
por múltiples y complejas
y pasmosas circunstancias,
que no pienso enumerar,
porque al cuento no hacen falta;
solo diré que era chato,
que tenía mucha panza,
y en extremo aficionado
a las bromas y a las gracias,
a pesar de su barriga,
de sus años y sus canas.
Y para que los lectores
no se den calabazadas

discurriendo quién sería,
les diré que se llamaba
nuestro sujeto, Don Juan
(por supuesto en confianza
y de guardar el secreto
dándome ustedes palabra)
Nepomuceno Fernández,
y otras yerbas y otras plantas
que no se dan en el campo,
con las cuales sobra y basta
para que todos recuerden
al héroe de esta jornada;
cuya memoria respeto
y pido a Dios por su alma,
que fuimos algo parientes
y la caridad lo manda:
entremos pues, en materia,
que ya de introitos basta.
Fue, una vez, este señor
a saludar una dama¹⁰⁶,
de esas señoras antiguas
muy mujeres de su casa,
de las que gastan rapé,
zapatos de orillo, gafas,
ridículo y papalina,
cocinan, planchan y lavan
y tienen mil formularios
para frituras y salsas,

y recetas admirables
para curar almorranas,
achocaduras, lombrices,
dolor de muelas y ahijada,
y hacen veces de matronas,
y saben cuanto se habla
en toda la vecindad,
y son partes obligadas
en duelos y desposorios,
bautismos y zarabandas,
novenarios, misas nuevas,
días, pésames y pascuas,
procesiones y visitas,
y las demás zarandajas
de este linaje, que exige
la casera diplomacia
del siglo de las pelucas,
las peinetas y las capas,
hoy, no sé si por fortuna
o desgracia, adulterada:
fue, repito, este señor
a saludar a tal dama
en un día de su santo,¹⁰⁷
y la encontró atareada,
en la cocina, batiendo
con una hermosa cuchara
de madera, unas natillas
que, para postres, pensaba

presentar aquella tarde
a la gente convidada,
que eran todos los vecinos
de las casas inmediatas.
«Hola, mi señor don Juan:
dijo al verlo nuestra dama,
mire usted como me encuentra;
pero al fin, como es de casa,
me sabrá disimular
si no le llevo a la sala...
Yo quisiera concluir
esta golosina, y... Vaya,
usted nos hará el honor
de acompañarnos, sin falta
esta tarde. ¿No es verdad?
Ya verá, como le agrada
este plato de natillas:
le cojo a usted la palabra».
Nuestro don Juan, que entretanto
a la señora miraba
de hito en hito, había observado,
disimulando las bascas,
una gotita de moco
y tabaco que colgaba
de la nariz cavernosa
de la tabacosa dama¹⁰⁸,
amenazando caer
en las natillas malvadas¹⁰⁹;

sin saber qué responder,
estaba como una estatua,
discurriendo el mejor modo
y la manera adecuada
de librarse del convite
que feroz le amenazaba.
«Vamos, diga usted que sí;
verá como se regala
que están hechas las natillas
con leche pura de cabras.
¿Vendrá usted, don Juan? Señora,
le contestó el de la panza,
sin quitar su absorta vista
de aquella gota tirana:
eso de venir... veremos...
quiero decir... según caiga»¹¹⁰.

XVIII • LOS PASTELEROS¹¹¹

Después de haber conducido
a la fosa, como buenos,
el cuerpo de Pepe Plepas,
distinguido pastelero
de estas playas, que murió
de cierto atracón de hierro¹¹²
que le aplicó, a mano airada,
su compadre Juan el Perro,
celebrando están sus honras
sus antiguos compañeros,
con culitos de mayorca¹¹³
en la tienda de Mateo,
mezclando sus alabanzas
con sorbos y con regüeldos.

Allí está la flor y nata
de estos mozos beneméritos,
Currillo el de la Caleta,
de tomadores¹¹⁴ espejo,
el Mellizo, el Colorao,
Juan Saliva, el Sanluqueño,
Pepe Buche, el Gusarapo
y Gabriel el Buñolero,
y el Nestor de la reunión
Diego Pichoco el del Puerto,
anciano muy respetable
de experiencia y canas lleno,
que por sus muchas campañas,
afanos y pasteos¹¹⁵,
era el hombre de consulta
en los apuros, del gremio.
No faltan también matronas¹¹⁶
que honraran allí su sexo,
pues lo menos había cuatro
de esas de rostro moreno,
castaña sobre el cogote,
lunares grandes con pelos
a manera de mostachos,
y el pañolón por el cuello;
alternando con el vaso,
los cigarros y los ternos,
con aquellos mozos cruos
sus amantes y cortejos.

Pero oigamos lo que hablan¹¹⁷
que ya es tiempo de saberlo
¡Es mentira! dijo uno
por los dientes escupiendo
de chirrete cual se usa
entre los callejeros¹¹⁸
de la Isla de León;
¡no había en er mundo entero
hombre más habilioso
en er negocio que er muerto!
Y merece, por mi via,
er patoso e Juan er Perro
que es más malo y más cobarde
que una mona, que le demos
por haberlo mulabao¹¹⁹
lo que se llama pa er pelo.
¿No oyes tú, Buche? exclamó
solemnemente el tío Diego;
no te metas en honduras.
¿Por qué me dice osté eso,
señó Pichoco? Si yo...
Ya te icho que silencio:
conque basta de belenes...
Naide en Cais, cabayeros,
ma ganao a celebrá,
como se merece ar muerto,
poique sabe to er mundo
que yo lo crié a mis pechos...

(y asin salió er probesiyo
que era más fino quer viento)
y toas cuantas hombraas
er difunto llevó a efeuto,
sin que fartara una sola
se las enseñé yo mesmo:
pero esto no tié que ver
con venirse con mareos;
y er queré meté la pata
es salirse fuera er tiesto
¿Qué manitú tienes tú
en los asuntos ajenos
y más cuando ya te costa
que es un barbian Juan er Perro?
Yo no lo ije pa ofensa,
la verdá, de ese sujeto:
pero señó, he sentio...
¡Que te calles, majaero!
¡Digo, y en buena ocasión
te vienes, niño, con eso;
¡ cuando estamo ajogándonos
casi casi con un pelo!
¡Vaya, que está osté sembrao
esta noche señó Diego!
exclamó una de las damas
de aquel ilustre congreso.
Pus no es más que la verdad;
y sabedlo, compañeros,

que está la corporación
largando el último aliento
po farta de gente lista
en er tragin.
Señó Diego,
aun hay aquí quien trabaja
como er mejó.
Calla necio:
que no sabes lo que ices:
dime si no, prosupuesto
sea dicho sin alabancia¹²⁰
pus voy a hablá de mí mesmo;
¿hay alguno que hoy en día,
tenga tanto entendimiento
que invente lo que he inventao,
asin cuar me veis tan viejo?
¡Qué lo iga: que lo iga!
con un vocejón tremendo
dijo otra ilustre doncella
después de dar un bostezo
esperezando los brazos
que a poco, dan en el techo.
Vaya un buche y venga d'ahí
que ya oímos, padre agüelo;
añadió otra señorita.
Voy ar punto a complaceros:
pero convíanos antes
que tengo er gazzate seco.

Vino luego el aguardiente
y en seguida que bebieron
comenzó su relación
de este modo señó Diego.
Habéis de sabé, señores,
dijo el orador tosiendo,
y largando un ostión¹²¹
en medio del santo suelo,
que cuando vino a embarcarse
hace ya bastante tiempo,
aquer batallón famoso,
que daba gusto de verlo,
de voluntarios de Prim,
de catalanes compuesto,
pa la Habana; como era
too de gente de dinero,
que marchaban po su gusto,
y venía tan completo...
yo me íge íjole ice
aquí hay fango de lo güeno;
conque vamo a pensá
cómo cogeremo er sebo,
que si pierde esta collaa¹²²
sabe Dios que está en los cielos
si nos veremos en otra;
conque a pensá señó Diego.
Y estuve piensa que piensa
discurriendo un modo nuevo

de podé pateleá
libre de cacho y sin riesgo;
que estaba la policía
que se bebía los vientos,
y llevándose a la preve¹²³,
sin compasión ni respeto
hasta er gayo; y además
había cuatro sargentos
que andaban descompadraos
conmigo, por un camelo
que les largué, y se habían dío
los mu pillos ar berreo.
Como eran cuenta esplotaa
todos los camaraneos
der juego de las tres cartas,
los breses¹²⁴ y los armuerzos
con er precio convenio
pa hacé luego er regateo
y lo demá que sabéis
que se cae ya de viejo;
como son los organillo,
los baúles y er paseo
pa propocionales fonda
y las letras pa su pueblo
y las demá menudencias
con sus timo y sus queos;
era, ar fin sa menester
cosas de ma güen provecho

nunca vistas ni probadas
por estas tierras ar meno,
a fin de que la corchuela
se jundiera y que el anzuelo
se tragan los sordaos
y pescara yo er dinero;
y me salí con la mía,
pus cavilé aquer invento,
de que se ocupó to Cais,
de las gafas par mareo.
¿Y qué gafas fueron esas?
le preguntó el Buñolero.
Unas gafas que yo jice
con los cristales de un cierro
de una casa que se hundió
en la calle de Flamencos¹²⁵,
de que yo trinqué una puerta
y la escondí en ca der Meto,
y les puse po armazon
pa que tó fuese perfeuto,
unos aros mu bonitos
que me jizo Juan er Clueco
der metá de unos quinqueses
que le vendieron ar peso,
por más seña que corrí
la romana con los deos
y le ñapé ar vendeor
cinco ó sei libras de exceso.

Y cuando estuvieron listas
se las vendí con salero
y muchísima parola
a los peazo e mostrencos
de los jundos¹²⁶ que creían
que con aquer adefesio
no se iban a mareá
por esos mares adentro.
Y er día que se embarcaron
era una risa de verlo
estivaos¹²⁷ en er bote
con los antejo puestos
mu creios los pobretes
que se libraban con eso
de echá los gofes¹²⁸ y el arma
y hasta der gómite negro.
¡Vivan los viejos con gracia!
dijo el Mellizo riendo:
y digo osté der chapuz
¿cuanto sacó, pare agüelo?
Lo meno sesenta duro:
y cudiao que no miento,
que vendí too el surtio,
y si más hubiera hecho
hubiera vendió más;
que el negosio fue tan güeno
que hasta er Pare Capellán
me dio por una tres pesos;

y er mu tonto quería más,
sin duda que estaba lelo.
Pero en esto entró Rebollo
seguido de sus sabuesos,
es decir, los vigilantes
del benemérito cuerpo
de orden público, que estaban
esta relación oyendo
ocultos tras de la puerta,
y amarrando, en un momento,
sin distinción de personas
a damas y caballeros,
a la cárcel de seguida
a todos se llevó presos.¹²⁹

.
.

Ahora, lector complaciente,
te diré, con gran respeto,
que si al llegar hasta aquí
censuras, como sospecho,
de villano, en demasía,
este humildísimo cuento;
y juzgas que su lectura
puede destemplan los nervios
de toda persona culta
por lo especial de su género,
su lenguaje tabernario
y sus términos flamencos,

y sus héroes de presidio
y su estilo asaz grosero
y su corte chabacano;
yo todo te lo concedo:
pero has de saber, lector,
que si yo pequé por esto,
fue solo porque tomé
de algunos el mal ejemplo;
que, según tengo entendido,
en lenguaje rufianesco
escribió muchos romances
Don Francisco de Quevedo,
y también el grave Góngora
no se desdeñó de ellos,
aunque, lector discretísimo,
bien sabes tú que era clérigo.
Si los Príncipes preclaros
del Parnaso hicieron esto;
¿qué tiene de reprehensible
el que yo, pobre pigmeo,
por esa atmósfera densa
extienda mi torpe vuelo,
si llegar hasta Helicon
por más que quiero no puedo?
No sigo, lector benigno
porque ya en tu rostro veo
que lo dicho basta y sobra
para disculpa a mi yerro¹³⁰.

XIX • EL BANCO DE TERRANOVA¹³¹

Según papeles viejísimos¹³²
y por datos biográficos,
se sabe que en esta ínsula
hubo un corredor muy cándido,
que sin llegar a lo estólido
pasaba de lo gahnápiro;
pues el hombre era tan crédulo
y de criterio tan pánfilo,
que creía que a lo hipógrifo
pudieran volar los cuártagos,
y otras sandeces análogas
muestra de su ingenio apático:
Dicen, que con priesa insólita,
llamolo a su casa, un sábado,

un comerciante riquísimo,
muy amigo del escándalo
y a las bromas pesadísimas
en su período más álgido:
por cuya razón los códigos
son de opinión que en el bátrato,
de Mercurio el tal discípulo,
debe estar ahora pagándolo.
Comisión sigilosísima,
de grave asunto metálico
comunicolo lacónico
con mucha premura instándolo
a que evacuara solícito
nuestro corredor escualido
saliera, sin poner óbice
en el término más rápido;
pues eran momentos críticos
y en el mundo burocrático
existían deseos mayúsculos
de pescar premio tan máximo.
Y era, lector queridísimo,
el negocio que aquel vándalo
le propuso al pobre mísero
(¡qué perversidad de ánimo!)
que le comprase unas pólizas
y unos créditos, (¡qué bárbaro!)
del banco (!oh maldad crasísima
de aquel poderoso zángano!),

de Terranova. Y unánimes
dicen los contemporáneos,
que aquel corredor estúpido,
tragándose hasta los hábitos,
estuvo más de una hebdómada¹³³
por todo Cádiz buscándolos.

XX. • TRADUCCIÓN LITERA

Habéis de saber, lectores,
que, en época no reciente,
hubo aquí unas elecciones
que se hicieron harto célebres
por lo reñidas que fueron,
lo empeñadas y candentes:
era ya el último día,
y como sucede siempre,
estaban de cabildeos
los muñidores y jefes
rebuscando por las listas
enfermos, muertos y ausentes
a fin de hacerlos votar
largando gato por liebre¹³⁴;

que en casos tan apretados
eso es asunto corriente;
cuando vieron que en la calle
de San Juan, número nueve,
o diez o doce, que el número
no lo tengo muy presente,
vivía cierto elector
llamado don Juan Gutiérrez,
que usado no había el derecho
de votar, e incontinenti
fueron por él, en un coche,
para que al punto lo hiciese,
dos electores, muy listos
en estos tejes-manejes:
preguntaron en la casa:
pero todo inútilmente
que allí nadie conocía
a semejante Gutiérrez;
no viviendo más que un Juan,
hacía lo más diez meses¹³⁵,
llamado Guepinoviche,
sillero, precisamente,
de manos y colchonero,
y si los datos no mienten
genovés y muy pesado¹³⁶,
cual lo son generalmente
todos los de su nación,
con excepciones muy leves.

Viendo esto los electores
y que la cosa era urgente,
sin encomendarse a Dios
lo llamaron diligentes¹³⁷
y le hablaron de este modo:
—«Hola, señor de Gutiérrez».
—«Io sono Guepinoviche
e muy servidor de ustedes».
—«Es lo mismo, caballero:
Guepinoviche es Gutiérrez
al idioma castellano
traducido exactamente».
—«Sará: ma non lo sabía...
¿e a ustedes qué se le ofrece?»
—«¿Usted será liberal?»
—«Mucho». —«¡Bien: perfectamente!
¿entonces, sin duda alguna,
amigo D. Juan Gutiérrez,
querrá votar con nosotros
como es cosa consiguiente?»
—«Votará si lu desean».
—«Pues venga sin detenerse».
Lo metieron en un coche
y marcharon, advirtiéndole,
por el camino, que al dar
su nombre, que no dijese
por nada Guepinoviche
y sí, tan solo, Gutiérrez.

Hízolo así nuestro hombre,
cumpliendo perfectamente,
y votó, cual si tal cosa,
sin que nadie se opusiese.
Y es fama, que al regresar
a su casa el muy pobrete
tomándolo por lo serio,
decía muy formalmente:
—«¡Cuaranta año llevo en Cadi
sin que caer io pudiese
que eran una cosa misma
Guepinoviche e Gutiérrez!»
Que es excusado lectores
el deciros me parece
que al salir el genovés
buscó el coche inútilmente.

XXI. LA LLAVE

En una noche de Enero,
por demás fría y oscura,
en que la lluvia a torrentes
caía, con fuerza suma;
iba haciendo equis y eses,
carreando una juma¹³⁸,
el famoso tío Carando¹³⁹
más borracho que una uva.
A fuerza de resbalones,
tropiezos, paradas muchas,
palabras entrecortadas,
echar por la boca espuma,
eructos, interjecciones,
pesadeces y tontunas¹⁴⁰,

que forman el repertorio
obligado de una turca;
pudo llegar nuestro hombre
de su barrio en las alturas:
una vez que hubo topado
con su mísera casucha,
que era una pobre accesoria
en extremo chica y sucia
circum-circa del presidio,
principió busca que busca
por faltriqueras y faja,
la más empeñada lucha
en demanda de la llave
de aquella vivienda inmunda;
encontróla, al fin y al cabo,
y aquí comienza otra pugna
porque mi hombre no acierta,
por más que se afana y suda,
por el ojo de la llave
meterla en la cerradura.

Un vecino, que hacía rato
lo miraba, con gran chunga¹⁴¹
le dijo, al ver sus esfuerzos:
«Compadre: se me figura
que viene usted muy borracho».
«No levante osté calumnias:
¿borracho yo? cuando estoy
más fresco que una lechuga,

y podía comulgar
por estar casi en ayunas!»¹⁴²
«¿Pues entonces, tío Carando,
a que viene esa trifulca...
sin atinar a meter...?»
«¿No comprendes, cara é arcusa¹⁴³,
que esta llave mardecía
se ha jinchao con la lluvia
y por más que la arrempujo
no cabe en la cerradura?»

XXII • LA SOTA DE ESPADAS

Cuando Cádiz solamente
podía llamarse España,
pues el puente Zuazo
era la raya de Francia¹⁴⁴,
según dicen que decía
el calesero de marras¹⁴⁵;
gran número de familias,
fugitivas de las armas
del primer Napoleón,
buscaron en las murallas
de la «perla de los mares»
o la «tacita de plata»
como por aquel entonces
a Cádiz se le nombraba,

un asilo poderoso
contra las potentes alas
de las águilas francesas
que por doquier dominaban.
Entre las muchas personas
que vinieron, con tal causa,
se cuenta de una señora
natural de Tacotalpa,
persona muy religiosa,
de costumbres arregladas,
viuda de un brigadier,
muy bizarro, de la armada,
que halló una gloriosa muerte
en el canal de Bahama
peleando por su rey,
por su Dios y por su patria,
mujer de trato muy fino,
llena de hermosura y gracia
y rellena de dinero,
según era voz y fama:
pero tenía el defecto...
(¡quién se ve libre de faltas!)
de estar por el feo vicio
de los naipes dominada,
circunstancia asaz sensible
que mucho la rebajaba¹⁴⁶.
Se refiere que una noche
que recibía en su casa,

en la esquina de las calles
de San José y de la Zanja¹⁴⁷,
a numerosos amigos
que sus salones poblaban,
y que según la costumbre,
en ella ya inveterada
de verlas venir, ponía,
quiero decir apuntaba,
con alegre complacencia,
en una muy fuerte banca
que constante a toda hora
en su casa funcionaba;
sobrevino una tormenta
de furia tamaño y tanta,
que parecía que los cielos
con fragor se desplomaban¹⁴⁸:
Sucedíanse los truenos
unos a otros con tal saña,
que un momento de reposo
casi casi no se daban.
Nuestra heroína, que era
miedosa, al fin, como dama,
y tenía a las tormentas,
terror pánico, asustada
corre a la inmediata alcoba,
se abalanza a una camándula
que, junto a la cabecera,
tenía siempre de la cama,

con varios libros devotos,
reliquias y cosas santas,
y enciende luego una vela
a un cuadro de Santa Bárbara,
pidiendo muy fervorosa
a la patrona sagrada
contra rayos y tormentas,
que acabase la borrasca
y la librra del susto
de tempestad tan malvada.
Pero como su pasión
por las cartas, era tanta,
y una puesta muy cuantiosa
al huir dejó apuntada,
ni rezaba buenamente
ni volver al juego osaba,
que entre el miedo de los truenos
y su amor a la baraja,
y su respeto a los santos
confusa y perpleja andaba:
así, pues, dice un testigo,
que medio en pie, medio hincada,
en el quicio de la puerta,
de esta manera rezaba:
«¡Dios te salve reina y madre...
¿ha venido la cargada?
madre de misericordia...
¡esa sota cuánto tarda!

vida y dulzura... ¿y la sota?
en este valle de lágrimas...
y muéstranos a Jesús...
¡gané... la sota de espadas!»¹⁴⁹

XXIII • EL ALQUILER DEL CUARTO

Lo que voy a referir
pasó en Cádiz por los años
de mil ochocientos treinta,
si es verdadero el relato
que del suceso me ha hecho
un caballero, ya anciano,
que vive y bebe actualmente
y que conoció de trato
a la heroína de este cuento,
que fue una moza de encargo.
Arrendó la Josefina,
que era el nombre de este encanto,
flamenca de pura raza,
la más barbiana del gao¹⁵⁰,

con más quilates que el oro
y más sal que San Fernando
y una lengüita sin pelos...
un cuarto desalquilado,
de una casa situada
frente al arco de los Blancos.
Súpolo una amiga suya
que vivía más abajo,
y enseguida fue a decirle
que había muerto allí, un soldado
ético, no hacía dos meses;
razón por lo que en el barrio
no había persona alguna,
aunque fuera de regalo,
que se amoldara a vivir
en aquel cuartoapestado:
saberlo la Josefina
y en seguida irse volando
en demanda del casero
para deshacer el trato,
fue cosa de dos minutos.
«No oye osté, tío Mariano?
le dijo muy sofocada
al punto de haber llegado.
El alquiler de la alcova
es negocio esbaratao».
«¿Se puede saber por qué?
le preguntó con agrado

el casero, que era un viejo
de más de setenta años»
«Pues es nada lo del ojo¹⁵¹,
¿se ha pensado oste, cristiano,
que me iba yo a meter
aonde dicen que ha espichao
un probecito¹⁵² de un ético
no hace dos meses! ¡Canario,
ni que yo estuviera loca!
¡Lo que es eso ni pensarlo!»
«Pues si no hay otro motivo
para romper el contrato,
puede usted, cara de rosa,
dejar el temor a un lado,
desechar las aprensiones
y mitigar vuestro asco;
que ese cuarto, reina mía,
está más que ventilado,
y además, por precaución
he mandado ya picarlo».
«Pues yo, dijo la flamenca
fin a la plática dando,
aunque lo banderilléen
no me queo con el cuarto¹⁵³.

XXIV • EL FONDO DEL MAR

Me consta de buena tinta¹⁵⁴,
por preciosos documentos
que hoy obran en mi poder
por voluntad de su dueño,
y que, según mis noticias,
allá en un principio fueron
del célebre «chato Bosi»,
aquel consueta tan feo
que apuntaba en el Balón
a las hermanas Cantero,
a Zafrané, Sarramian,
Bireli, Sopera, Vechio,
Carrillo, Bernabé, Lara,
Barreda, Brotons y Prieto,

Vigo, Carrasco, Mendoza
y otros artista no menos
afamados y de punta
que las delicias hicieron
del público gaditano
cuando mandaba Espartero,
y hoy por desgracia del arte
están en el cementerio
la mitad, seguramente,
o tercera parte de ellos;
juntolos el dicho Bosi,
con solicitud y esmero,
y en su desgraciada muerte
se los legó, en testamento,
a Solis el sastre; aquel
tipo, patrón, y modelo
de empresarios distinguidos
que fue por tantos conceptos
en Cádiz tan renombrado
el cual por fallecimiento
los dejó en fideicomiso
al famoso Pepe Fierro¹⁵⁵,
que en paz descanse también,
bizco de sumo gracejo
representante que fue
en el viejo coliseo
de muchísimas empresas,
hasta que el teatro nuevo

vino al mundo para herirlo
mortalmente en sus afectos;
viniendo luego a poder,
cuando murió este sujeto,
de pena al considerar
al Principal tan desierto,
a las manos de Natera¹⁵⁶,
apuntador de los buenos
y de este al buen don Roque
aquel célebre portero
de sin igual estatura
a quien todos conocemos,
el cual, un día de levante,
me han dicho, los vendió al peso,
según datos fidedignos,
a Cos el almacenero,
de la esquina de las calles
de la Torre y Sacramento.
Dicen, pues, estos papeles,
que viniendo de regreso
a Cádiz, desde Canarias,
en un riguroso invierno
año de cincuenta y cinco,
poco más o poco menos,
en el místico Buen Mozo,
barco excelente en extremo
que mandó Don Blas Horozco,
y hacía veces de correo

entre España y dichas Islas,
una compañía de verso,
con su sección coreográfica,
o más claro, de boleros,
compuesta de la Guillén,
la Capinetti, el Velero,
la Zapato blanco, la Cabello,
el Teté, Petaca, Lara
y Jalpón o Montenegro¹⁵⁷,
lector querido, que así
te es más fácil y hacedero
conocer sin vacilar
al zanquilargo mancebo
que llevaba este apellido,
hombre que medía tres metros
sin que haya exageración,
hijo de aquel carpintero
que fue de la Tía Norica
director, actor y dueño,
con lo cual te basta y sobra
para poder conocerlo
si fuiste, como no dudo,
allá en tus años primeros
con tu mamá y hermanitos,
la niñera o el gallego
a gozar con los primores
y los chistes y conceptos
del tío Isasio, Cucharón

y los hidráulicos fuegos,
las astucias de Luzbel,
el toro y el testamento,
la adoración de los reyes¹⁵⁸
y los demás pasatiempos
variados e ingeniosos
del difunto nacimiento,
hoy trocado en casa nueva,
almacén de loza o huevos,
sastrería o qué sé yo...
que esto importa poco al cuento.
Pues como digo, el viaje
era en medio del invierno,
y como cosa corriente
les cogió un furioso tiempo,
una tempestad deshecha
por esos mares adentro,
que si dura un poco más
y no amaina el recio viento,
el Buen Mozo, el capitán,
cómicos y marineros
en lo profundo del mar
iban a dar sin remedio,
sin dejar señal ni rastro,
en el líquido elemento,
de aquel fin tan desastroso
que les deparaba el cielo.
Dejo a juicio del lector

considerar los horrendos
instantes, que pasarían
con temporal tan tremendo
los infelices artistas,
en tan críticos momentos,
viendo la muerte tan cerca
la salvación tan lejos.
Sólo, en tal tribulación,
se conservaba sereno
sin dar señal en su rostro,
de abrigar pena ni miedo
el larguirucho Jalpón,
que tranquilo y sonriendo
dominaba aquella escena
de angustias y sufrimientos
de terror y de agonía,
con su larguísimo cuerpo
paseando en la cubierta
y contemplando el suceso
cual si estuviese bailando
la guaracha o el bolero
en un beneficio suyo
con el teatro repleto.

.

.

.

Rendido que fue el viaje,
pasado que fue el aprieto,

después de pisar la tierra,
cuando alegres y contentos
en Cádiz, al verse libres
de los ya pasados riesgos,
contaban a sus amigos
de aquellos tristes momentos
pormenores y detalles;
me consta que uno de ellos,
tomando café una tarde
en el ídem del Correo¹⁵⁹,
ante un apiñado corro
de cómicos y toreros,
milicianos y cesantes
y gente de poco pelo,
que escuchaban con ahínco,
comprimidos los alientos,
las peripecias del lance,
conmovidos y suspensos,
de este modo se expresaba
con acento muy patético;
«En aquella hora tan negra,
lo aseguro, caballeros,
ante peligro tan grave
nuestro fin cercano viendo,
y que a sumergir nos íbamos
en el mar, sin más remedio,
todos gimiendo y llorando
estábamos medio muertos...

la verdad,... no hay que negarlo,
de purísimo canguelo,
menos Jalpón que allí andaba
cual si tal cosa riendo;
porque como hacía pie
no tenía el hombre miedo».

XXV • EL CALDO

En una de aquellas rondas,
que a deshora de la noche,
practicaba con frecuencia
el gobernador Ordóñez¹⁶⁰;
y que le dieron en Cádiz
tan temeroso renombre,
entre los mozos de punta
que llaman gente del bronce;
se refiere por el texto
de numerosos autores,
que están sobre aqueste asunto
unánimes y conformes,
que una noche vigilando
seguido de una cohorte

comandada por Falety,
de bizarros polizontes,
con las manos en la masa
cogió, infraganti, a unos doce
o catorce caballeros
que al nobilísimo monte,
cual si hiciesen cosa buena
se jugaban los doblones,
en un modesto garito
allá en la calle del Norte¹⁶¹,
casa, si no voy errado,
señalada con el once.
Espavorido los puntos
toman al instante el trote,
para ver de dar el mutis:
pero D. Melchor Ordóñez
que de todo tendría algo
mas ni un átomo de torpe,
en la puerta de la calle
dispuso para un embroque,
cuatro fornido guindillas
con tremendos chafarotes.
El banquero agarra el unto,
se lo guarda, y toma el tole
por una alcoba inmediata,
sin decir oste ni moste,
para ver de escabullirse;
ve una cama, se repone,

y reflexionando un poco
levanta los cobertores,
y vestido, cual estaba,
se mete en ella y se pone
a roncar, cual si dormido
estuviera; llega Ordóñez,
y al mirar aquel mostrenco
lo agarra por el cogote,
y le pregunta con bríos
dándole zamarreones:
¿qué hace usted aquí metido?
Se revuelve nuestro hombre,
y fingiendo el sobresalto
que se sufre cuando el goce
nos interrumpen del sueño,
de este modo le responde:
«¿No te dijo Benjumeda¹⁶²
que si seguían los sudores
no me trajeras el caldo
hasta que dieran las doce?
Vete, que no quiero nada,
y cuidado con ser torpe»¹⁶³

XXVI • LA FÁBRICA DE ARMAS DE TOLEDO¹⁶⁴

No hace dos años murió
en Cádiz, cierto sujeto,
que fue aquí muy conocido
de grandes y de pequeños,
por su buena posición
y su fortuna, primero;
después por su buena sombra,
su elegancia, su gracejo,
sus vicios, calaveradas,
locuras y devaneos,
sus ingleses, sus escándalos,
sus remedos extranjeros.
Su colección de corbatas,
su pericia en todos juegos,

por su muchas relaciones,
y después... por el extremo
de miseria y de pobreza,
soledad y abatimiento
en que concluyó sus días:
mostrándonos el ejemplo
del fin que reserva el mundo
al que deja los senderos
que llevan de la virtud
a la santa... mas advierto
que engolfado en estas cosas
y olvidado de mi cuento,
un sermón iba a espetaros
lectores, ni más ni menos.
Pues señores, a este tal,
cuyo nombre inútil creo
después de las señas dadas,
el revelar, yo recuerdo
haberle oído referir
lo que sirve de argumento
a este cuento, y vais a oírlo
en romance si no en verso.
Viniendo el sujeto dicho
de una corrida en el Puerto,
una tarde de San Juan,
a su casa de regreso,
fue tanta la muchedumbre
que se agolpó en el momento

en la estación, deseosa
de billetes, que rompieron
las vallas que siempre hay
dispuesta con el objeto
de que se vayan por orden
los billetes adquiriendo,
y evitar las confusiones,
las disputas y atropellos.
Como digo era la bulla
muy grande y el ruido inmenso,
y quien no estuviera en datos,
sin duda un pronunciamiento
juzgara que en la estación
estallado había del Puerto;
pero la Guardia Civil
acudió al primer momento,
y en menos de dos por tres,
con un simple vapuleo,
es decir, unos sablazos
dados por puños maestros,
sin apelar a otros récipes
puso fin a aquel jaleo.
En el reparto de palos
nuestro amigo obtuvo un premio;
y decía el pobre hombre
refiriendo este suceso:
«Me arrimaron un sablazo
tan famoso y estupendo,

que al mes y medio del lance
puedo decir y no miento
que marcado en las espaldas
aun conservaba un letrero
que decía: Real fábrica
de armas blancas de Toledo». ¹⁶⁵

XXVII • EL CUARTO DE BILLETE

Hubo, aquí, un Ramón Guerrero,
hombre de poco caletre,
propietario de una tienda
que estaba frente por frente
de esa casa nuevecita,
remetida varios jemes¹⁶⁶
y que forma una enseñada¹⁶⁷
en esa calle, que siempre
aunque es hoy del triste Prim¹⁶⁸
está empeñada la gente
en que es de la Compañía,
sin que hombres ni mujeres
la llamen con otro apodo
que el que tuvo antiguamente;

era la tienda ya dicha
de muñecos y juguetes
de la feria, encajes bastos,
tente-tiosos y peneques¹⁶⁹,
abanicos de calaña,
panderetas, alfileres,
triquitraques, culebrillas¹⁷⁰,
pandorgas y barriletes¹⁷¹.
Cerillas, niños de Dios,
matracas, trompos, rabeles,
chinchines, ruedas de fuego,
pitos de cuerno y cohetes,
y alguna otra cosa más
que no tengo ahora presente;
y si otras señas, lector,
de Guerrero tú quisieres,
que era el pobre corcovado
te diré, si es que no mienten
los escasos documentos
y rarísimos papeles
que acerca de este señor
me han dado tres montañeses
expendedores de vino,
de mistela y aguardiente;
licores a que Guerrero
les tuvo pasión muy fuerte;
y que además fue condueño,
según indicios vehementes,

del reñidero de gallos
y marido in facis ecclesia
(más vale creerlo así
y valga lo que valiere)
de una señora algo bizca
que fue en Cádiz harto célebre...
y pasemos adelante
y las señas aquí queden.
Un día que el tal Guerrero
tomó un fiero sudoeste¹⁷²,
jumera dicen algunos,
de los que llamarse suelen
de padrón, quiso San Rorro,
que es santo que vela siempre
por los borrachos, que un ciego
que pregonaba billetes
de la lotería nueva
lo encontrara por su suerte,
y que quiso o que no quiso
un número le vendiese,
me figuro que era un cuarto
lo que compró aquel zoquete;
y digo que me figuro,
porque ignoro francamente
si fue décimo o fue quinto:
porque en esto los papeles
están un poco confusos;
mas hay razones prudentes

para creer que fue cuarto;
pero es fuerza que las deje
para no alargar el cuento
con digresiones crueles.
Cuando llegó a su morada
con la turbación aleve
que embargaba de lo lindo
su escasísimo caletre,
cogió el pobre jorobado
un roñoso pucherete
donde guardaba el engrudo
para hacer los barriletes,
y enarbolando la brocha
o pincel, si es que tú quieres
que fuera pincel, lector,
le dio una mano muy fuerte
el muy bruto, del engrudo
por el dorso del billete
y lo pegó de seguida,
¡qué cosas el vino tiene!
en el cristal de una puerta
diciendo tranquilamente:
«Como yo no he de sacar
nada en pegarlo se pierde».
Pasose así la semana,
y satisfechos y alegres
parroquianos y tenderos
ancianos y mozalbetes,

celebraban el capricho
dándole mil parabienes
al infeliz del autor
que se creyó un hombre célebre
por haber llevado a cabo
barbaridad tan patente:
pero es el caso menguado
que el hado, que nunca duerme,
dispusiera que en la lista
del sorteo, el mil y veinte,
que era el número pegado,
el pobre Guerrero viese;
y aquí las tribulaciones,
las maldiciones soeces,
las blasfemias y los ternos
de aquella boca de hereje,
al contemplar su desdicha
pegada perfectamente
en el cristal de su daño,
sin consentir desprenderse
por más medios empleados,
de su adherencia imprudente.
Se consultó a los vecinos,
se tomaron pareceres,
se intentó la vía húmeda,
también el agua caliente;
vinieron varias comadres,
mujeres muy competentes,

un municipal amigo,
un abogado, un alférez,
tres patronos de Moguer,
dos sacadores del muelle,
un moreno limpia-botas,
el freidor del Boquete¹⁷³,
Jurado con su veneras,
tres marineros ingleses,
todo el cuerpo de atacantes
comandado por sus jefes,
un cabo de la bandera,
un herrero con sus fuelles,
el vice-cónsul de Grecia,
dos monaguillos castrenses
un boticario, algo químico,
con reactivos y aceites,
un pasante de Falety
y Tuntún el sacristán
de Santiago, los jueces,
la compañía de bomberos,
el alcalde y sus satélites,
dos gallegos aguadores,
tres o cuatro genoveses
colchoneros, un maestrante,
un escribano y dos ternes;
y por más que discurrieron,
el billete erre que erre
más adherido al cristal

que la luz al astro ardiente
que el día engendra con sus rayos,
o que la vida a la muerte.
Hubo ensayos de saliva
y de uñate, inútilmente;
hasta que el pobre Guerrero
devorado por la fiebre,
dispuso coger la puerta
y por la vía más breve
marchar con ella a Madrid
para cobrar el billete¹⁷⁴

XXVIII. UN ASUNTO INTERESANTE

En aquellos tristes días,
de recordación funesta,
de la ominosa década
algo después que Angulema
con los hijos de San Luis¹⁷⁵
nos arrancaran la neta;
a pesar de los esfuerzos
y las gloriosas proezas
que hicieron nuestros papás,
en balde, por defenderla,
y que luego, andando el tiempo,
el gobierno de la reina
recompensó, como es justo,
con aquella charretera,

llamada del Trocadero¹⁷⁶,
ennobleciendo con ella,
para estímulo de bravos,
el hombro de los atletas
que, en aquel sitio fangoso,
defendieron el sistema¹⁷⁷,
como llamaban entonces
los serviles, por burlata,
al código sacrosanto
que nos perdió las Américas.
Cuando había en nuestra España,
entre otras menudencias,
negros y purificados¹⁷⁸,
informaciones secretas,
cédulas de confesión
y tablillas a las puertas
de los templos, delaciones
y periódicas remesas
a los presidios de África
y ahorcados por docenas,
y ostracismo de bigotes,
y varias otras lindezas
que forman el repertorio
de las pláticas amenas
y narraciones continuas
de los viejos y las viejas,
que alcanzaron tales días
y con fruición los recuerdan.

Cuando en nuestra amada Cádiz
regía con mano diestra
el Intendente Malvar
las dificultosas riendas
de ambas a dos policías,
la pública y la secreta,
en honor de la verdad
sin causar graves molestias
a los inocentes negros
que en ocultas madrigueras
no perdían la ocasión
de andar en marimorenas
por ver si podían urdirle
a Fernando alguna treta,
burlando de su Intendente
la suspicacia y destreza;
es fama que hubo aquí un quidam,
llamado Caraballeda,
chistoso de profesión,
jorobado, por más señas,
que andaba siempre husmeando
dónde había una peseta
para ver si con sus gracias
podía cargar con ella:
y así dicen que vivía
tan tranquilo este planeta¹⁷⁹,
del público gaditano
con general aquiescencia,

con más fama de ocurrente
que la tuvo Esopo en Grecia.
Pues señor, este sujeto
que así retratado queda,
dicen autores sesudos
que tratan esta materia,
que se presentó, una vez,
en la temida Intendencia
de policía, que estaba
según las gentes añejas
afirman, en esa casa,
de la portada tan buena
que llamaban de Cenon
hasta hace muy poca fecha,
calle del general Riego¹⁸⁰
y en aquella oscura era
del gloriosa San Francisco,
que hoy por milagro conserva,
en perjuicio del que dio
el grito de las Cabezas¹⁸¹.
Se presentó, repetimos
el señor Caraballeda
en la Intendencia, pidiendo,
con la faz muy descompuesta,
ser al punto introducido
de Malvar a la presencia,
pues tenía precisión
de hablarle con gran reserva

de un asunto interesante
que exigía grande urgencia,
pues un instante, tan solo,
que en hablarle se perdiera
podría, seguramente,
traer graves consecuencias.
Escucholo el secretario
señor de Miura, que era
persona muy bondadosa,
con tamaña boca abierta,
sin saber qué resolver,
pues tenía orden expresa
del mismísimo Intendente
de no conceder licencia
a ninguno para hablarle,
pues estaba en conferencia
no sé con qué personaje:
pero como había sospechas
y temores muy fundados
de próximas ocurrencias,
que andaban soliviantadas
las sociedades secretas
muy afanosas de armar
alguna gresca tremenda,
no se atrevía a despedir
al señor Caraballeda,
temiendo que tal sujeto
pudiera dar hilo o hebra

de alguna conspiración
o cosa que lo valiera,
al verlo tan insistente
reclamar aquella audiencia:
así es que, reflexionando,
arrastró las consecuencias
de no obedecer, en pro
del servicio que pudiera
prestar en tal ocasión,
y marchando, con presteza,
le dio parte al Intendente
de sus fundadas sospechas;
y al punto fue introducido
el señor Caraballeda
al despacho de Malvar,
quien mandó cerrar las puertas,
que en asuntos de tal monta
es precisa la reserva.
Cuando se quedaron solos
dijo Malvar, con voz queda
para no ser escuchados
como exige la prudencia,
por las gentes que esperaban
en la antesala de fuera:
«Hable usted con confianza;
y dígame lo que sepa».
«Lo que tengo que decir,
respondió Caraballeda,

es que hoy hace ya dos días
que en mi estómago no cuele
cosa fría ni caliente,
con que restaurarlo pueda.
¡Calcule su señoría
si el asunto tendrá urgencia!»¹⁸²
Quedó al principio Malvar
perplejo con tal respuesta:
pero cayéndole en gracia
de aquel quidam la insolencia,
lo socorrió compasivo
con tres o cuatro pesetas.

XXIX. LAS CURSIS

Si quieres lector amigo,
y perdóname el tuteo
que si contigo lo uso
no es por falta de respeto
(¡Dios me libre y me defienda
de tan criminal exceso?)
sino por costumbre rancia,
sancionada por el tiempo
seguida por los que escriben
tanto en prosa como en verso,
los cuales han convenido
en no dar más tratamiento
a sus discretos lectores,
que siempre han de ser discretos

por idéntica costumbre
o curiosos o benévolos
los lectores, magüer sean
bien apartados de aquesto,
que eso tú tan cariñoso,
tan íntimo y tan ingenuo,
aunque rabien con tal uso
los que ostentan en sus pechos
grandes cruces y encomiendas
dadas por D. Amadeo,
que estos son a mi entender
los más regidos y tiesos;
si quieres saber, repito,
y a requerirte yo vuelvo
me perdones, otra vez,
y no ya por el tuteo
sino por las digresiones
que nos apartan del cuento
dejando lo principal
por paréntesis molestos,
que cosa sea una cursi,
yo a explicártelo me atrevo
si me prestas atención
tan solo por un momento;
con un simple sucedido
y como tal verdadero:
mas antes te he de decir
a manera de proemio

que esta rara palabreja,
de origen no muy añejo,
no nos vino del latín,
ni mucho menos del griego,
ni arranca de los fenicios,
ni su probado abolengo
se remonta a las raíces
de aquellos campos tartesios,
que no sé por dónde estaban,
ni se usó nunca en los pueblos
y gentes que dominaron
y habitaron este suelo
allá cuando el rey rabió,
ni aun en tiempos más modernos:
su origen etimológico,
según varios documentos,
nunca vistos, ni leídos,
es sin duda más plebeyo
y se debe, sin disputa,
yo al menos así lo creo
por razones especiales
que por ser breve reservo,
a la inventiva especial
y al envidiable gracejo
con que a los hijos de Cádiz
los adornó el Ser Supremo:
inventada por acaso
por desconocido ingenio,

aquí nació esa palabra,
que tanta fortuna ha hecho,
cual nacieron otras muchas,
que a mi ver pasan de ciento,
verbi gratia: abarbeta¹⁸³,
cabezada¹⁸⁴, bolichero¹⁸⁵,
hoyanca¹⁸⁶, mota¹⁸⁷, mamporro¹⁸⁸,
potala¹⁸⁹, pita¹⁹⁰, camelo,
alcauciles, ostiones,
sobreúsa¹⁹¹ y ajetreo¹⁹²
ataque¹⁹³, bronqui¹⁹⁴ casimba¹⁹⁵,
barrilete¹⁹⁶, guita¹⁹⁷ y sebo¹⁹⁸
y otras más que a la presente
en la memoria no tengo,
y vamos a lo que importa
y demos principio al cuento.
Pues sabrás, lector paciente,
que lo oí contar a un sujeto
llamado Salvador G...
(lo grande es que no me acuerdo
del apellido del tal...
mas no importa, seguiremos,
que si el hecho refiere
lo del nombre es lo de menos;
pues le oí contar repito
este episodio grotesco:
«Estaba yo, cierta noche,
muy tranquilo con mi perro

sentado en el emparrado
del lindísimo paseo
que llaman Plaza de Mina,
arrobado con los ecos
de la banda de la Sopa
que, sin duda por efecto
de que soplaba levante
desafinaba en extremo,
sentado estaba, cual dije,
en uno de esos asientos
que por no costar un cuarto
desde temprano están llenos,
cuando llegaron solícitas,
es decir, casi corriendo,
a sentarse por asalto
en un hueco asaz estrecho
que había junto de mí,
tres celestiales portentos
seguida de una mamá
más fea que el mismo infierno
que navegaba a remolque,
casi casi sin aliento
y con la lengua de fuera,
de sus tres pimpollos bellos;
estrecheme cuanto pude,
y estibando ellas sus cuerpos,
se sentaron todas cuatro,
dejándome en grave riesgo

de morir a la manera
de los gatos y los perros,
que víctimas infelices
de los pueriles manejos
los cogen entre dos puertas
y los dividen por medio.
Diéronme todas las gracias
con un precioso meneo
de cabeza y la sonrisa
de tabla, que ya sabemos
ostenta siempre en su boca
la que no usa dientes negros;
y sin más preparativos
de este modo me dijeron:
mas antes quiero pintar
de las damas el pergeño:
el vestido de las cuatro
era de incógnito género
color de pulga fané,
muy lustroso por lo viejo,
mucho peinado de cocas,
(era moda en aquel tiempo)
velos de punto redondo
color sepia, según creo,
y la cabeza cubierta
como un estrellado cielo
de jazmines de papel,
que mirándolos de lejos

y con gafas de miope
casi daban un camelo:
y además otros primores
de cintajos y de flecos
que no cito por temor
de pecar en lo molesto.
Así dijo la más viva
después de mil escarceos.
—¿Osté no será daqui;
porque yo nunca lo veo...
—Si, señora, de aquí soy.
—Yo lo creí forastero:
también acá todas tres
nacidas en Cadi semos;
menos mamá que nació
a media legua de Méjico,
pues su papá fue intendente
de allá...
—¡Mucho lo celebro!
—Y el pobre al vení pa acá
a boldo se queó muerto
de la fragata Esmerarda
que mandaba un tío nuestro.
—¡Qué desgracia señorita!
—Yo soy hija de un correo
de gabinete, que el pobre
siguiendo a Fernando Sétimo
en el ortracismo cuando

lo cautivaron los negros
se flacturó la do piasnas...
era todo un caballero...
Su retrato de uniforme
que aquí lo traigo yo puesto,
(y me enseñó un medallón
que llevaba sobre el pecho,
y que sospecho que era
un retrato de Espartero),
lo traemo siempre consigo
yo y mamá como recuerdo.
—¿Y cómo se llama usted?
—A mi me llaman Remedio
y esta se llama Lualda
y Zoraida la de en medio
y Eduvige mi mama
y tengo un hermano Arfredo.
—¿Y usted tendrá algún amante?
—Ay no señó no por cierto.
—Cavá, cavá que lo tiene
dijo Zoraida a este tiempo
con una voz de falsete.
—«No podía ser por menos»
añadí por decir algo
cansado ya del mareo
de tan ruin conversación;
«con ese rostro hechicero
no es posible estar sin él»

—«Mir gracia por el requiebro»
me contestó la aludida
el cumplido agradeciendo.
—¿Usted también tendrá novia?
—Hija mía yo no puedo,
yo tengo mucho que hacer.
—Váigame Dio de los cielo
¿pue que es usté señor mío
que le farta asin er tiempo?
Deseando yo acabar
y poner remate y término
a aquella plática insulsa,
respondí con tono seco:
—«Señora, soy oficial».
—¿De marina?— Nada de eso.
—¿De artillería tal vez?
—Tampoco soy artillero.
—¿Será usté de infantería?
—No, señora; mucho menos.
—Entonces, sin duda alguna
usté es de carabineros.
—No, señora—. Pues samigo,
¿podremos saber er cuelpo
a que pertenece usté?
—Oficial de Monterezzio.
—¿Y que regimiento es ese
que denguna conocemo?
—No es regimiento, es un sastre

que no vive de aquí lejos.
Aun no había yo acabado,
lector, de decir aquesto,
cuando aquellas cuatro cursis¹⁹⁹
tomaron el viento fresco,
horrorizadas sin duda
de saber mi humilde empleo;
sin despedirse siquiera
y haciendo unos aspavientos
y lanzando unas miradas,
que con solo su recuerdo
aún me parece lector
que de risa estoy muriendo.
Ya tienes lector amigo,
de tan estúpido género
descrita una variedad;²⁰⁰
yo otro día te prometo
retratarte alguna más
que materia hay para ello.

XXX • EL TENOR NÁUFRAGO²⁰¹

Casi todas las esquinas
de Cádiz, aparecieron,
hace ya bastantes años
con carteles tremendos,
anunciando una función
en el viejo coliseo
que llaman El Principal
que como sabe el discreto
y cultísimo lector,
en España obtuvo el cetro
sobre todos los teatros
y corrales de su tiempo,
quieta y pacíficamente
con imperio mixto y mero,

por ser, sin disputa alguna,
superior a todos ellos
en condiciones, en lujo,
en amplitud, en atrezzo,
en decorado y en público,
y más que nada en ingresos;
y si digo en compañías,
me parece que no miento;
y quien diga lo contrario
que va errado me sospecho.
Gran función extraordinaria,
como íbamos diciendo,
se leía en letras gordas
en los citados prospectos,
para hoy veinte de abril
del año mil y ochocientos
etcétera, a beneficio,
aquí principia lo bueno,
del desgraciado tenor
señor de Sanz, que viniendo
a descansar a su patria,
no sé si de Río Janeiro,
Pernambuco o Buenos Aires
o tal vez Montevideo,
atestado de laureles,
alabanzas y dinero,
tuvo la cruel desgracia
de sufrir el más horrendo

naufragio, que los mortales
conocen y conocieron,
perdiendo en tan negra hora
el fruto de sus talentos;
porque no pudo salvar
en momentos tan supremos
sino solo la persona,
y eso a fuerza de mil riesgos²⁰²;
y seguía en esta forma
un larguísimo proemio
para después anunciar
que, dicho artista, a los ruegos
de numerosos amigos,
tendría el honor inmenso
de cantar una canción
titulada El marinero
náufrago, para final
de la función. Este pueblo,
que es sobrado generoso
y que en cosas de este género
lleva su filantropía
a los límites postreros,
no hay que decir que esa noche
no cumpliera tal objeto;
pues antes de dar principio
el teatro estaba lleno,
y no así como se quiera,
sino a pisón y repleto.

Pasose sin novedad
un drama que hubo primero,
luego el baile nacional,
con palillos y panderos,
y empezó la expectación
del público, en el momento
de comenzar la cantata,
esperada con anhelo.
El maestro director,
profesor de mucho mérito,
que reúne a su modestia
un grandísimo talento,
andaba un poco escamado
receloso de un mal éxito
pues el célebre tenor,
del ensayo prescindiendo,
que tocara, le había dicho,
en vez de acompañamiento
lo que le diera la gana;
lo cual se cumplió en efecto,
levantándose el telón
a los armoniosos ecos
de la bella sinfonía,
que aquí tanto conocemos
del Gran caballo de bronce,
dejando ver el proscenio
figurando una marina
con un horizonte negro,

que iluminaba Camilo
con relámpagos horrendos,
sin dejar un punto ociosa
la caja grande de truenos.
En esto, de un bastidor,
no recuerdo si el derecho,
salió haciendo que nadaba
un tagarote tremendo,
envuelto en un capotón,
como el que usan los serenos,
moviendo, como se mueven
impulsadas por el viento
las aspas de los molinos,
los brazos; parose en medio
del escenario, gritando
con una voz de becerro:
«Mi naufragati perduti»
y dio el mutis al momento,
poniendo fin el telón
a espectáculo tan bello.
Lo que allí se armó, después
de tan osado camelo,
a la consideración
de los lectores lo dejo:
baste decir que hubo aplausos,
carcajadas y denuestos,
embargos de botiquín,
discusiones, cabildeos:

decían unos que era broma,
otros que caso muy serio,
hasta que al fin el alcalde
ordenó, que fuese preso
el celebrado tenor,
en pena de sus excesos.
Y es fama, que entre guindillas,
al marchar el muy mastuerzo
desde el teatro a la cárcel
decía, muy satisfecho:
«Donde quiera que he cantado
he obtenido el mismo éxito»²⁰³.

XXXI • EL SISTEMA PLANETARIO²⁰⁴

Hace ya bastantes años,
lo menos sus tres docenas,
que tuvo lugar en Cádiz
una corrida estupenda²⁰⁵
de novillos, con objeto,
según las historias cuentan,
de proveer con los productos
de la taurómaca fiesta
la milicia nacional
de tambores y cornetas;
que sin duda, por lo visto
carecía de estas prendas.
Con tan plausible motivo,
los jefes de dicha fuerza,

autores del pensamiento,
muñidores de la idea,
se vieron como obligados
y es natural que así fuera;
a ser partes principales
en la taurina faena,
formándose de su seno
toda la cuadrilla entera;
que por cierto puso el mingo
en lo bizarra y apuesta.
Pero quien más se lució
fue el noble marqués de Ureña
que, al frente de aquellos bravos,
iba de espada primera:
ufano salió al saludo,
con rica capa de seda;
pero en cuanto saltó el bicho
del coso a la ardiente arena,
se dijo, prudentemente,
a sí mismo, el noble Ureña:
«Caro marqués, mucho ojo
que el burladero te espera».
Y dio en él, con su persona,
y allí estuvo, con gran flema,
mientras jinetes y chulos
demostraron su destreza
con varas y rehiletes
llenando al bicho de leña.

Sonó, al fin el trompetazo,
con que al matador se ordena
que es llegada ya la hora
del estoque y la muleta:
y como el tiempo pasaba
y el noble marqués Ureña
sin darse por entendido
de aquella señal tremenda,
cual si no fuese con él
continuaba en la barrera,
fumando tranquilamente,
sin salir a tomar venia
al palco presidencial
como es uso de la tierra,
antes de matar al toro,
brindando con gentileza
y arrojando con desplante
por el aire la montera;
y el público con tal causa
ya perdía la paciencia
dando indicios, muy vehementes,
de que iba a armar la gresca;
el presidente dispuso,
que en forma cortés y atenta
sin faltarle en lo más mínimo,
un alguacil le dijera
al impávido Marqués,
que en vista de la impaciencia

del público, si al novillo
no aprestaba muerte fiera
al punto la media luna
mandar sacar era fuerza.
Escuchó tranquilamente
el marqués toda la arenga,
y con voz muy reposada
dicen que dio esta respuesta:
«Anda y dile al Presidente,
que por mí tiene licencia
para sacar a la plaza
cómo y cuando le convenga,
no solo la media luna²⁰⁶,
sino hasta la luna llena:
y si le parece poco,
hasta el sol y las estrellas;
porque a mí ese becerrito...
te digo que no me pesca».

XXXII • LOS ALGODONES

La historia del grande Ñoto²⁰⁷
aún, por dicha, está muy fresca
para que pueda creerse,
por un instante siquiera,
que Cádiz haya olvidado
al fénix de las plazuelas,
al orador elocuente
de las fáciles arengas,
al publicista profundo,
al manantial de apotegmas,
al entusiasta de Prim,
por cuya causa en la trena
durmió más de cuatro veces;
al rey de las agudezas,

al orgullo del Egipto,
al inspirado profeta,
al hermanito menor
de Majalaolla y Yesca²⁰⁸,
al intrépido torero,
al vendedor de cabezas,
patas, mondongos, hocicos,
despojos y cornamentas,
aquel Ñoto, cuyo entierro
narró la Correspondencia²⁰⁹,
en un suelto que valía
lo menos cinco pesetas,
dando pelos y señales
de aquella fúnebre fiesta
que llenó de amargo luto
a la España y sus Américas.
Pues bien, de ese grande hombre
quiere ocuparse mi péñola
y contar de D. Bernardo
José Salas y otras yerbas,
conocido por el Ñoto,
una anécdota estupenda
que es digna de que la historia
le dispense fama eterna.
Endosole, este señor,
al peso, y esta advertencia
conviene tener presente,
al montañés de una tienda,

entre otras varias piltrafas
que llevaba en una espuerta
vendiéndolas por las calles,
una soberbia cabeza,
ignoro si de cochino
de vaca, buey ó ternera;
pero es el caso maldito
que el comprador, al quererla
aderezar y guisarla,
se encontró dos grandes piedras
que la cabeza tenía
metidas por las orejas,
sin duda con el objeto
de aumentar con esta treta
algunas libras el peso
y ñapar de esta manera.
«¿Qué es esto? le dijo airado
al descubrir tal monserga
el montañés; me querías
sorprender con esta plepa?
¿Vienes a robarme así?»
«No te creí tan babieca
contestó el Ñoto, al instante:
no suponía que fueras
tan romo de entendimiento.
¿No has conocido gran bestia
que ese animal era sordo
y eso que tú llamas piedras

son sólo los algodones
que llevaba en las orejas?»²¹⁰

XXXIII • EL QUESO

Grande fama gozó en Cádiz
de rico D. Luis Moreno,
y vive Dios que fue justa
la tal fama, pues en Méjico,
a fuerza de mil afanes,
trabajando como un perro
y de muchísimos años,
consiguió este caballero,
reunir, muy bien contados,
su medio millón de pesos.
Viéndose cansado el hombre,
y frisando ya en lo viejo,
el dar la vuelta dispuso
al amado patrio suelo,

estableciéndose en Cádiz
en un pisito tercero
de una solitaria calle
de un barrio de los extremos
de esta linda población:
porque el señor de Moreno,
habituado a las miserias
que de joven pasó en Méjico,
era por educación,
instinto y temperamento
el hombre más estreñado,
más tacaño y cicatero
que en toda la redondez
se daba del universo.
Instalado, mi D. Luis,
en su mísero aposento,
sin parientes, sin amigos,
sin criados, sólo, escueto
cual en el campo se crían
los espárragos trigueros,
entregado al solo goce
de contemplar sus talegos;
vida hacía de anacoreta
mortificando su cuerpo,
tan solo por no gastar
del caudal un triste peso.
Tomaba para almorzar
según informes muy buenos,

un jarro lleno del agua
donde había cocido un huevo,
de aquellos que aquí se llaman
por su frescura gallegos;
para comer un potaje,
sin más sopas ni puchero,
y finalmente, de cena
su media cuarta de queso
que él compraba por la noche
cuando volvía de paseo.
Nadie le vio dar limosnas,
y en teatros mucho menos,
y ni en títeres, ni en toros
humanos ojos lo vieron.
Con tan raras cualidades
excusado decir creo,
que era motivo de hablillas
obligado, el tal sujeto,
y en toda la población
conocido por modelo
de la miseria, y el blanco
del horror y el menosprecio
de chicos y de medianos,
de grandes y de pequeños.
Se contaban de él, historias
que erizaban lo cabellos:
y muchísimas personas
aseguraban, muy serios,

por supuesto a mi entender
con bien poco fundamento,
que llevaba noche y día
el caudal, todo completo
que de América se trajo,
en varios cintos de cuero;
perfectamente cinchado
sobre su mísero cuerpo;
por temor que le robasen
el encanto de sus sueños.
Una noche tenebrosa
de relámpagos y truenos
que volvía mi D. Luis
a su casa, del paseo,
y que contra su costumbre
no media cuarta de queso
sino uno entero llevaba,
que por estar ya muy viejo,
rancio, podrido y verdoso,
en la tienda se lo dieron
de regalo, por burleta,
su miseria conociendo:
al llegar junto a la puerta
de su casa, le salieron
dos hombres, navaja en mano,
para robarlo dispuestos.
Quedose D. Luis inmóvil
apretando mucho el queso,

como si fuese un tesoro,
contra su mezquino pecho,
tratando de defenderse
contra aquel par de rateros
empeñados en quitarle
el bulto que ya sabemos.
Don Luis, viéndose perdido,
gritaba como un becerro,
y temiendo los ladrones,
por tales voces, ser presos
si acudían los vecinos
movidos por tal estruendo,
pues ya sonaban los perros
y se sentían las pisadas
como de gente corriendo,
le dieron dos puñaladas
al pobre D. Luis Moreno
y se escurrieron los dos
cual plumas que lleva el viento.
Cuando los buenos vecinos
presurosos acudieron,
estaba D. Luis, nadando
en su sangre, por los suelos;
recógenlo condolidos
y pregúntanle, al momento,
la causa de aquel desastre.
«Unos picaros rateros
han querido despojarme

y ya veis cómo me han puesto;
pero se han llevado chasco,
que aunque es cierto que me hirieron,
no han conseguido su gusto
puesto que he salvado el queso»²¹¹.

XXXIV • UN ACADÉMICO DE LA LENGUA

Me han dicho que hubo un señor,
muchísimo tiempo hace,
en esta nuestra adorada
y queridísima Gades,
persona de posición,
muy abundante en reales,
montañés, un poco cojo,
propietario, comerciante,
luego diputado a Cortes
allá en tiempos de Narváez,
y no tengo muy presente
si fue concejal o alcalde,
porque faltan muchos datos
en papeles importantes

que consulté, con esmero,
sobre aqueste personaje.
Entre las diversas fincas
de las muchas propiedades
que tenía este señor,
no solo en la culta Cádiz
sino en Córdoba, Lucena
y también en otras partes,
era célebre un teatro,
con el que ganó bastante,
y que el Obispo Arbolí²¹²
y el canónigo Mahave²¹³,
con justísimo derecho
consiguieron derribarle,
por motivos tan sabidos
que es molesto el que se hable
de ellos, pues de memoria
los saben chicos y grandes.
Después de las señas dadas,
tan exactas y cabales,
si callo, lector querido,
por razones apremiantes
el nombre de este señor,
convendrás en que no hace
grande falta esta omisión:
y pasemos adelante.
Pues señor, en el teatro
que está requiescant in pace,

como dijimos, el hombre
principal de este romance,
pasaba las horas muertas
por mañanas y por tarde
gozando con las entradas
y charlando con las partes,
como en su lengua especial,
abundosa en disparates,
él llamaba a los artistas
comi-lírico-danzantes,
que en su célebre teatro
glorificaban el arte:
llegando a tal su entusiasmo
y su amor puro y constante
por el brillo de la escena,
que tanto enalteció Maiquez,
que arrostró como empresario
los peligros teatrales,
y según tengo entendido
con resultado notable.
Se cuenta, pues, de este hombre,
que disputando una tarde
según dicen su cronistas,
con algunos comediantes,
sobre el mérito especial,
circunstancias y quilates
de los tres viejos teatros,
que como el lector ya sabe

había en Cádiz en tal fecha,
exclamó, con cierto arranque
de verdadera elocuencia
contestando a un contrincante:
«No dudo que el Principal
será más bonito y grande;
pero tiene mi teatro
mejores cuencabidades²¹⁴».

XXXV • EL GRADO DE REVÁLIDA

Después de haber concluido
el examen de reválida
de un estudiante, muy bruto,
que no respondió palabra
a cuanto le preguntaron,
decía con grande calma
uno de los catedráticos
a los demás camaradas,
que del tribunal de examen
la trinca aquel día formaban:
«Yo, señores, en conciencia,
aunque me da mucha lástima
del infeliz, creo justo
que merece calabazas:

por mi parte lo repruebo
en vista de su ignorancia».
«Pues yo, dijo otro doctor,
persona de mucha gracia,
cuyo nombre por respeto
no quiero dar a la estampa,
aunque es harto conocido
en la escuela gaditana
de que es digno profesor;
aunque es cierto cuanto acaba
de decir mi compañero,
sigo la opinión contraria:
mi voto le es favorable
y le echo pues bola blanca»
«Podremos saber acaso
de conducta tan extraña
la razón?» la preguntaron
sus colegas. «Vaya en gracia:
porque tengo obligación
de amparar las alimañas,
pues pertenezco hace tiempo
a esa sociedad llamada,
vulgarmente, protectora
de animales y de plantas²¹⁵».

XXXVI • EL NEGRO

Viniendo yo de Estocolmo,
a donde fui con objeto
de comprar palo campeche
y arreglar el casamiento
de la hija de un Margrave
con un almirante sueco,
que conocí en Waterloo,
mandando yo un regimiento
de dragones infernales
de Napoleón primero...
Decía con mucho aplomo
a unos amigos que atentos
lo escuchaban asombrados,
un conocido embustero

natural de esta ciudad
que fue cabo de serenos;
y no debe confundirse
con el célebre Landero²¹⁶,
aunque en arte tan difícil
era su rival y émulo.
Nos cargó en el mar del Norte
un vientecillo tan fresco,
que comencé a sospechar
que tendríamos jaleo:
porque en cosas de marina
siempre he sido yo muy diestro;
tanto que me ha consultado
el almirantazgo en pleno,
muchas veces desde Londres
exigiéndome consejos
en casos muy peliagudos,
mi mucha aptitud sabiendo.
En vista, pues, del cariz
que iba presentando el cielo,
me dirigí al comandante
del navío, que era un viejo
comodoro de la armada,
aristócrata noruego,
y le dije mis temores;
el hombre que era muy terco
no hizo caso del aviso,
suponiendo que era miedo

lo que yo tenía, y tranquilo
se marchó, el muy majadero,
a beberse una botella
de agua de Seltz con ajenjo.
Pero pronto la pagó
aquel estúpido viejo,
pues sucedió lo que dije;
porque fue arreciando el viento
de tal suerte, que soplaba
con ímpetu tan intenso,
que treinta millas por horas
nuestro navío iba haciendo,
los masteleros calado
sin velas y a palo seco.
Pasamos, como un relámpago,
frente a las islas del Heno,
dejándonos por la popa
los peligrosos estrechos
del Sund, del pequeño Belt
y también los Dardanelos,
el canal de Mozambique
y el archipiélago griego;
caminando a nuestra ruina
sin poder poner remedio,
porque íbamos chupados
por la fuerza del tremendo
abismo del Maelstroon
que nos llevaba a su seno,

con la furia irresistible
de su vértice cruento.
«¡Cuánta razón tenía usted!
me dijo, de espanto lleno
el comodoro, y qué bien
en escuchar sus consejos
hubiéramos hecho todos!...
No que ahora por ser necios
vamos aquí a perecer!»
«Ya son vanos los lamentos»,
le contesté, resignado
nuestro fin cercano viendo.
No pasaron diez minutos
desde que le dije esto,
cuando de la embarcación
no quedaba ni un madero,
pues se hundió en aquel abismo
con un ímpetu violento,
sin que pudiera salvarse
en tan horrible siniestro,
de todos los tripulantes
incluso los pasajeros
que estaban en el navío,
mas que solo un pobre negro
que se hallaba en la cocina
en tan críticos momentos;
y salió sobrenadando
agarrado a un gallinero.

«¿Pues y usted?» le preguntaron
los oyentes «¿No iba dentro?»
«Ya se ve que iba yo allí».
«Pues entonces no lo entiendo»:
respondió, muy asombrado,
por todos uno de ellos.
«¿No ha dicho usted ahora mismo
que todos los pasajeros
hallaron allí la muerte
salvándose solo un negro?»
«Pero ese negro era yo»,
contestó el embustero.
«¡Negro usted!» ¿Qué duda cabe,
si me tizné para ello?²¹⁷

XXXVII • EL SERMÓN INTERMINABLE²¹⁸

Predicando una cuaresma
en Cádiz, el Padre Alba,
por más señas que era cura
del Sagrario²¹⁹, fue tan larga
su peroración, que dicen
testigos de buena fama
que el caso vieron y oyeron
y aseguran que no es chanza,
que desde que principió
tres horas eran pasadas
y de acabar el exordio
no llevaba el hombre trazas.
Aburridos los oyentes,
bostezando las beatas,

uno ahora, otra después,
casi todos desfilaban.
Cuando de aquel auditorio
casi nadie ya quedaba,
uno, que hasta aquel entonces,
tuvo bastante cachaza
para sufrir el chubasco
de retumbantes palabras,
que a borbotones salían
del verboso Padre Alba;
cansado ya de un sermón
cuyo fin no columbraba,
a marchar se disponía;
mas quiso su suerte amarga
que lo vio el predicador,
y al punto con él se encara
y le dice, lleno de ira
al mirar que se largaba:
«¿A dónde va el mal cristiano
que del templo así se marcha?»
«Señor, dijo el preguntado,
voy a avisar a mi casa,
por si paso aquí la noche
a que me traigan la cama»²²⁰.

XXXVIII • LOS TODOSANTOS²²¹

Era el doctor D. José
(el apellido lo callo
para dejar al lector
el placer de adivinarlo,
si es curioso y tiene ganas
de tomarse ese trabajo),
solo diré que era médico
de aquellos más afamados
que hubo en Cádiz, que era rico,
que era ya bastante anciano
y que de la escuela médica
era insigne catedrático,
que era de todos bien quisto
y que... basta ya de retrato

pues lo vais a conocer
si continúo pintándolo:
y a este cuento asaz sencillo
el misterio le quitamos.
Entre la inmensa clientela
que entregaba los cuidados
de su salud, al doctor,
si equivocados no estamos,
se hallaban las madres monjas
del convento...(si declaro
el nombre del tal convento
me parece que la echamos
a perder, y adiós entonces
con el misterio indicado).
Consultolo, cierto día,
que al convento lo llamaron,
yo no sé con qué motivo,
con el prudente recato
que las Esposas de Cristo
usan en todos los casos,
una madre, sobre cierta
molestia, que hacía un año
en una pierna sufría:
«Es doctor, un bulto raro
que encima de la rodilla
me ha salido y que aumentando
va cada día a ojos vista».
«Preciso será mirarlo

dijo el doctor, para ver
que es eso». «¡Jesús que escándalo!
dijo la madre asustada,
lo que es eso ni pensarlo,
baste que yo se lo explique
que es usted sobrado sabio».
«Pues empiece usted señora
que ya la estoy escuchando».
Y la monja de este modo
dio comienzo a su relato:
«Empezó, dicho bultito
del tamaño de un garbanzo;
y así estuvo mucho tiempo;
mas de pronto fue engordando,
se puso como una nuez
y luego como un damasco,
y luego como una pera
y luego se fue esponjando
y se puso como un pero
de esos grandes colorados,
y después como un membrillo
y después como...» «Ya caigo,
exclamó nuestro doctor
de tal relación cargado,
ya sé lo que tiene usted».
«Ay doctor ¿será muy malo?...
hábleme usted con franqueza».
«Es muy sencillo este caso

lo que usted tiene en la pierna
no es mas que los Todosantos»²²².

XXXIX • EL MUERTO SALUDABLE

Hubo, en Cádiz, un señor
más animal que un atún,
por cuya causa su nombre
no queremos dar a luz;
no digan sus sucesores,
que hoy gozan buena salud,
que así la santa memoria
herimos de aquel gandul.
Una vez, que cual doliente
seguía un fúnebre ataúd,
do llevaban a enterrar
uno que le dijo agur
al mundo, y que fue su amigo
en la tierna juventud,

al llegar al cementerio,
que está en la playa del Sur²²³,
queriendo darla de sabio,
con un gracejo andaluz
capaz de desesperar
en persona a Belcebú,
dijo con voz campanuda
con un aire de non plus,
cual si hablase por su boca
el mismísimo Habacuc.
«Aquí en este Campo Santo
me han de enterrar, como hay luz,
si Dios misericordioso
me otorga vida y salud»²²⁴.

XL • EL MENSAJERO LISTO

Que fue el Padre Bacareza
un señor muy conocido
en esta ciudad de Cádiz,
lo prueban los infinitos
sucesos extraordinarios
y celebérrimos dichos
que, acerca de este sujeto,
se guardan en los archivos
de la ilustre sociedad
de cuentos y chascarrillos:
razón por la cual, lectores,
en demostraros no insisto
la inmensa celebridad
que gozó el Padre bendito:

baste decir que fue, en Cádiz,
poderoso reactivo
contra deudores morosos
insolventes y fallidos;
siendo muy solicitado,
para ejercer este oficio
pues no se dio jamás caso
de retener el cum quibus
el deudor que él bloquease
aunque fuese, el tal, más pillo
que aquellos que por honrados
habitan en el presidio.
Se cuenta de este señor,
entre otros rasgos divinos
que registran sus anales,
el siguiente sucedido.
Fue, una vez, comisionado,
por unos cuantos amigos,
para decirle a una pobre
que su marido y su hijo,
infelices pescadores
de esos frágiles barquillos
que aquí llaman las parejas²²⁵,
allá, junto a los cochinos²²⁶,
por efecto del mal tiempo,
ambos habían perecido:
y evacuó de esta manera
el encargo supradicho.

«¿Qué se le ocurre a usted, Padre,
y en qué podemos servirlo?»
dijo la pobre mujer,
procurando con solícito
afán atender al Padre
que honraba su domicilio.
«Poca cosa, hermana mía...
que se ha ahogado su marido».
«¡Válgame la Virgen Santa!»
exclamó, pegando un grito
aquella pobre viuda
y cayendo de improviso
sobre el duro pavimento
casi casi sin sentido.
«Pero no es eso tan solo,
siguió diciendo tranquilo
nuestro héroe, procurando
acercarse a los oídos
de su víctima: hija mía;
porque saberlo es preciso,
que también su hijo de usted
con su padre ha sucumbido».
El santo óleo a la mujer
le dieron acto continuo:
y es fama que nuestro hombre,
refiriendo el sucedido
exclamaba satisfecho:
«Por poco, si no ando listo,

se me muere la mujer
sin saber lo de su hijo»²²⁷.

XLI • TRABAJAR POR CUENTA AJENA

Es un inmundo garito,
por demás lóbrego y puerco,
el teatro donde pasa
toda la acción de este cuento.
Negras y sucias paredes,
ahumado y ruinoso el techo,
y alfombras de gargajos
el húmedo pavimento:
una atmósfera cargada
de mefíticos y densos
vapores, que bien se pueden
casi palpar por espesos;
una mesa medio coja
con un cobertor muy viejo

por tapete, y dos bujías
amarillentas, de sebo,
componen todo aquel cuadro,
al que imprime movimiento
un hombre, que en estas casas
se le apellida banquero,
y veinte puntos que están
pendientes de su manejo
la vista puesta en sus manos
y comprimido el resuello.
En aquel vivo mosaico
de diferentes sujetos
que poblaba aquella noche,
el local de que hemos hecho
descripción, dicen que había
empleados en correos,
jugadores de ventaja,
médicos de regimiento,
contadores de mariana,
colegiados, estanqueros,
actores fuera de ajuste,
levantadores de muertos,
alféreces retirados
y otros honrados mancebos
que juzgo muy enojoso
y cansado por extremo
el irlos clasificando
por servicios y por méritos.

El último, que a la banca
vino, de entre todos ellos,
aseguran, fue un señor
muy grandable y corpulento
que hubo en Cádiz, cuyo nombre
por prudencia no revelo,
pues fue aquí muy conocido
y no quiero de indiscreto
pasar la plaza; pues bien,
dicho señor tomó asiento
detrás de todos, que estaban
muy ocupados los puestos,
aguardando la ocasión
de poder topar un hueco.
Así estuvo un breve rato
calculando cuáles juegos
se daban, aquella noche,
cuando vio, de asombro lleno,
que el vecino, que tenía
en el puesto delantero,
depositaba en su silla,
do se sentaba, los muertos
que levantaba el taimado
al descuido del banquero,
y dicen también las crónicas,
que conforme iba poniendo
a recaudo, de esta suerte,
las monedas con gran tiento,

el de detrás muy tranquilo,
por virtud de escamoteo,
desde la silla a su bolsa
se las iba suspendiendo.
Cuando creyó el pobre hombre
que ya había muchos muertos,
y era hora de marcharse,
con disimulo perfecto
llevó la mano a coger
las monedas, al asiento:
volvió medroso la cara
y vio el rostro muy sereno
del señor, que a retaguardia
se encontraba, cual sabemos,
y se tragó la partida
el pobrete, en el momento.
«¡Hola: que estabas ahí!»
exclamó convulso y trémulo,
y el otro, con mucho aplomo
le contestó sonriendo,
«Hace ya bastante tiempo
si tú no fueras tan torpe
que debiste conocerlo»²²⁸.

XLII • EL FRAC NUEVO

Hace algún tiempo, existió
en Cádiz, cierto sujeto
apellidado Benítez²²⁹,
el nombre no lo recuerdo,
empleado en la Aduana,
hombre aficionado al juego,
según datos recogidos
en dos viejos palimpsestos
que se guardan archivados,
con diligencias y esmero,
en poder de una persona
cuyo nombre me reservo,
por no ofender la modestia
de tan apreciable griego.

Refieren los pergaminos
que un día que marchó al Puerto
a divertirse, el Benítez,
estrenando un fraque nuevo
azul, con botón de oro,
de paño de mucho precio
confección, corte y hechura
del renombrado Museo,
sastre que tenía gran boga
en Cádiz en aquel tiempo;
tan luego como llegó
al pueblo de Menesteo,
como cosa natural
fue en demanda, muy derecho,
de una timba conocida
donde jugarse unos pesos
pensaba, para hacer boca
y pasar un rato ameno.
Estaba el hombre de buena,
y apuntaba con acierto;
pues a poco de seguir
la faena, bien repletos
se encontraban sus bolsillos
con el amoroso peso
del amarillo metal;
y viéndose ya relleno,
consideró muy prudente
marcharse, con viento fresco.

Tomo la escalera abajo,
nuestro amigo, tan contento,
mas al llegar a la puerta,
dispusieron los decretos
de su menguado destino
que se encontrara suspenso
y detenido el Benítez
por un furioso aguacero
que, a tal sazón
parece estaba cayendo:
como no tenía paraguas
y estrenaba el traje entero
y no tenía precisión
de marcharse, en el momento,
determinó el aguardar,
y picado del deseo
de la malvada codicia,
volvió a la sala del juego;
pero ya su buena estrella
menguado había su destello,
y en menos de un dos por tres,
sobre el tapete funesto,
entregó el señor Benítez
sus ganancias con excesos;
pues tuvo la mala suerte
de perder todo el dinero
con que se salió de Cádiz
a divertirse en el Puerto;

y además jugó también
de palabra, y quiso el cielo
que no ganara tampoco
en aquel feroz empeño.
Mohíno y desesperado
y lanzando mil venenos
por la descompuesta boca,
que parecía un infierno,
a la calle se lanzó,
el infeliz, muy colérico,
renegando de su ropa,
del agua y del mundo entero
y como seguía la lluvia
y era casi un arroyuelo
el caño tradicional
que toda calle del Puerto
con fetidez, ostentaba
manando siempre en su centro;
es fama que se tiró
en su cauce, muy resuelto,
y cubierto de vil lodo
revolviéndose en el cieno
exclamaba con voz ronca:
«¡Toma, fraquecito nuevo!»²³⁰

XLIII. AD UTRUMQUE

Hubo en Cádiz un presbítero,
que se llamó el padre Ramos,
a principios de este siglo
o a los fines del pasado;
que dicen fue muy fornido,
grueso, buen mozo, muy alto
y que mataba una res
sin más arma que su brazo;
que tenía el genio alegre,
que era amigo de fandangos
y que a pesar de estas cosas
no daba ningún escándalo
que pudiera acarrearle
el rigor del diocesano:

pues su conducta era buena,
su fe, de cristiano rancio,
y aunque en letras no llegaba
ni con mucho a Tertuliano
y no estaba en Salamanca²³¹
ni en Bolonia²³² graduado,
tenía, como se dice,
sabido de cabo a rabo
el Lárraga y otros libros
de moralistas muy sabios,
por el estilo, que a veces
en casos muy complicados
lo ayudaban a salir
airoso de algún mal paso,
de pregunta enmarañada
hecha en el confesionario
por beata veterana
o penitente angustiado.
Se cuenta de este señor
que al retirarse a su barrio,
que decir es conveniente
era el triste y solitario
que está allá por la muralla
y se llama el de San Carlos,
una noche, ya bien tarde
que volvía algo alumbrado,
pues venía de un casamiento,
dos rateros lo asaltaron;

al verlos, nuestro presbítero
diz que se quedó plantado
sin dar la menor señal
de susto ni sobresalto;
los dejó llegar sin miedo,
les larga dos puñetazos
y tiende del golpe al uno:
y otro desconcertado
toma las de Villadiego
en vista de aquel chubasco.
«Remataremos a este»:
dijo tirando el cigarro
nuestro clérigo, y al punto
le sacudió un puntillazo
al infeliz que yacía,
en el suelo, derrengado
con siete dientes de menos
y la quijada colgando:
«¡Que me muero: confesión!»
con gritos entrecortados
el ratero repetía
viendo ya su fin cercano.
«Eso ya es punto y aparte,
dijo el presbítero Ramos,
híncate y despacha pronto
que voy a absolverte, hermano:
que yo sirvo en un barrido
lo mismo que en un fregado»²³³.

XLIV • EL PIMIENTO DULCE

Lidiose aquí, ya hace tiempo,
una corrida de Vázquez,
que ha dejado por lo bueno
grande fama en los anales
del toreo, y sus recuerdos,
para siempre memorables,
indelebles se conservan
entre los mozos barbianes
aficionados de veras
al arte de Costillares²³⁴.
¡Qué animales tan hermosos!
¡Qué francos y qué boyantes
en los tiempos de la lidia!
¡Qué duros al acicate

de la vara y al castigo!
¡Qué nobles para los lances
de banderillas y muertes!
¡Como al fin toros de Vázquez²³⁵!
que con esto queda dicho
en su elogio lo bastante.
¡Y qué bien que estuvo Montes²³⁶
aquella célebre tarde!
¡Qué feliz con el estoque!
¡En los quites qué admirable!
¡Qué gallardo en los galleos!
¡y qué sereno en los pases!
¡Qué bueno en la dirección!
Y en todo ¡qué inimitable!
Es preciso confesar
que el que no llegó a admirarle
ni sabe lo que son toros
ni lo que es un diestro sabe:
diga en contra, lo que quiera
ese público, que aplaude
a los toreros del día,
que al lado de aquel gigante
solo pueden ser tenidos
por unos pobres petates.
Pues bien, en esta corrida,
el picador José Fabre²³⁷,
que era un mozo bien plantado
aunque un sí es no es cobarde;

pues como él mismo decía
no es posible se amalgame
el haber cursado letras,
cuando pequeño, en las clases,
y ser picador de mozo;
molido ya de los grandes
batacazos que había dado,
(y aun quedaba media tarde
y tres toros encerrados
y que pegaban bastante)
aun cuando por turno estaba,
según ellos, de entra y sale,
el haber mandado arriba
por unguento y cabezales
los bichos, al tío Juan Pinto²³⁸
y al señor Antonio Sánchez,
Poquito pan (buena pica)²³⁹
del señor Montes compadre,
a salir se vio obligado
por órdenes terminantes
del jefe de la cuadrilla,
que con cara de vinagre
le dijo: «¡Pepe a los medios!
que aquí estoy para librarte».
Salió Pepe echando tacos,
mas queriendo resguardarse,
todo cuanto más pudiera,
de la furia inexorable

de los Vazqueños, mi hombre
agotó, cuanto a su alcance
hubo de marrullerías
para que el tiempo pasase;
ya acortando los estribos,
ya haciendo que lo apretasen
la cincha, al pobre jamelgo,
ya remojándose el guante
o pidiendo otra garrocha
o figurando bajarle
los lomos al caballo...
En fin, todo cuanto hacen
los lidiadores maulones,
para evitar de los lances
el peligro, dando tiempo
y al fin y al cabo quedarse
libres de cacho, esto es,
de los cuernos muy distantes.
Mientras tanto el animal,
que era un toro formidable,
negro zaino, bragado,
greñudo, gato muy grande,
algo bizco del izquierdo,
por apodo, Chocolate,
divisa azul y pajiza
que es la que usó siempre Vázquez,
se enfriaba, sin tener
caballos en qué cebarse.

Figúrense mis lectores,
la de palabras suaves,
improperios y denuestos
y escogidísimas frases
que a una voz, a grito herido,
y némine discrepante,
contra el pobre picador,
de gradas, localidades,
azoteas y barreras,
saldrían con son pujante.
Pero Fabre ni por esas
abandonaba sus planes.
Yo no sé qué fin tendría
tal crescendo de infernales
palabrotas, si un mocito
no hubiese puesto remate
a la zambra de este modo,
con aplausos generales:
«Me hacen, ustedes señores,
el obsequio de callarse:»
dijo con un vocejón
y unas fuerzas pulmonales
de sobrehumana potencia:
«Ese picador no sabe
ni puede, señores míos,
hacer más de lo que hace».
«¿Y por qué?» le preguntaron
curiosos los circunstantes.

«Porque pica, sin disputa,
sea dicho sin ultrajarle,
menos que un pimiento dulce
el picador José Fabre»²⁴⁰.

XLV • EL HÁBITO NO HACE AL MONJE

De este siglo en los comienzos
existió un Domingo Pérez,
que vendió pescado frito,
si las crónicas no mienten,
en la calle de Cardoso
esquina de la Cruz Verde.
Era el Pérez hombre honrado,
francote, de genio alegre,
y por estas circunstancias
muy bien quisto de la plebe;
pero tenía el defecto
de ser dado al aguardiente;
y los lunes y los martes,
los miércoles y los jueves,

los sábados y los domingos
y añaden muchos, los viernes²⁴¹,
nunca los pasó este mozo
sin estar borracho siempre.
Una noche de parranda
que dormía nuestro héroe
una inmensa borrachera
de anisado y anisete,
como un perro, en las baldosas
de una calle, a la intemperie
cual si fuera en un colchón,
dispuso su mala suerte
que pasaron por allí
unos cuantos mozalbetes,
gente airada, sin temor
a Dios, al Rey y a las leyes,
y viéndolo de tal guisa,
concibieron el aleve
proyecto de divertirse
a costa del pobre Pérez.
Cargan con él decididos,
y en menos de un periquete
a casa de uno de ellos,
que era mozo de expediente
para bromas semejantes,
marcharon muy diligentes:
allí le abren un cerquillo
de fraile camandulense,

y un hábito franciscano
que tenían casualmente
le acomodan, y al instante
cargan con él seis o siete,
y a la puerta del convento
(¡oh maldad irreverente!)
del glorioso San Francisco
lo llevan; llaman muy fuerte
y al lego que los recibe
le dicen que un accidente
tan furioso acometió
al fraile aquel, que ya inerte
sin dar señales de vida
al llegar a socorrerle
le encontraron y lo traen
condolidos de su suerte.
«Es obra muy meritoria:
¡que Dios se lo premie a ustedes!»
dijo el lego agradecido
y ellos se fueron riéndose.
Toda la comunidad
acudió muy diligente
a prestar al punto auxilio
al enfermo: pero en breve
el olor que despedía
a purísimo aguardiente,
con escándalo de todos
indicó que era un sudeste,

o si se quiere una chispa²⁴²,
lo que embargaba al paciente.
«Lo mejor es que la duerma,
dijo con tono solemne
el guardián, que ya mañana
obraremos cual se debe,
contra el que a Dios y a la orden
de modo tan grave ofende».
Pasose la borrachera
y por más que el pobre Pérez
se devanaba los sesos
al verse en tan diferente
estado del que tenía
convertido, su caletre
no le explicaba la causa,
la memoria era rebelde
y de nada se acordaba
y sufría horriblemente,
máxime cuando los frailes
le instaban a que dijese
de qué casa o qué convento
era; que si penitente
se arrepentía de todo,
los escándalos que aleve
contra el sayal que vestía
cometiera indignamente;
que si pesaban censuras,
sobre él, graves o leves;

y otras cosas semejantes,
que, sin duda, a nuestro héroe
a pesar de ser tan santas
las juzgaría sandeces.
Así pasaron dos días,
los frailes erre que erre,
creídos en que era fraile,
y en no serlo, el pobre Pérez
empeñando su facundia,
aunque bien inútilmente,
puesto que todos a una
insistían en sus trece.
Ya estaba aquel desgraciado
cuasi a punto de volverse
loco de atar, y dudando
si era o no Domingo Pérez,
cuando súbita una idea
vino a su turbada mente:
«Padre guardián, exclamó,
quisiera, pues lo merece
el caso, que usted mandara
dos padres, incontinenti,
a la calle de Cardoso
esquina de la Cruz Verde
y vieran si un tal Domingo,
freidor que allí ha estado siempre,
no se encuentra en aquel sitio;
que entonces es evidente

que yo soy a quien se busca:
pero si el demonio quiere
para mal de mis pecados
que, ustedes, allí lo encuentren,
confieso que yo no sé
quién soy yo, si allí está Pérez».

XLVI • DEL DICHO AL HECHO

Has de saber lector mío
que era vez y vez un clérigo
llamado Don Cayetano...
el apellido creemos
que sepultarlo es prudente
en el fondo del tintero:
porque obrando de este modo
evitamos el pretexto
de que venga algún pesado,
suponiendo parentesco
con el finado, a pedirnos
explicación de este cuento:
y de pensarlo no más,
francamente nos da miedo.

Tuvo pues, este señor
necesidad de ir al Puerto,
y como en aquel entonces
no existían esos medios
de fácil locomoción,
que hoy a la mano tenemos,
quiero decir, que no había
en aquel felice tiempo,
esa invención prodigiosa,
de los caminos de hierro²⁴³,
ni aun surcaban los piróscafos
las costas de aquestos reinos;
no tuvo Don Cayetano
más que acudir al remedio
de embarcarse en un falucho
como el único en su género:
y como vio que había uno
que largaba el aparejo,
se ajustó con el patrón,
por cierto en muy poco precio,
se santiguó por costumbre,
dio un salto y se coló dentro.
No era el día, según dicen,
de aquellos llamados buenos;
vaciaba ya la marea,
y de poniente era el viento,
y decir se me olvidaba
que estábamos en Enero.

Comenzó bien el viaje,
descartando por supuesto
el frío, los rociones,
los temores, el mareo
y las demás consecuencias
que ya todos conocemos
del cambio de la peseta²⁴⁴.
Ya estaban cuasi en el Puerto
cuando, al entrar por la barra,
el viento que venía fresco,
y el agua que era bien poca
combinándose al efecto,
hicieron que mi falucho
sobre el costado derecho
recostado en dicha barra
se quedara en un momento.
Llenose el barco de agua
y los pobres pasajeros,
en situación tan maldita
y en tan inminente riesgo
para salvar sus personas
de peligro tan horrendo,
a nado como los peces
hacia la playa se fueron.
Mi pobre Don Cayetano
que bogaba como el hierro,
al verse ya que se ahogaba,
con un vocejón tremendo

que llenaba los espacios
con sus estentóreos ecos,
exclamaba: «¡Una talega
al que me salve le ofrezco!»
Acudió, a reclamo tal
un fornido marinero
y en menos que canta un gallo
sano y salvo a nuestro clérigo
sobre la arenosa playa,
depositó satisfecho.
«¡Te has portado amigo mío!»
dijo, loco de contento
el señor Don Cayetano,
del peligro al verse lejos;
te has portado como un héroe,
y es tanto lo que te debo,
que no sé cómo pagarte
el servicio que me has hecho.
Toma esas cinco pesetas...
y no olvides... «¡Caballero,
pues esto no es lo tratado!»
exclamó de asombro lleno
mirando los veinte reales
el incauto marinero.
«¿Pues hemos tratado algo?»
«Sí, Padre». «Pues no me acuerdo».
«Si me dijo su merced;
se lo juro a usted por esto,

y la señal de la cruz
hacía el hombre con los dedos,
que me daría una talega
si en salvo lo ponía luego».
«Será verdad, no lo dudo
y cual lo dices, lo creo:
¡pero cómo tendría yo
la cabeza en tal momento,
cuando te llegué a ofrecer
disparate tan tremendo!
Nada, nada, no se hable
del asunto!... Toma el peso
y vete con Dios, amigo,
porque yo... ya estoy en seco»²⁴⁵.

XLVII • DOS APELLIDOS BÉLICOS

Cuando más furiosa andaba
la desoladora guerra
entre los dominicanos
y los hijos de esta tierra²⁴⁶,
a causa de una anexión
tan inútil como necia;
se dice que en un casino
de una ciudad de aquí cerca
tal vez fuera la de Cádiz
y quizá tal vez no fuera,
que no llegan mis noticias
a tal grado de certeza;
sobre dudas en el juego
trabaron grave contienda

un coronel de reemplazo
llamado el señor de Guerra
y un tal don Fulano Armas;
no tengo de ellos más señas.
Principiaron, como es rúbrica
en todas aquestas grescas,
por risas provocativas,
precursoras de indirectas
y de pullitas punzantes
para acabar por ofensas
peladas, como los chinos
de las calles y plazuelas.
En uno de estos periodos,
de dicha pelotera,
jugando con la palabra
decía con mucha flema
el bizarro coronel
aludiendo, a su manera,
al acerado apellido
de su contrario: «Extrañeza
me causa en verdad, el ver
que quien de apellido lleva
el nombre de Armas, tan flojo
y tan apocado sea».
«Pues más extraño es aún,
le contestó con viveza
de seguida el aludido,
que aquel que se llama Guerra

y es tan fuerte y alentado
y no le falta una pierna
ni un brazo y es militar,
de reemplazo aquí se vea
pudiendo en Santo Domingo
su apellido dar a prueba»²⁴⁷.

XLVIII • EL BENEFICIADO

Era el señor de Quintán
un actor bastante malo,
que aburrió muy de lo lindo
al público gaditano,
allá cuando el rey rabió,
lanzándose a los espacios
de su probada torpeza
del Balón en el tablado,
en los informes delirios
de el Valiente Campuzano²⁴⁸,
Oscar²⁴⁹, la Misantrópía²⁵⁰,
Lo que son suegro y cuñado²⁵¹,
El sordo y el Montañés²⁵²
Riesgos y alivios de un manto²⁵³,

Duendes son los alcahuetes²⁵⁴,
El casado avergonzado²⁵⁵,
La Moscovita sensible²⁵⁶,
El rencor más inhumano²⁵⁷,
Chirivitas el Yesero²⁵⁸,
y otros muchos mamarrachos²⁵⁹
que aplaudió con frenesí
el siglo décimo octavo
cuando estaba en sus agonías
y el presente, recién nato,
no se desdeñó de ellos
si no estoy equivocado;
pero dejando este asunto,
lectores, para otro rato,
en que ustedes, como yo,
no estemos tan ocupados,
solo me concretaré
a decirles, que ya anciano,
achacoso y miserable
el actor de quien tratamos,
consiguió tras mil empeños,
que unos buenos empresarios
le concedieran, benignos,
condolidos de su estado,
un beneficio de gracia
en el ya dicho teatro.
Dispusose la función
y Quintan tomó el encargo

de redactar el programa
cual se acostumbra en tal caso:
puso el encabezamiento;
y después fue enumerando
las piezas que aquella noche,
ante el público ilustrado,
habían de ejecutarse,
concluyendo su trabajo
con la indicación de hora
y precios acostumbrados.
Mas temiendo el infeliz,
después de haber repasado
el borrador del cartel,
conociéndose, un fiasco,
pues el éxito arriesgaba
si salía al escenario,
del ansiado beneficio
a tanta costa logrado;
puso esta nota al programa,
para evitar el fracaso:
«Para dar a esta función
mayor brillantez, declaro
que no toma parte alguna
en ella, el beneficiado».

XLIX. EL LITERATO

Cuando a la neta del doce,
aquel código tan sabio
que labró según he oído
la dicha del suelo patrio,
le pegó con tanta gracia
un puntapié el rey Fernando,
aquellos graves señores,
llenos de ciencia y de años,
de virtud y... de otras cosas
que por sabidas las callo,
que a manera de nodrizas
a sus pechos la criaron,
tuvieron todos a una,
cual se dice, de caballo,

que buscar, por cualquier parte,
la cagada del lagarto,
para evitar de este modo
el amor del soberano
y el olor que despedían
ya sus pescuezos a cáñamo;
unos se fueron a Argel,
otros, como más cercano
a Gibraltar escogieron
como el más seguro amparo:
pero los más, es sabido,
o al menos los de más rango,
que cayeron sobre Londres²⁶⁰
con su afán parlamentario.
Allá fueron periodistas,
teólogos, abogados,
publicistas entendidos
y médicos cirujanos,
en fin, la flor y la crema
del género diputado.
En esta pléyade ilustre,
o turba magna de sabios
que a impetrar fue la clemencia
del libre pueblo británico,
sentó plaza un patriota,
como quien dice, inter alios;
era el tal un bullanguero
muy conocido, un gitano

aunque abundante en los chistes
no estéril tampoco en zafio
que llamaban Muselina²⁶¹,
banderillero muy malo,
de esos tipos que se ven
en Cádiz a cada paso
y que forman las delicias
de mozos, hombres y ancianos.
No es mi plan el describir
ni ha pasado por mi ánimo
referir las aventuras,
las miserias y trabajos
que sufrió por largo tiempo,
tal colonia de emigrados:
basta solo a mi propósito
consignar, que fueron tantos,
que condolido el gobierno
de Inglaterra, de un estado
tan lastimoso y tan ruin,
con pródiga y franca mano
dispuso que una pensión
se diera, según el rango
o profesión, a cada uno
de los pobres desterrados.
Citolos, con tal motivo
por medio de un Comisario
que les iba a cada cual
su profesión preguntando

para asignarle, en su vista,
el socorro ya indicado:
cuando al llegar al mocito
que sabemos, muy ufano
sin ponerse para ello
verde, azul ni colorado,
a las preguntas ya dichas
respondió nuestro gitano:
«Yo me llamo Muselina,
de profesión literato».
Y fue, desde aquel entonces,
en Londres considerado
al nivel de los Capmanys,
los Torenos y Gallardos²⁶².

L. EL PRENDIMIENTO

Lector, sabrás que hubo un sastre
llamado el señor Guerrero²⁶³,
que fue un hombre especialísimo
en saber partir el tiempo
entre pergeñar gabanes,
pantalones y chalecos,
y trasegar del barril
a su alcoholizado cuerpo
ese líquido engañoso,
con sus puntas de veneno,
que en Cádiz llaman mayorca²⁶⁴;
cuyos funestos efectos,
cada día, cada hora
estamos tocando y viendo

en los millares de víctimas
que señala en sus afectos
los devotos humildísimos
de Noé²⁶⁵, Baco²⁶⁶ y Sileno²⁶⁷.

Dadas pues estas premisas
no extrañarás, lector cuerdo,
que no se pasara noche
sin que diera este sujeto,
al regresar a su casa,
un escándalo de esos
que forman época célebre
en la historia de los pueblos.
En una de esas borrascas,
capeando a palo seco
la borrachera más grande
que los hombres conocieron,
marchaba un miércoles Santo
el simpático Guerrero,
en demanda de su casa,
dejando tras sí, un tiberio
de alboroto y vocerío,
por do pasaba el mastuerzo,
pacientes los vigilantes
y pacientes los serenos,
su intervención limitaban
a custodiar impertérritos
la penosísima marcha
del envinado pellejo,

del animado tonel²⁶⁸,
quiero decir, de Guerrero,
para evitar cautelosos
un accidente funesto
contra las buenas costumbres
o las leyes de este reino,
mandatos del municipio
y bandos de buen gobierno.
Yo no sé si en esa noche
un descuido padecieron
o cómo se bajaron,
porque lector, es lo cierto
que en vez de llevarlo a casa
según uso trasañejo,
con todo el ceremonial
que en esos casos extremos
se acostumbra, verbi gratia
garrotazo y tente perro,
aquellos viles sayones
llevaban al buen Guerrero
(en medio de una algazara
capaz de quitar el sueño
al mismísimo Epiménides²⁶⁹
si aun durmiera el muy mostrenco)
a ese sitio de dolores,
que todos aborrecemos,
antesala de la cárcel,
avant propos de los hierros,

avanzada de presidio,
posada de poco precio
que llaman aquí la preve²⁷⁰,
prevención en otros pueblos,
vivaque²⁷¹ en algunas partes
y en otras que son las menos,
la casa de madre abuela²⁷²
y adelante con el cuento.
Como era tanto el bullicio
que llevaba en el paseo
triumfal, que vamos narrando
el caballero Guerrero,
dicen crónicas vetustas,
que cuentan este suceso,
que alarmados los vecinos
a los balcones salieron
curiosos de averiguar
la causa de tal estruendo.
«¿Me quisiera usted, hacer
el favor, cabo Rivero,
de explicarme qué sucede?»
preguntó, de susto lleno,
un señor ya entrado en años
que estaba asomado a un cierro.
«Muy torpe debe usted ser
si no llega a comprenderlo:
(contestó sin vacilar
nuestro sastre sonriendo).

Como hoy es Miércoles Santo
han querido los serenos
representar a lo vivo
el paso del prendimiento»²⁷³.

LI • EL VIUDO

Aquel señor de Benítez²⁷⁴
que fue en Cádiz tan famoso,
aquel que de fraque nuevo
se revolcó por los lodos,
en pena de haber estado
cierto día, un poco tonto
perdiendo en vez de ganar
bastantes doblones de oro;
hoy nos va a suministrar
argumento para otro
histórico chascarrillo,
si el lector es bondadoso
y nos otorga su venia:
conque basta ya de exordio,

que la jornada es bien larga
y el tiempo sobrado corto.
Cuando se quedó viudo.
de su primer matrimonio,
fueron sus muchos amigos,
en caso tan doloroso,
a tomar parte con él
en sus penas y sollozos:
porque el hombre, que era bueno,
recibió dolor tan hondo
con desgracia tan horrible,
que a poco se vuelve loco;
según dicen documentos
que con afán cuidadoso
he tenido muy presentes;
y añade que fueron pocos
los amigos que dejaron
de acudir, muy presurosos
a rendirle este tributo,
con lágrimas en los ojos,
al viudo desolado
en lance tan angustioso;
y dicen los documentos
que él, en medio de sus lloros,
sus angustias, sus pucheros,
convulsiones y soponcios,
queriendo de la difunta
hacer el debido elogio

y pintar la situación
tristísima, en que de pronto
su falta lo había sumido,
lo decía a su auditorio:
«¡Esto es más que haber perdido
un entres... eso es muy poco!
¡Es mucho más que un elijan...!
¡Es haber sufrido un copo!»²⁷⁵.

LII • NO ME LO NIEGUES

Entre las varias personas,
que por decreto del hado,
ha visto la luz primera
en el suelo Gaditano,
no deja de ser famoso
y por muchos celebrado
un doctor en medicina
limpio de carnes y alto,
peinado de media caña
y muy bien emparentado;
que ajustando bien sus cuentas
y pareciéndole escaso
el interés que sacaba
su arte, visitando,

echó el hombre pecho al agua
y se hizo galeno acuático:
quiero decir que en la Armada
de médico cirujano
tomó plaza, y se quedó
de marítimo Esculapio²⁷⁶,
hasta que la parca fiera
de su vida picó el cabo.
Profundos estudios hizo
en el mar Mediterráneo
y en el canal de Bahama
conoció mil casos prácticos;
pero donde llegó al colmo
de sus muchos adelantos
fue sin duda, en guarda-costas,
y también, si no me engaño
voltejeando por las aguas
del Casino Gaditano,
el Teatro Principal²⁷⁷
y otros escollos y bajos
adonde la medicina
ocupaba un papel muy alto.
Con tan buenos elementos,
llegó nuestro paisano
en la ciencia de Averroes
a sentarse en el pináculo,
y ni Velpeau, ni Civiale,
ni ningún profesor sabio

en el arte de curar,
bien francés o bien germano,
o bien hijo de esta tierra²⁷⁸,
que aquí no los hay muy malos,
le aventajaba un milímetro
a nuestro doctor acuático.
Pues bien, de este caballero
se ha contado tanto, tanto,
que para no molestar
al lector con un relato,
que la copia de materia
bien pudiera hacer muy largo,
consignaré solamente
este dicho apotegmático,
perla fina del Oriente
que dispararon sus labios,
una mañana felice²⁷⁹,
a bordo de cierto barco,
visitando a un marinero
que sin duda estaba malo.
«Sí, tu tienes calentura,
dijo estándolo pulsando,
no me lo niegues, caramba,
que para ti será el daño».
Y el enfermo no murió
lo cual pasó por milagro.

LIII • PEPE LA PULGA

El señó Pepe la Pulga
mozo, aunque basto, d'esprit,
era todo un calesero:
cuando, con aire gentil
y un medio vaso en el buche
y en la boca un prajandí²⁸⁰
saltaba en el pesebrón
bien se le podía aplaudir;
y no había mayoral,
ocupado en el trajín
desde Cádiz a Sevilla
y desde Sevilla aquí,
que al señó Pepe la Pulga
le tuviera que advertir,

en punto a su obligación,
el más mínimo deslíz.
Así el tal tenía más fama,
en aquel tiempo barí²⁸¹,
y más viento y fantesía
que tuvo el general Prim,
cuando dicen que ganó
la bandera marroquí:
y ninguno por delante
pudo nunca conseguir
ponérsele, que la Pulga
era el hombre de más chic
para rodar la calesa
que hubo desde aquí a Madrid,
Cierta día, que a una urgencia,
según tengo oído decir,
en su calesa llevaba
a un mercader que hubo aquí
muy rico: el maldito potro,
que estaba casi cerril,
se empeñó, el muy testarudo
en quererlo deslucir:
y al fin se salió con ella:
porque venciendo en la lid
contra la rienda empeñada,
a pesar del gran tilín
y ciencia de señó Pepe,
consiguió a escape salir

desbocado, por la cuesta
que coge junto al perfil
del castillo que le llaman
la Cortadura, y así
dando tremebundos botes
y saltando baches mil,
corría por el camino
con furioso frenesí:
El mercader iba muerto,
más lívido que el añil,
y más rojo que un tomate
la Pulga, de berrenchín
y los dos con más cerote
que tiene un perro infeliz
cuando víctima inocente
de la sevicia infantil
lleva colgando del rabo
algún cacharrillo ruin.
El mercader fue el primero
en romper, con voz sutil,
el pavoroso silencio
y dicen que dijo así:
«¿Qué te parece Pulguita?»
«¿Que, qué me parece a mí?»
contestó el interpelado
rascándose la nariz.
«Poca cosa, señorito:
que no güerve ozté a meir

más varas e percalina
de coco²⁸² ni bombasín^{283,284}.

LIV • SED TENGO

En otro cuento anterior
hemos dicho, ya otra vez,
que entre las ilustres dotes
y altas prendas de saber
que adornaban al gran Ñoto²⁸⁵,
sin duda la de más prez,
más grande, más exquisita
y de más precio y valer,
era su insigne pericia,
su asombrosa lucidez
en explicar de corrido,
en menos de un sancti amen,
los textos de la Escritura
mejor que lo puede hacer

un graduado de Bolonia
o algún pastor de Belén,
o esos otros Pastorzuelos
productos del oro inglés
que más tarde o más temprano
que marcharse han de tener
de esta tierra que deshonran
con su sórdido interés,
con sus pindongos, sus niños
y sus biblias de retén,
a donde el Padre Padilla
es opinión que se fue.
Pues lectores, este Ñoto
a quien todos conocéis,
explicando una mañana
ante un público soez
que atestado de ignorancia
casi se burlaba de él,
la pasión del Salvador,
con el profundo saber
que todos le concedieron,
dijo a impulsos del Ojén:
«Exclamó el palomo cándido,
Sicio, dame de beber;
y en cuanto lo oyó don Sicio
fue a casa de un montañés,
coge una esponja corriendo,
la refriega el mal gaché

por cima del mostrador
y se la dio a su merced;
pero Jesús que había visto
desde la cruz tal belén,
a tragar tal porquería
prefirió morir de sed»²⁸⁶.

LV • LOS BILLETES DE BANCO

En los tiempos ominosos
en que la desgracia alevé,
sobre Cádiz descargó
su mano pesada y fuerte,
en el año maldecido
en que comenzó a dolerles
a los Bancos la cabeza²⁸⁷,
y no había mas que billetes,
en vez del oro y la plata
que aquí circulaba siempre,
y todos los recibían
cual se recibe una fiebre,
sucedió lo que ahora mismo
voy a referir a ustedes.

En aquel año, repito,
vino, como siempre viene
sin curarse de la crisis
que afectaban los parneses,
un serrano con chacina,
cuyo nombre no conviene
estampar en este cuento,
mas si el lector apetece
que lo diga, entre Galán,
Puga, Macalio, Jiménez,
Barreda, Flórez y otros
que no tengo muy presentes
que con su rica chacina
nuestros gustos entretienen,
escoger a su capricho
con toda franqueza puede,
que entre los dichos está
el serrano fijamente;
y basta de digresiones
que van siendo impertinentes.
Aconteció que un marchante,
a quien el serrano siempre
le escogía lo mejor
por ser señor muy pudiente,
parroquiano ya de antiguo,
que pagaba en pesos fuertes,
esta vez al liquidar
la cuentecilla, en billetes

le pagó todo el importe.
Al mirar tantos papeles,
muy confuso el chacinero
se quedó, sin resolverse
a tomarlos: pero al cabo
diz que dijo lo siguiente:
«Guarde osté esos papeluchos
que no entiendo de belenes».
«Pero amigo, si esto es plata
y tiene cambio corriente
con un pequeño descuento
que le abonaré si quiere».
«Lo que quiero son moneas,
dijo el otro incontinenti
rascándose la mollera,
que yo puea tranquilamente
contarlas y recontarlas,
sin peligro, a la intemperie»²⁸⁸.

LVI • DON JUAN...

Existió aquí, un boticario,
muy excelente sujeto,
llamado don Juan García²⁸⁹,
alias... un aditamento
que a fuerza de ser muy vivo
debo pasarlo en silencio.
Habitaba este señor
allá por un barrio extremo;
y no sé si a este motivo
o que le salía de adentro,
es el caso que mi hombre
no hablaba más que en flamenco;
y no trataba más gentes
que a gitanos y toreros.

Más entendía de caló
que de ruibarbo y ungüentos;
y era mucho más perito
en conocer por sus pelos
y trapíos, a los toros,
si eran cárdenos, berrendos,
retintos, flor de gamón,
hoscos, sardos, salineros,
que del rábano iodado
y preparados de hierro,
formulario magistral,
lectuarios, dracmas, pesos
y los demás requisitos
que forman del farmacéutico,
según tengo yo entendido
el repertorio completo.
Con aquestas condiciones
cuya reseña hemos hecho,
formó como regidor
parte de un ayuntamiento,
estando en las comisiones
de jardines y paseos
y de espectáculos públicos,
matadero y cementerio.
Hubo por aquellos días
un escandaloso exceso,
cometido en el Balón²⁹⁰,
contra el Alcalde Merelo,

que diz le costó la vida
al susodicho sujeto,
y se nombró a nuestro héroe
en sucesor, en el puesto
de presidente de fiesta
del citado coliseo;
y de aquí pienso tomar
motivo para este cuento,
que aun cuando del boticario
abundan, hasta el extremo,
los casos de buena sombra
y los dichos de gracejo,
la decencia no permite
referirlos por obscenos,
y contar uno pasable
preferible considero.
Dicen los comentaristas
que el egipcio farmacéutico
tomó con solemnidad,
según previene el derecho,
del palco presidencial
posesión, y que creyendo
que honraba tal comisión
dando al personal, aumento,
agregose a su señora,
que en un butacón añejo
en los dinteles del palco
puso, a guisa de portero

y a un robusto y sano vástago
mofetudo y carilleno,
que tenía, en un banquito
sentado a su lado izquierdo,
lo cual daba a dicho palco
un patriarcal aspecto
y cierto aire de familia
que infundía gran respeto.
Y dicen, que cuando el público
manifestaba su empeño
de repetir una pieza,
el presidente flamenco
en vez de volver él mismo
aquel cartelón tremendo,
que se solía colocar
del palco en el antepecho,
señal cierta y evidente
de oficial asentimiento,
lo decía, con voz grave
al panzudo rapacejo
que en cosas tan complicadas
le servía de escudero:
chinorri²⁹¹, ostira²⁹² er papiri²⁹³
que er público quie jaleo;
y no camelo²⁹⁴ merar²⁹⁵
como er bueno de Merele.

LVII • EL SERMÓN DE PASIÓN

Voy a referir un hecho,
que aunque parezca una fábula,
de esas muchas que se fundan
en la broma y en la chanza,
y se inventan, con objeto
de divertir las veladas
del invierno, y forman esas
colecciones de patrañas
cual las «mil barbaridades»
y otras tales de su laya;
es tan cierto y positivo
y de verdad tan probada,
que bien puede el que lo dude
recorrer casa por casa

las muchísimas que tiene
la ínsula gaditana
y que pregunte a las gentes
si la historia es o no exacta;
y pasemos adelante
que para prólogo basta,
advirtiéndolo aquí, de paso,
para que quede salvada
cual debe, de compromiso
mi conciencia, pues del drama
aun viven los personajes
que el nombre de ellos a plaza
no piensa sacar mi pluma,
aun cuando por excusada
yo tenga tal precaución:
pero el adagio nos manda
callar el nombre del Santo
y al milagro darle fama.
Estaban entretenidos,
en una cristiana plática
un padre predicador
y un concurso de beatas
en el convento del Carmen
allá por Semana Santa.
explicaba el orador,
con frase discreta y sabia,
la pasión dolorosísima
del Salvador de las almas,

y llegado había ya al punto
que los evangelios marcan
del prendimiento en el huerto,
cuando al decir las palabras
de Jesús, ¿A quién buscáis?
un gallego de una casa,
que en el templo entraba entonces
para llevar a sus amas
unos paraguas, pues mientras
el sermón se predicaba,
se había armado una tormenta,
creyó que lo interrogaban,
y sin pararse en pelillos
exclamó, con voz bien alta:
«Eu busco a mis señoritas
para darles los parajuas»²⁹⁶.

LVIII • COSAS DEL LAVI

Bajaba a Andalucía,
hace ya bastantes años,
en uno de esos vehículos
tan molestos como malos
que se llaman diligencias,
el nunca bien ponderado
Manuel Díaz, alias Lavi²⁹⁷,
personaje gaditano,
con el Ratón, Atalaya,
tío Lorenzo, Juan Gallardo
y otros más que no recuerdo,
que venían escriturados
a trabajar en el Puerto
la tarde de Santiago,

una corrida de toros
del difunto Sánchez Bazo.
También iba de viaje,
aguantando el gran chubasco
de la buena compañía
de aquellos mozos templeaos,
una elegante señora
de modales delicados.
Figúrense mis lectores,
si por su suerte han viajado,
lo molesta que vendría
y lo que estaría pasando
la buena de la señora
en medio del gran fandango
que traían los toreros,
con sus bromas y sus cantos,
la bota de Valdepeñas
y los cultos dicharachos,
tan propios de aquella gente,
que no trae el diccionario,
el humo de los chicotes
nunca jamás apagados
y los demás desahogos
que por sabidos los callo,
sin omitir, por supuesto
los juegos de pies y manos
que acostumbran los alumnos
del arte del mulabardo.

La cara en el ventanillo
y sin desplegar los labios
venía nuestra señora,
sus molestias devorando:
mas llegó cierto momento
en que el aire condensado
a fuerza de tanto humo
y del calor del verano,
se hizo ya punto imposible
casi casi el respirarlo:
notó el Lavi las fatigas
que debía estar pasando
aquella dama infeliz,
por su rostro demudado,
y con modo placentero
y el acento lo más blando
que pudo, nuestro torero
le dijo, si no me engaño:
«¿Le incomoa a ozté, maama,
er jeor de los cigarros?»
«Si, señor». «¿Cómo ha e ser!
le contesto el muy zamarro;
pus ya se irá ozté jaciendo»
y siguió mi hombre fumando.

LIX. LAS CUATRO ESTACIONES

El Carmen de la Alameda,
como en Cádiz es nombrado,
es un templo muy bonito,
bastante capaz y amplio,
con tres espaciosas naves,
altar mayor de retablo,
un órgano de primera,
un precioso coro alto,
dos torres de muy mal gusto,
una portada de mármol
que es bastante pasadera
y otras cosas que me callo
por ser, por demás, sabidas
por el público ilustrado,

pero que todas reunidas,
su exacto valor sumando,
no darían a este templo
el renombre venerado
que la piedad exquisita
de los fieles gaditanos,
le ha concedido hace tiempo,
por ser al escapulario
del Santísimo Carmelo
y a su culto consagrado;
como así lo testifican
la multitud de milagros,
o si quieres, lector pío,
si este nombre te ha chocado,
cuadros votivos o ex-votos
de enfermedades, naufragios,
caídas peligrosísimas,
curaciones, casos raros,
que por medio de la virgen
con prodigio se han logrado,
que tapizan las paredes
de los dos lados del claustro
y patentizan lo dicho:
lo prueba también el fausto
de la novena sagrada
que en Julio todos los años
a la Virgen titular,
si no hay cantón, celebramos²⁹⁸;

novena que tiene fama
en los religiosos fastos
de ésta, que fue hace algún tiempo
una nación de cristianos,
y hoy por gracia de... silencio!
y en esto no nos metamos,
que el asunto es peliagudo
y los tiempos andan malos:
pero sigamos el cuento
que este terreno es vedado
a la humilde pluma nuestra
que nunca voló tan alto.
Tuvo la citada Iglesia
un capellán, exclaustroado
como era muy natural
del orden carmelitano,
llamado el Padre Joaquín,
que era un señor grueso, alto
corpulento en demasía,
de rostro muy abultado,
voz profunda de sochantre,
de genio corriente y franco.
muy bromista, decidor,
generoso, campechano,
sacerdote virtuoso,
conocido y estimado
en Cádiz, por todo el mundo,
de influjo y valer no escaso,

por sus buenas cualidades,
entre las gentes de rango,
y con sospechas vehementes
de tener atacuñados
algunos buenos doblones
productos de los regalos
que a cada instante le hacían
con pródiga y franca mano
las muchísimas personas
que frecuentaban su trato.
Fundado en esta opinión
un señor, que siempre escaso
estaba de patacones
y de continuo atacando
andaba a diestro y siniestro,
sin haberse dado caso
jamás de restitución,
que era también del estado
sacerdotal, le escribió
cierto día, importunándolo
a fin de que le prestara
cien duros, que el tal al año
se le obligaba a devolverle
por un pagaré firmado.
Comprendió el padre Joaquín
el peligro y sin pensarlo,
dicen sus historiadores,
que en seguida en el respaldo

de la esuela contestó:
«Queridísimo (Fulano):
imposible es darte gusto,
pues como el tiempo anda malo
con las entradas de invierno
y salidas de verano
me he quedado, amigo mío
este otoño, sin un cuarto:
no aguardes a primavera
y busca por otro lado»²⁹⁹.

LX. UNA DESAFINACIÓN

Era el señor de Aceitún³⁰⁰
una excelente persona,
muy lleno de buenas dotes;
pero el dinero en su bolsa
brillaba muy pocas veces,
circunstancia dolorosa
que le obligó a ser corista,
aun cuando no entendía jota
de corcheas, ni de fusas,
en una compañía de ópera;
y luego a ser dependiente
o portero u otra cosa
semejante, del Casino,
que en aquella ya remota

feliz época, en la calle,
si no es infiel mi memoria,
de Murguía esta abierto
en una casa preciosa
propiedad de... pero vamos
al cuento que es lo que importa.
Ensayábase una noche
en el Principal la Norma,
y con el cuerpo de coros;
pero formando a la cola,
el caballero Aceitún,
dominado por la solfa,
apuntaba, a palo seco,
todo el chubasco de notas
que le plugo al gran Bellini³⁰¹
encajarnos en su obra.
El maestro director,
que por cierto era persona
muy querida y conocida
en esta ciudad famosa,
en una de esas paradas,
que suelen a toda hora
suceder a cada instante
de un spartito³⁰² en la prova³⁰³,
bien porque el si era bemol
o porque la prima donna,
o el tenor, o la contralto,
o los coros, o las trompas

no entraron como debían
o se fueron por las lomas
de Úbeda, formando un tutti
de armonía lacrimosa:
en una de esas paradas,
vuelvo a decir, con chillona
voz, que aumentaba el coraje,
y golpeando con furiosa
destemplanza, el director:
«Que pare la orquesta toda»
decía, con frenesí:
y cual si fuese tizona
esgrimía la batuta,
continuando con voz ronca
dirigiéndose a los coros:
«Hace más de media hora
que ese señor de Aceitón
como un perro desentona».
«Yo, señor? dijo Aceitón».
«Usted mismo: que atolondra
con esos gritos que pega».
«Me lo dice usted en broma?»
«¡Pues, para bromas estamos!
contestó lleno de cólera
el maestro: ¿si querrá
este animal de bellota
venir a darme lecciones?
Tengo la cabeza bomba

de oírlo desafinar.
Ataque usted esa nota...»
«Pero señor, por la virgen
que usted diga tal me asombra,
exclamó nuestro Aceitón:
¿Cómo ha de hacer media hora
ni una que desafino:
cuando no hago yo otra cosa
desde que aquí me ajusté
que abrir y cerrar la boca,
más callado que un difunto
para ganarme las motas?³⁰⁴».

LXI • LOS DOS DIOSES³⁰⁵

Vino a Cádiz, una vez,
un personaje muslime,
que si no me han engañado
era todo un señor príncipe;
y digo me han engañado,
porque tengo que advertirle
al lector, que en aquel tiempo
eran cortos mis abriles,
pues según cálculo exacto
no llegaban a los quince,
y tengo por consecuencia
que, en mi cuento, referirme
al dicho de los ancianos
que en aquella edad felice

vivían, y me han contado
con sus pelos y perfiles
lo que yo en un mal romance
voy ahora mismo a decirle.
Era, vuelvo a repetir
nuestro personaje el príncipe,
califa de los creyentes,
caudillo de los emires,
el muy poderoso infante
de las tribus marroquíes
Muley-El-Abbas famoso
que al frente de muy insigne
embajada, regresaba
a la mauritana Tingis.
El señor que gobernaba
nuestros asuntos civiles
en tal fecha, tenía orden
de tributarle y rendirle
al infante, los honores
que nuestras leyes prescriben
se tributen a los reyes;
los cuales ad pedan litterae,
con precisa exactitud
se llevaron hasta el límite
que verá el lector curioso,
si cansado no desiste
de continuar la lectura
de este romance infelice.

Digo que el gobernador³⁰⁶,
que nada tenía de lince,
con la venida del Moro
pretendió mi hombre lucirse;
y pareciéndole poco
cuanto allá de los Madriles
preceptuado le habían,
concibió la idea sublime
de lanzar a quema ropa
al emir de los emires
una linda alocución;
y arremetió, pluma en ristre,
y se descolgó con una
que, entre otros sabrosos chistes
en que abundaba, producto
de su criterio caribe,
concluía de este modo
sin añadirle una tilde.
«Que te proteja tu Dios
y que el mío te ilumine».
Y después de una andanada
de tal fuerza y tal calibre,
se quedó aquí gobernándonos
aunque parezca increíble.

LXII • EL MOQUITO³⁰⁷

Las crónicas gaditanas
conservan en sus archivos
que son asaz bien extensos,
porque tengan entendido
mis lectores, que esta tierra
en que andamos y vivimos
es, sin duda, la más fértil
en toda clase de tipos
que topar pueden las gentes
en el mundo conocido;
y sentada esta advertencia,
conservan, digo y repito
la historia de cierto quidam
que por justo veredicto

de personas entendidas,
todas ellas del oficio,
fue el mejor levantador
de muertos, de este distrito;
pues gozaba de invención
el privilegio exclusivo,
de levantar un cadáver
en el filo de un cuchillo,
a vista, ciencia y emboque
del griego más entendido;
y otros varios tours de force,
todos por el mismo estilo,
nunca vistos ni ensayados
en esos clásicos sitios
donde se pelan los hombres
por el simple mecanismo
de unos naipes y una mesa
con el tapete raído.

Dicen pues, de este señor,
entre otros rasgos magníficos
que perpetró en varias partes
unos casuales testigos
que estuvieron, cierta noche
sin duda por compromiso,
en una timba que había
por la calle del Molino,
que vieron a nuestro hombre
en el lance maldecido,

que con licencia de ustedes
voy a contar ahora mismo.
Aquella noche ensayaba
el sistema sencillísimo
de empalmar los duros de oro
y también los dobloncillos
de los puntos descuidados,
metiéndoselos con tino,
en las narices, que eran
según retrato que he visto,
por lo largas muy capaces
de cumplir con tal destino,
y luego, con disimulo
que se sonaba, el muy pillo,
fingía, para llevarse
con el pañuelo al bolsillo
el fruto de sus boliches
quedándose muy tranquilo.
El banquero que sin duda,
sospechaba o tenía aviso
de aquella marimorena,
andaba esa noche listo
observando, atentamente,
pero así como al descuido,
para no infundir sospechas,
el movimiento más mínimo
de nuestro hombre y cogerlo
infraganti en el delito.

Observó pacientemente,
que se llevó al consabido
lugar, un duro de premio,
y cuando iba nuestro amigo,
con el pañuelo a sonarse
para enterrar lo adquirido,
el banquero con cachaza
metiéndole en los hocicos
la mano, de esta manera
con mucha sorna le dijo:
«No te molestes pichón,
guarda el pañuelo que es limpio,
y lárgame aquí en la mano
ese precioso moquito».

LXIII • LAS OPOSICIONES

Hubo en esta Catedral,
según consta en comprobantes,
un señor Penitenciario,
persona muy docta y grave
y que fue, por su virtud
ornamento ecclesiae almae
gadicensis y no añado
otros dotes y quilates
de virtud y erudición
que tenía, pues bastantes
conceptúo los ya dichos,
para que todos unánimes
conozcan a quien aludo;
pues murió bien poco hace

y su memoria es muy grata
para que pueda olvidarse.
De este ilustre sacerdote
tan sabio y tan venerable,
si me otorgáis vuestra venia
voy a contaros un lance,
sin quitarle ni ponerle
ni aun el más ligero ápice;
que tenía el buen canónigo,
ligerísima la sangre,
que era hijo de esta tierra
con lo cual digo bastante.
Vacó aquí una canonjía,
de oficio, y a todas partes
se mandaron los edictos
que marcan las decretales,
convocando a oposiciones,
sin que, a su tiempo, llegasen
a firmar aquellos actos
más que un licenciado en cánones
graduado en Orihuela
y vecino de Linares.
Como no se presentó
ningún otro contrincante,
fue preciso que el cabildo
de oficio se lo nombrase
y le tocó, por la suerte
el argüir al firmante

de los actos, al canónigo
que nuestros lectores saben,
más claro, al Penitenciario,
el cual con formas suaves
y un latín que Marco Tulio
tal vez no lo despreciase,
en continuado conflicto
me colocó al de Linares.
Apurado y sin saber,
nuestro licenciado en cánones,
cómo evitar la dialéctica
del feroz argumentante,
dando ya golpes de ciego
para poder escaparse
de las garras del contrario
que tenía por delante;
entre otros mil desatinos
que largó, muy garrafales,
exclamó ya balbuciente,
de ignorancia y de coraje:
«Tollita causa...» «Sublata»
contestó su contrincante.
«Tollita» volvió a decir
y el otro con calma grande,
«sublata» le interrumpió,
«Diga usted, y no me enfade
tollita como se debe...»³⁰⁸
«Yo no digo disparates»,

contestó el Penitenciario
y ya pueden figurarse
mis lectores que se iría
el licenciado a Linares
sin lograr que la prebenda
el Obispo le colase.

LXIV • EL SANTO FRANCÉS

En aquel tiempo glorioso
en que Soult³⁰⁹ tuvo cercado
este insigne baluarte
del invicto valor patrio,
era tanto el fuego bélico
y tan fuerte el entusiasmo
que ardía en los corazones,
de los buenos que encerrados
estaban en esta plaza
por la patria peleando,
como inextinguible el odio
que sentían aquellos bravos
contra el corso maldecido
y sus huestes de sicarios.

Así pues, los improperios
y los insultos más bajos,
las calumnias, los baldones
y los hechos más menguados,
en siendo contra franceses
(¡oh ceguedad de los ánimos
turbados por la pasión!)
se daban por perdonados,
y aun es más, pues casi casi,
puedo decir sin engaño,
que no tan solo perdón
merecían, sino aplausos.
De este modo se concibe
que pasara, sin escándalo
el siguiente desatino,
a pesar de ser tan craso,
que escuchó la culta Cádiz
en la Iglesia de San Pablo,
y que al fin si non e vero
me fue al menos ben trovato.
Predicaba un panegírico
no recuerdo de qué santo,
en la Iglesia antes citada,
un lector, ya jubilado,
de la familia seráfica,
del humilde orden descalzo,
y ente las muchas sentencias
de los lugares sagrados

y doctores de la Iglesia
profetas y padres Santos,
versículos de la biblia
y citas de autores rancios
que amontonaba, a porrillos,
con notable desenfado,
nuestro buen padre Francisco,
hete aquí que muy ufano,
cual si vertiese una perla
a vueltas de un latinajo,
exclamó, con voz potente:
«Sí, mis queridos hermanos,
debemos creerlo así
pues lo dice San Bernardo,
si es que crédito merece
un santo que fue gabacho³¹⁰».

LXV • A GUILLARSE

Entre las múltiples ruedas
que forman el admirable
y complicado artificio
de las Santas libertades³¹¹,
que a fuerza de tanto oro,
tanto sudor, tanta sangre,
tanta honra, y tanto et caetera,
se conquistaron en Gades,
no sé si dos o tres veces,
que nunca llegó a importarme
la gloriosísima historia
de nuestras felicidades,
existe una pequeñita
sucursal de otras más grandes,

que se mueve por impulsos
de fuerzas municipales,
y se llama «Comisión,
(vaya un nombre retumbante)
local de instrucción primaria»
de la cual pienso ocuparme
lectores, con vuestra venia
para contaros un lance
que en esta ciudad insigne
aconteció, poco antes
de aquel famoso setiembre³¹²
tan lucrativo y laudable
que inició la era de honra
y dio fin de los tunantes,
a la dicha Comisión
que en el tiempo detestable,
que referimos, estaba
compuesta de muy capaces
y competentes personas,
que la misión importante
confiada a sus cuidados
con celo recomendable
desempeñaban gustosos,
como debía de esperarse
de todo un señor canónigo,
sacerdote venerable
por su piedad y su ciencia
y que post pontificalem

ocupa la cuarta sede...
pero vamos adelante
y dejémonos de señas
que las dichas son bastantes.
Un concejal, que de ene,
era teniente de alcalde
y dos vecinos que puedes
lector mío muy amable,
si te dan ganas de ello,
a gusto tuyo llamarle
o Rodríguez, o Jiménez,
Pérez, Bermúdez, o Sánchez.
Estando, esta Comisión,
examinando la clase
o la escuela gratuita
como se decía antes,
de Belén³¹³, y viendo el poco
escaso, insignificante
adelanto, en que se hallaban
los pequeños escolares
para dar al acto aquel
su finiquito y remate,
dispuso el señor canónigo
que los niños se marchasen;
(pues decir se me olvidaba
que formando dos falanges
cercando a la plataforma
estaba toda la clase).

«Está el acto concluido
y ya pueden retirarse»,
dirigiéndose a los niños
dijo, con dulzura el... ¡Diantre,
pues no iba yo a correrme
con el nombre! ¡Vaya un lance!
Pero los niños tranquilos
sin siquiera menearse,
en su sitio muy plantados
se quedaron tan campantes.
«¿No han oído ustedes, niños,
que ya pueden ausentarse?»
al ver su inmovilidad
exclamaron los vocales.
«No se molesten ustedes»,
dijo el teniente de alcalde,
para que entiendan los pobres
es fuerza en su lengua hablarles.
Ya verán cómo comprenden,
lo que les digo, al instante.
«Conque, cuando ustedes quieran;
por la puerta y a guillarse³¹⁴»
y al segundo no quedaba
en toda la escuela un ángel.

LXVI • EL MAGISTRAL CABRERA

Entre las varias personas
que, en esta ciudad, se honraron
con el nombre de discípulos
predilectos, y de ahijados,
de D. Antonio Cabrera³¹⁵,
aquel Magistral tan sabio,
sacerdote ejemplarísimo,
ornamento el más preclaro
por la humildad y la ciencia
del cabildo gaditano;
todavía existe una,
que cuenta bastantes años,
lo menos diez y seis lustros
según cálculos exactos,

persona de grande mérito,
humanista, literato,
heredero del talento
de aquel hombre tan preclaro,
de quien fue toda la vida
el discípulo mimado:
que hablando del Magistral
y su gracia recordando,
entre infinitos ejemplos
de viveza, celebrados
que a borbotones salían
de su boca, sin escándalo
de la Cristina moral,
muchas veces le he escuchado
referir lo que, ahora mismo
en este romance trato
de contar a mis lectores
dejándome de preámbulos.
Dice pues este sujeto:
estudiaba el tercer año
de medicina, y un día
de pronto se entró en mi cuarto,
que era uno de los primeros
de los del ángulo bajo
del colegio, el Magistral
a leerme, muy ufano,
no recuerdo qué papel,
que esto importa poco al caso;

como en dicha habitación
no vio ni sillas ni bancos;
(porque en todas estas cosas
fui siempre muy descuidado
y no me ocupaba de ellas,
a tal extremo llegando,
que en los tres años que hacía
que habitaba dicho cuarto,
ni jamás se había barrido
ni menos aljofifado,
ni la cama se había hecho;
llegando a tal el escándalo,
que las sábanas y almohadas,
en el tiempo ya indicado,
ni habían visto la colada
ni tampoco su reemplazo
et sic de caeteris, era
dicha alcoba un descampado:)
tuvo el Sr. Magistral,
su sotana remangando,
que sentarse en un extremo
de mi cama, resignado.
Al pronto no reparó,
con la vista ni el olfato,
el estado de limpieza
de aquel lecho tan extraño,
sin duda con la lectura
del papel entusiasmado:

pero al fin, apercibiose,
con asombro de su ánimo,
de la negrura espantosa
de aquellos mugrientos trapos,
y sin darse explicación
de fenómeno tan raro,
suspendiendo la lectura
me dijo muy admirado:
«Hazme el favor de decirme
si te destiñes, muchacho»³¹⁶.

LXVII • COSAS DEL BALÓN

Aunque estrechísimo y largo
como palo de jeringa,
de hechura bastante fea
y proporciones mezquinas,
muy pobre en el decorado
y poco grato a la vista,
incómodo para el público
y extraviado en demasía,
caluroso en el verano
y en el invierno ni el clima
de la Siberia es más duro
que aquel que allí se respira,
tiene el anciano Balón
condiciones de valía,

que lo hacen merecedor,
según la fama publica
a una voz, con sus trompetas,
a muy justas simpatías.
Es una, ser el primero,
que topamos en la lista
de todos los coliseos
de la Europa; (y no es mentira
si viniendo desde América
a contarlos se principia)
es otra tener probada
ya su noble biografía,
pues según narra la historia,
y mi pluma lo consigna
para honor de aquel teatro,
en su sala, fermentada,
hubo vez que la Regencia,
los grandes, los camaristas,
los diputados a cortes,
y los hombres de valía,
nacionales y extranjeros
que Cádiz, la muy invicta,
allá por el año doce,
en su recinto tenía,
se solazaron de noche
oyendo una tonadilla,
un sainete muy chistoso
u otra cosa parecida.

Y es fama también que allí
autores de gran estima,
con actores de gran mérito
exhibieron sus primicias
y otros estrenaron piezas,
que han sido muy aplaudidas
como diz que aconteció
con la «perla granadina»
en su drama patriótico
la «viuda de Padilla».
Después vino a decadencia,
que la fortuna es esquivia,
y nadie clavó su rueda
que siempre, constante gira;
y hoy está en putrefacción
por final de sus... desdichas:
¿por final he dicho? miento,
que en esta semana misma
¿quién sabe si a Covent-Garden
le echara la zancadilla?
que de estas cosas se ven
en este mundo muchísimas:
pero vamos al asunto,
que esta digresiones picaras
de marear son capaces
a las cabezas más listas.
Es el caso, que una noche,
en que el Balón se veía

henchido de bote en bote,
se armó allí, una rebujina,
de aquellas que con frecuencia
en tal sitio acontecían;
pero de tal magnitud,
de tal furia y tal cuantía
que yo creo es la mayor,
según varios atestiguan,
de todas cuantas en él
han tenido fuerza y vida.
Todo era gritos y ruidos,
insultos y cachetinas,
las mujeres asustadas,
la comedia suspendida,
los músicos fugitivos
y las personas pacíficas
no siéndolo, en tal momento,
para buscar la salida.
Mientras tanto el presidente,
que era un sastre progresista
que gozó gran fama en Cádiz,
en tranquila calma chicha,
sin tomar disposiciones
la trapisonda veía,
sin saber lo que mandar
a dos medrosos guindillas,
que a su sagrada persona
de un exceso defendían.

Yo no sé de qué manera
la revuelta, fin tendría,
si un chusco no se lo diera
con la ocurrencia maldita
de decirle al presidente
con voces descomedidas
que dominaron un punto
toda aquella gritería:
«Ciudadano, presidente
vamos a tomar medidas»³¹⁷,
con lo cual los contendientes
comprendiendo la alusiva
indicación de aquel chusco,
trocaron el odio en risas.

LXVIII • LA PATA DE CARNERO

Tengo entendido, lector,
que en la época algo lejana,
antes que el Sr. Topete
la mollera se quebrara
inventado aquella trecha,
tan gloriosa como honrada,
contra la Reina Isabel³¹⁸,
de las fragatas blindadas,
que tan buenos resultados
está produciendo a España,
y que el glorioso arbolito
de las libertades santas,
nos largara la cosecha
carcundo-republicana³¹⁹,

constitucio-internista,
benévolo-radicala,
cantonal-posibilista³²⁰,
con todas las demás ramas
de ese género roteño
que llamamos calabazas;
tengo entendido, repito,
que en la isla gaditana
se deleitaban las gentes
con diversiones prosaicas;
como son, entre otras muchas
por vía de verbi-gratia,
el café de las Cadenas,
las tertulias de las casas,
las arboledas del Puerto
y las giras a Chiclana,
aquellos bailes tan cucos,
que gozaron tanta fama,
de Bachicha y de los Piris,
las meriendas celebradas,
en los rancios ventorrillos
de San José y de la Aguada,
Isabel, el Chato y otros,
de parecida importancia,
el Balón, los barriletes
y las bochas afamadas
del Olivillo³²¹, el Laurel
y la tienda de la Parra,

el néctar de Puerta Tierra,
como Castillo³²² llamaba,
en sus viejos sainetes
tan célebres por su gracia,
al vinillo Manzanilla
que Sanlúcar nos regala;
y otras tantas candideces
que las doy por apuntadas.
Ya se ve, como la gente
de aquel tiempo, no gozaba
de los grandes adelantos
que el mundo en el día alcanza
y ni siquiera sabían
que es can-can ni democracia,
ni sufragio universal,
ni cantón, ni barricadas,
ni matrimonio civil,
ni libertad de enseñanza,
ni derecho ilegislable,
ni lo demás de esta laya,
no es extraño se entregasen
a cosa tan sin sustancia,
cual lo es el divertirse
sin que lo pague la patria³²³;
y principemos el cuento
que el aliento ya me falta,
que el exordio ha sido largo
y la pluma está cansada.

Varios vecinos, de ésta,
personas acomodadas,
solían acostumbrar,
siguiendo la usada pauta,
de las diversiones dichas
un día de la semana,
que supongo era el domingo,
echar lo que aquí se llama
una cana al aire libre,
divirtiéndose en Chiclana,
a donde para el efecto,
sostenían una casa
por el año, a escote fijo,
entre todos costeadas.
Los sábados por la tarde
o el domingo de mañana,
aquel, que en rívido turno,
por su orden le tocaba,
ya sabía que era fuerza
que un almuerzo preparara
para todos los amigos:
y después iban a caza
o a disfrutar de aquel campo
o a lo que les daba gana.
Tocole el turno, una vez,
como es justo le tocara
a un tal D. Félix Izquierdo
del comercio de esta plaza;

persona recomendable,
de ocurrencias, buena pasta,
al cual le pasó, lector
sin quitar ni poner nada,
lo que voy, si lo permites,
a decirte en confianza.
Preparó el Sr. D. Félix
el almuerzo, y entre varias
cosillas, muy exquisitas
que llevó, condimentadas,
puso sus cinco sentidos
en una sabrosa pata
de un riquísimo carnero
soberbiamente guisada
por manos de un gran maestro,
que por entonces estaba
en gran boga por aquí;
pero quiso la desgracia
que no sé de qué manera,
si fue con malicia hurtada
o se perdió en el camino,
porque en esto no andan claras
las fuentes en que he bebido
de este suceso las trazas,
es el caso, que en la mesa
D. Félix no vio la pata,
y creyendo era descuido
del gallego, que en la casa

estaba constantemente
para tenerla aseada
y servirles la comida
cuando el Domingo llegaba,
le hizo señas, como pudo
y le preguntó en voz baja,
(para que ningún amigo
de los que juntos estaban
almorzando, no lo oyera,
pues D. Félix deseaba
darles una gran sorpresa
con la pata desdichada)
le dijo: «¿por qué no has puesto
como te mandé, la pata?»
«¡Vaya, señor, lu que dice»³²⁴
contestó lleno de calma
el robusto hijo del Miño
sin enterarse de nada,
pues ni tal pierna había visto
ni entendía una palabra
de aquello que le decían
de la prenda culinaria.
«¡Que la pongas!» repetía
D. Félix, echando ascuas,
«¿Pero qué voy a ponere?»
el gallego replicaba,
encendida de vergüenza
la estúpida y necia cara.

«¡Qué la pongas animal
en la mesa!» «¿El qué...?» «La pata;
anda y despáchate pronto».
«¡Ya que usted lo manda, vaya!»
y levantando la suya,
del zapato despojada,
sobre los blancos manteles
la puso con mucha gracia.

LXIX • LA LISTA DE LA LOTERÍA

Yo no sé si se habrá muerto,
y si no, fuerza es que viva,
un señor que hubo aquí en Cádiz
de profesión bajonista;
y por si el lector curioso
no comprende la valía
de tan noble profesión,
y no sabe en lo que estriba,
le diré que se reduce
toda su categoría
a tocar en los entierros,
funerales, rogativas
y en las misas de difuntos
y también en las vigalias

el piporro, ese instrumento
tan elegante a la vista
como agradable al oído,
de construcción tan sencilla,
que es pariente del fagot.
Pues señor, mi bajonista
yendo en una conducción
de primera³²⁵, muy lucida,
haciendo mil gorgoritos
con ejecución magnífica,
al pasar por una calle
se le antojó ver la lista
(así al paso, y sin dejar
de tocar, que iban de prisa)
en una administración
principal de loterías,
por saber si, casualmente,
un premio sacado había:
y dicen graves personas,
que el del bajón vio enseguida
su número entre los buenos,
al primer golpe de vista;
y que fue tal su entusiasmo,
y tan grande su alegría,
que olvidado del entierro,
con la cabeza perdida,
entregado al embeleso
de sensaciones dulcísimas,

abandonó, sin saberlo,
la fúnebre comitiva,
quedándose ante los números
más plantado que una encina,
soplando inconscientemente
la malhadada boquilla
del armonioso instrumento,
para obsequiar a la lista
le largó una serenata
de bajón que dama grima.
Así estuvo largo tiempo
bajoneando su dicha,
hasta que le interrumpió
la prosaica policía,
sospechosa de su juicio,
al mirarlo de tal guisa³²⁶.

LXX • COSAS DE ANTAÑO

La Pautrez y la Quatrini³²⁷,
dos bailarinas de antaño,
trajeron enloquecido
al público gaditano;
que acudía presuroso
al veterano teatro,
que llaman el Principal,
a disfrutar con los saltos
las piruetas y los brincos
y los difíciles pasos
de aquellas dos eminencias
del gran arte coreográfico.
Llegó a tanto la pasión,
subió a tanto el entusiasmo,

que por ver las cabriolas
los gaditanos mostraron,
que aquellos buenos señores
tan serios, y encopetados,
tan ricos y tan formales
y enemigos del escándalo,
cual zegríos y gomeles,
cual chorizos y polacos³²⁸,
masones y comuneros
o como perros y gatos
por las sílfides, ya dichas
se dividieron en bandos,
tan opuestos y feroces,
exclusivos y encontrados
que apuraron las razones
y apelaron a los palos
como argumento supremo
en pro del ídolo amado,
que cada cual defendía
con empeño tan bizarro,
convirtiendo a cada hora
en campo de pugilato
aquello que más que templo
a las musas dedicado,
parecía a todas luces
un reñidero de gallos.
Y dicen, los que lo vieron
que se llevó a tanto grado

aquella empeñada lucha,
que se dio el siguiente chasco,
que yo quiero consignar
por lo original del caso.
Anunció su beneficio
la Quatrini, un día dado:
¿y qué hacen sus enemigos,
los ardientes partidarios
de su rival la Pautrez?
se juntan en conciliábulo,
van después al botiquín
y compran, sin más reparo,
todas las localidades
disponibles del teatro:
pactan, luego, gran secreto
y se dispersan callados.
Llega la hora de empezar
y con estupor y pasmo
de la mísera Quatrini,
que sabía que tomados
estaban todos los sitios
de la casa, de antemano;
y esperaba verla llena
de amigos y apasionados
que al salir la colmarían
de coronas y de aplausos;
solo vio, cuando el telón
los gallegos elevaron,

el vacío en las lunetas,
la soledad en los palcos,
la orquesta tocando sola
y para colmo de escarnio
a su rival La Pautrez,
con la sonrisa en los labios,
en un palco de proscenio
su venganza saboreando³²⁹.

LXXI • EL PARAGUAS

Fue, una vez, a cierta casa
para ver a su comadre
una señora ya antigua,
de cuyo nombre acordarme
por más que lo deseara
no puedo en aqueste instante,
con ocasión que las nubes
descargaban sobre Gades
las cataratas del Cielo
en chaparrones tan grandes,
que de seguro hace tiempo
no han caído otros iguales.
Llegó, pues, nuestra señora
como puede figurarse

el lector, hecha una sopa
y escurriendo el agua a mares.
«Pero mujer, ¡qué locura!
dijo al verla su comadre»:
«¿no tenías un paraguas
siquiera con que taparte?»
«Ya se ve que tengo uno!»
«¿Pues entonces, qué diantre,
estando lloviendo tanto
por qué hija no lo traes?»
«Te diré; porque el que tengo
no sirve para la calle»³³⁰.

LXXII • EL ALTAR MAYOR

Es la Iglesia de la casa
que fue de los Agustinos
de aquesta ciudad, un templo
que sin tener nada artístico,
por sus buenas proporciones
puede pasar por muy lindo.
Tiene un buen altar mayor
de los que son conocidos
con el nombre de batea,
que es elegante y bonito;
y efigies de grande mérito;
entre ellas un Cristo, fijo
en la cruz, que del cincel
de un gran escultor es digno;

un Señor de la Humildad,
de valor más relativo,
propiedad de la hermandad
llamada de vizcaínos³³¹
y un Tránsito de la Virgen...
y un Nazareno chiquito...
y un Patriarca fundador...
y basta: que ya el camino
perdemos de nuestro cuento,
con los Santos engreídos.
Tuvo este templo, hace tiempo
según a mí se me ha dicho,
yo no sé si sacristán
o encargado, aunque me inclino
a creer fue lo segundo
por razones y motivos
que me reservo, persona
así como Dios lo hizo,
con más puntas de paleta
que ribetes de agustino.
Cierta día de función
al fundador, que un hechizo
digno de ver era el templo,
a fuerza de tanto cirio,
tantas flores, tanta plata;
el capellán, supradicho,
entusiasmado de gozo
exclamó, en el paroxismo

de su febril alegría,
llorando a moco tendido
ante un coro de beatas,
que tenían en él fijos
sus ojos y pensamientos
con afán tierno y solícito,
la siguiente hermosa frase
que se guarda en los archivos
de la orden, cual modelo
de sublimidad de estilo:
«¡Qué vista le da al altar
el velamen encendido!»³³²

LXXIII • LOS GUANTES

Hubo hace tiempo, un Alcalde
(según dicen a una voz
muy respetables ancianos
todas personas de pro,
legos, llanos y abonados):
en aquesta población,
liberalote subido
del género más feroz,
que en tratándose del Duque,
y de la Constitución,
la milicia nacional
y del santísimo horror
contra los curas y frailes
y toda la colección

de exquisitos sentimientos
del progresista español,
se las tenía muy tiasas
hasta con Napoleón:
aparte de estas sandeces
y de otras de marca mayor
que, según dicen autores,
nuestro alcalde padeció;
era por todos tenido
por excelente señor:
y confirmada encontramos
esta prudente opinión
en el hecho que motiva
este cuento, que un doctor
copió ad verbum scripta,
de un antiguo cronicón
que inédito permanece,
sin gozar la luz del sol
en los famosos archivos
del Campillo del Balón.
Tuvo, en virtud de la vara
que dignamente empuñó
nuestro alcalde, cierto día
de presidir procesión,
por supuesto de etiqueta
como cosa de rigor,
no sé si una religiosa
o cívica procesión,

que esto al cuento no le hace
y además no lo sé yo.
Prepararse quiso el hombre
con mucha anticipación,
que era el caso delicado
y quería con honor
salir de tan gran empeño,
y para ello, comenzó
por comprar pieza por pieza
el traje de la función,
pues nunca gastado había
no digo frac, paletot.
Tocole el turno a los guantes
y al punto se dirigió,
como la más natural
a la fábrica del Sol³³³,
de la Viuda de Rodríguez,
que fue siempre la mejor
de toda la Andalucía
y tal vez de la nación:
pidió guantes de primera,
y así que se los probó
exclamó, dándose tono
ahuecando algo la voz:
«Ahora déme, usted, el otro»
«¿Pues no tiene usted los dos?»
le contestó el dependiente
muy lleno de confusión.

«Pero me falta el tercero»
«¡El tercero!» «Sí señor,
el que en forma de manajo
sin poner se lleva hoy:
y los pollos elegantes
le llaman el juguétón».

NOTAS

- 1** «nació D. Nicolás Farto» (v).
- 2** Cirujano, ayudante de embarco, que participó en la batalla de Trafalgar (1805). Vivió la lucha entre el «Royal Souverin» y el «Santa Ana», cayó prisionero, aunque finalmente pudo recuperar la libertad (FERRER).
- 3** Hace alusión al Real Colegio de Cirugía de Cádiz.
- 4** «La fuente llamada del Hércules estuvo situada en La Alameda, frente al Carmen; aun se ve la taza junto a la muralla, detrás del baluarte de Candelaria». [Nota del autor].
- 5** «se dijo para sí mismo» (v).
- 6** ‘Fundador y dominador’.
- 7** Véase la explicación dada sobre este cuento en la página 56 del presente trabajo.
- 8** «y dicen que lo logró» (v).
- 9** «en los brazos, diz que andaba» (v).

- 10** La réplica del yerno supone una ruptura de las normas de comportamiento social, ya que un caballero nunca debe expresar públicamente que se casa por interés, y además resulta ilógico que esta confesión se la haga a su propio suegro.
- 11** Bailaor que actuó en diversas ocasiones en el teatro del Balón. Vino de primer bailarín en 1870. (ROSETTY, 1868-1870).
- 12** Se hace referencia a las reuniones que se celebraban en las casas, donde, entre otros asuntos se contaban esta clase de sucesos.
- 13** Musa que preside el canto coral y el baile.
- 14** El narrador adopta ahora el punto de vista de un testigo de la acción.
- 15** D. Antonio Canet poseía un almacén al por mayor situado en la plaza de la Constitución, 7. (ROSETTY, 1868).
- 16** 'Sin trabajo y con hambre'. La palabra «boqueras» tiene su origen en el femenino «boqui», gitanismo que significa 'apetito' (REBOLLEDO).
- 17** Sin paréntesis, (v).
- 18** «Localidad más alta de un teatro, cine u otro local de espectáculos» (CASTRO, también PAYAN).
- 19** Quizás sea corrupción de «la Furlana», cierto baile italiano.
- 20** El chascarrillo se basa en las frases hiperbólicas del protagonista.
- 21** Es un recurso muy socorrido para conseguir un efecto ridículo servirse de la simpleza del protagonista.
- 22** El título introduce al lector en el terreno de los naipes.
- 23** D. José Gabarrón fue catedrático de Medicina, formó parte del primer claustro de la Facultad de Ciencias Médicas de Cádiz, que alcanzó este estatuto por Real Orden del 17 de julio de 1844 (FERRER).
- 24** La réplica supone una ruptura del sistema de lo psicológico esperado.
- 25** Trata de recoger la voz italiana «dilettante» que tiene un homónimo castellano y significa 'aficionado'.

26 Famoso tenor italiano, cuyo verdadero nombre era Vicente Ancheoli. Nació en Palermo en 1836. Debutó en el año 1865 en Lisboa y en el teatro Principal de Cádiz actuó en varias ocasiones, entre ellas en 1867. Murió en Génova en 1897.

27 Tópico muy arraigado en el pensamiento de la época y reforzado por el hecho de que Cádiz se convirtió en escala obligatoria de toda gira teatral, por lo que sus habitantes pasaban por «grandes entendidos» (RAMOS, 1897).

28 En italiano, 'dúo'.

29 Opera muy famosa de Rossini, que fue interpretada con mucho éxito en los teatros más importantes. En el Principal fue representada en 1868 y 1870, entre otras ocasiones.

30 Compositor italiano, nacido en Pesaro en 1792. Escribió cerca de cincuenta óperas, entre ellas El barbero de Sevilla, Guillermo Tell y Otello. Murió en París en **1868**.

31 'Ciertamente después de usted' sería la traducción de esta frase italiana; pero no es esto lo que interesa, sino el juego de palabras mediante el que el autor muestra la ignorancia del diletante, que confunde la emisión de unas notas musicales con las de unas sílabas homófonas del nombre de las mismas.

32 El título hace alusión a la Revolución de 1868, «la Septembrina» o «Gloriosa», en que Prim, Serrano y Topete, tras una serie de alzamientos civiles y militares, se levantaron con el fin de derrocar a Isabel II, que tendría que abandonar España.

33 Su auténtico nombre era Francisco Cazalla Moreno. Fue picador de toros, nacido en Cádiz el 18 de diciembre de 1841. Participó en diversas corridas por Extremadura y Andalucía; aunque nunca se presentó en Madrid. Murió el 14 de junio de 1869, a consecuencia de una cogida en la plaza de toros de Cádiz (COSSÍO).

34 Voz tomada del caló, donde significa 'enamoramiento', y, por antonomasia, 'engaño', 'decepción'. (REBOLLEDO).

35 El que procura la venta de muías, machos, caballos, y media en el precio entre el comprador y el vendedor. (COVARRUBIAS).

36 Del caló «pescaralla»: 'chupa', 'chaqueta corta'.

37 Término para designar el 'miedo'.

- 38** Del caló, «mulabandó»: ‘matadero’. (REBOLLEDO).
- 39** Almirante y político, fue capitán del puerto de Cádiz; el 17 de septiembre inició, a bordo de la fragata «Zaragoza» la Revolución de 1868, que terminó con el destronamiento de Isabel II. Había nacido en México el 24 de mayo de 1821 y murió en Madrid el 29 de octubre de 1855. (PRO, 1933).
- 40** Carlos M^a de los Dolores de Borbón. Nació en 1848 y murió en 1909. Sobrino del infante Carlos Luis, de quien heredó sus pretensiones de acceder a la Corona. En 1869, inició su primer movimiento insurreccional. En 1872 dio comienzo la guerra civil que acabó en 1876 con su exilio en Venecia.
- 41** El entonado a partir del pronunciamiento de este general en las Cabezas de San Juan, en el 1 de enero de 1820, a favor de la Constitución. El general murió ejecutado en Madrid el 7 de noviembre de 1823.
- 42** «La Sacristía»: restaurante propiedad de Larrea Hermanos, situado en la calle Churruca (esquina calle Nueva), n^o 2 de Cádiz.
- 43** «El Siglo»; restaurante gaditano con sucursales en las Calles Marzal (Vea Murguía), 1 dpdo.; Ceballos 18;Valenzuela (después Moreno Espinosa), 7 y Marzal, 16.
- 44** Restaurante situado en la calle Pedro Conde (actual General Luque), 8.
- 45** Establecimiento situado en la calle Pedro Conde (actual General Luque), 8.
- 46** Actualmente, Enrique de las Marinas.
- 47** Alusión irónica a la desamortización.
- 48** Aguardiente realizado en la provincia de Málaga, del mismo nombre, con anís y azúcar hasta la saturación.
- 49** Del caló «najar»: ‘correr’, ‘huir’, ‘escapar’. Se utiliza un léxico vulgar y marginal para retratar al personaje.
- 50** La Isla de San Fernando, aquí es utilizado el topónimo como término de alusión hiperbólica.
- 51** Supone una ruptura del sistema lógico, pues, el protagonista incurre en contradicción al rechazar una revolución que antes defendía, debido a que le ha sido robada su montura, supuestamente, por sus propios correligionarios.

- 52** «de punto y agudo ingenio» (v).
- 53** Famoso chistoso sevillano, al que se alude en el prólogo de Benjumea, y protagonista de una de las Escenas andaluzas de Estébanez Calderón.
- 54** «que brotara de la mente» (v).
- 55** Ciudad de Rusia situada a orillas del Dniéper, donde los franceses vencieron a los rusos en 1812.
- 56** Galeno, antiguo médico griego (131-210, d. C.). Averroes, médico y filósofo árabe (1126-1198). Aristóteles, filósofo griego (384-322 a. C.). Tales de Mileto, sabio griego, considerado creador de la Física, Geometría y Astronomía (639-584 a. C.).
- 57** Una vez más el título ofrece una significación catafórica del chiste. La palabra churriburri es voz imitativa del masculino familiar zurriburri, 'sujeto vil, despreciable y de muy baja esfera'.
- 58** Canónigo lectoral desde 1875, nacido en 1759 y muerto en 1830 (CAMBIASO Y VERDES). Fue director del colectivo de personas que se reunía desde mediados de año 1813 y que luego compondrían la Sociedad Económica de Amigos del País (MARTÍN FERRERO).
- 59** Don Victoriano Pajares era propietario de una librería en la calle Ancha, 62 y 1/2, de cuya existencia se tienen noticias ya en 1789. (AMC, actas capitulares, cabildo del 10 de marzo de 1798). Curiosamente los Cuentos jocosos de Jérica fueron vendidos aquí. (Cf. Ed. de E. GUTIÉRREZ, p. 33.).
- 60** Las tertulias exclusivamente masculinas se llevaron a la calle: cafés, tabernas, e incluso -como en este caso- librerías, eran el lugar de encuentro. (Cf. RAMOS SANTANA, 1987).
- 61** Sobre el chascarrillo puede verse una explicación en la página 56 de este trabajo.
- 62** Negocio de transportes, propiedad de Juan de Arana.
- 63** Fue instalado en Cádiz en 1864. (ROSETTY, 1868).
- 64** El Gran Teatro fue inaugurado en junio de 1870 y quedó totalmente destruido por las llamas el 5 de agosto de 1881. Era muy suntuoso y estaba instalado en el lugar donde hoy se encuentra el Gran Teatro Falla. (PRO, 1933).

- 65** Personificación por la que se hace referencia a la Facultad Libre de Farmacia que se ubicó en la Facultad de Medicina. Su existencia fue efímera, de 1871 a 1875.
- 66** El primer banco que existió en Cádiz fue el fundado en 1846 por Francisco Paúl y Pedro Pascual Vela. (RAMOS SANTANA, 1987).
- 67** Desde 1850 el ayuntamiento se plantea el abastecimiento de agua a la ciudad. Para ello se recurre primero a concesionarios privados y luego a compañías extranjeras. (RAMOS SANTANA, en prensa).
- 68** Marselleses, capotes, mantillas blancas y corbatines de charol son todos elementos pertenecientes a la vestimenta posterior a la Revolución francesa.
- 69** El primer ferrocarril es de 1861, que llega a Cádiz procedente de Jerez. (RAMOS SANTANA, 1992).
- 70** El primer vapor que se conoce en esta ciudad es de 1817. (RAMOS SANTANA, 1992).
- 71** El telégrafo que primero se utilizó en Cádiz fue el «de espejo» en 1800. Posteriormente, hacia 1840 se utilizaría el de alambre. (RAMOS SANTANA, 1992).
- 72** En esta enumeración el autor hace referencia a la I República.
- 73** La que daba al muelle portuario de la ciudad, frente al actual ayuntamiento.
- 74** «tres cuartos mirando al muro» (v). [Posiblemente prefiriera la versión definitiva en el libro porque la indicación «tres cuartos mirando al muro» podía resultar ambigua y considerarse equivocadamente como «en posición de tres cuartos».]
- 75** Alusión a la decadencia que ya entonces padecía el comercio marítimo en Cádiz.
- 76** Peluquero que no tenía local y ejercía su oficio de forma ambulante.
- 77** «y oprimiendo las axilas» (v).
- 78** «tres cuartos mirando al muro» (v).
- 79** El autor caracteriza a este gallego por su habla. Por otra parte, para construir la anécdota, recurre a la fama que tenían estos emigrantes de tacaños.
- 80** A una necesidad se contesta, irónicamente, con otra mayor.

81 [Nota del autor] Aforismo jurídico aplicable a indulgencias, privilegios y rescriptos apostólicos, los cuales no deben interpretarse latamente sino al tenor de la letra, porque tantum valent quantum sonant. Es decir que en sentido literal: las campanas valen tanto cuanto suenan.

82 Alusión a la Revolución de 1848 contra el gobierno de Narváez.

83 General y político español, enemigo de Espartero y jefe del partido moderado, con cuyo gobierno trató de fortalecer el trono y debilitar el elemento popular.

84 Según consta en la GUÍA DE LA ISLA DE CÁDIZ de 1830 (s. e., s. a.) era Caballero de la Real Orden Militar Constantiniana de S. Jorge y de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III, Cónsul también de las Dos Sicilias, Toscana, Austria y Rusia.

85 Periódico de tradición moderada que se publicaba en Cádiz desde el 17 de septiembre de 1842.

86 Mediante la ironía el autor censura el interés monetario del cónsul italiano, que a la vista del dinero «empieza a entender al napolitano».

87 Nuevamente, el autor trata de distanciarse así del hecho, al mismo tiempo que procura credibilidad a la historia.

88 'Entiendo'.

89 'Rápido... al momento...'

90 'Ve a buscar al canciller'.

91 'Es necesario'. Con todas estas expresiones trata de reflejar el habla italiana del cónsul.

92 Los franciscanos, tras ser desamortizados, como los de otras órdenes, tuvieron que dejar sus conventos.

93 En Andalucía, «nombre de los palos hincados en el suelo, a los que se ata un cordel o sogá para tender la ropa» (ALCALÁ-VENCESLADA).

94 Imita de algún modo el habla vulgar de una gitana, con algún vocablo del caló.

95 Este es casi el único cuento que presenta similitudes con los tradicionales del

siglo XVI. ARGUIJO recoge uno parecido, el n° 409 de la edición ya citada de CHE-NOT y CHEVALIER, que dice así:

Estaba el don Iñigo de Cisnero muy mal con el Conde de Palma, porque le decía mil pesadumbres y le hacía mil burlas. Supo el Conde que estaba muy mal al cabo de la enfermedad de que murió. Entró a verle, y hallóle vuelta la cara a la pared, y dos de la Compañía que le ayudaban a morir. Dijole uno:

-Señor, aquí está el Señor Conde de Palma-. Volvió entonces un poco la cabeza y miró al Conde diciendo:

-Agora acabo de creer que es cierto lo que se suele decir, que todos los que mueren han de ver antes al diablo.

96 «hablándote en paridad» (v).

97 Para sus retratos degradantes suele servirse de este tipo de metáforas cosificadoras al estilo de Quevedo. Véase, además, la página 57 de este trabajo.

98 Es esta una perífrasis eufemística, utilizada jocosamente por el autor para significar que el enfermo murió por causa de su gula, pero feliz.

99 La moneda denominada «perro chico» o «perra chica» era equivalente a cinco céntimos, cuando el doblón valía cuatro duros.

100 La anécdota se sitúa durante el Trienio liberal.

101 Metáfora mediante la que el autor deja traslucir el temor que sienten los litigantes -incluso su propio recelo- ante la intervención de la justicia oficial, sobre todo por la demora que supone.

102 De nuevo el autor recurre a un tópico gaditano que confiere al genovés un carácter excesivamente tranquilo; quizás necesitaban mucha paciencia para sus tratos mercantiles.

103 Trata de distanciarse como autor; al mismo tiempo que dar credibilidad a sus supuestas fuentes.

104 Fórmula muy similar a la anterior y con idéntico propósito.

105 Como ocurría en los entremeses, muchos de estos chascarrillos están protagonizados por personas muy simples que toman las palabras al pie de la letra. (ASENSIO, p. 54.).

I06 En la descripción de este tipo, consigue construir un magnífico retrato de época, con detallada descripción de la vestimenta y de sus costumbres sociales. La mujer podía salir poco de casa y, para ella, estas reuniones, visitas y fiestas constituían casi su única distracción.

I07 Es la fiesta de la onomástica una de las más adecuadas para la visita.

I08 La adjetivación es propia del conceptismo de Quevedo, a quien parece conocer y admirar el autor.

I09 Mediante las personificaciones, el temor del protagonista se hace más objetivo y cobra dimensiones melodramáticas.

I10 El chiste, como en otros casos, está basado en la ambigüedad verbal. La acción de «caer» puede estar referida tanto a «la gota», como significar que ‘algo venga de forma conveniente’, en este caso «la visita». Así pues, el autor juega con el doble sentido.

I11 El título da nombre a los protagonistas. Pastelero es el ladrón que roba a incautos por medio de engaños. Los personajes de este cuento deben mucho a la tradición de los romances y los entremeses.

I12 «atración» viene de «atraque»: ‘encuentro desagradable’ (VILA). Es decir, que el sujeto fue asesinado por arma blanca («hierro») en un desagradable «encuentro».

I13 De esta afición al «mayorca» también se hace eco LEÓN Y DOMÍNGUEZ (p. **I60**).

I14 ‘Ladrones’.

I15 ‘Robos y engaños’.

I16 El retrato de estas majas es sumamente despectivo, en la tradición de las seranas del Arcipreste de Hita.

I17 Se trata de una fórmula de la tradición oral por la cual se reclama la atención del receptor, a la vez que se le hace partícipe de la narración.

Muchos cuentos literarios conservan rasgos orales que no son sino huellas de sus antecedentes primitivos.

I18 Se llama así en San Fernando a los valentones o guapos, porque solían habitar

ciertas callejuelas sospechas. (SOPENA).

I 19 Del caló mulabar: 'ajusticiar'.

I 20 Asigna expresiones vulgares a los protagonistas.

I 21 Figuradamente, 'escupitajo'.

I 22 'Ocasión', 'oportunidad'. (PAYÁN)

I 23 'Prevención'.

I 24 Posiblemente se refiera a pretos o pre: socorro diario que se daba a los soldados para su mantenimiento. COVARRUBIAS la considera préstamo moderno del francés.

I 25 Situada en el barrio del Pópulo.

I 26 Del caló jundo: 'soldado'. (REBOLLEDO).

I 27 Por estibados: 'colocados'.

I 28 Por bofes: 'pulmones'.

I 29 El desenlace de esta narración recuerda la algazara final de un entremés o de un sainete.

I 30 Todo este colofón no es sino un alarde cultista que trata de disculpar el tono que los burgueses podían tildar de «populachero».

I 31 El título ya pone al lector en antecedentes de que se trata de un hecho disparatado.

I 32 Para contrarrestar el disparate y pasarlo por suceso verídico recurre a la mención de numerosas fuentes: «papeles viejísimos», «datos biográficos», «códices»; en realidad se trata de un recurso irónico y humorístico.

I 33 Es de notar el uso de numerosas palabras cultas y esdrújulas que contribuyen a crear el clima de comicidad. Recurso muy utilizado en las coplas del carnaval gaditano.

I 34 El autor considera que eran muy habituales en la época las prácticas caciquiles.

- I35** «lo menos hacía diez meses» (v).
- I36** Véase la nota nº 215, correspondiente al cuento XV.
- I37** «lo buscaron diligentes» (v).
- I38** Al igual que después «turca» es sinónimo de 'borrachera'.
- I39** Gitano muy conocido en Cádiz. Era amigo del Magistral Cabrera, otro personajes de estos Cuentos. (LEÓN Y DOMÍNGUEZ).
- I40** «pesadeces y tonturas». (V).
- I41** Término caló que significa 'guasa'.
- I42** Nueva ambigüedad. Ayunar se dice de no haber comido ni bebido; aquí el protagonista sólo ha ayunado de comida. La alusión a la comunión connota presumible inocencia.
- I43** Andalucismo que significa 'hombre avaro, cicatero'. (ALCALÁ-VENCESLADA).
- I44** Hace referencia a la época de la invasión francesa, cuando Cádiz era el único reducto por conquistar.
- I45** En Cádiz se contaba una anécdota muy curiosa de un calesero que cobró a su viajero una fortuna por llevarlo, ya que decía que al dejarlo en territorio francés era como si lo hubiera transportado hasta la misma Francia.
- I46** La protagonista del cuento es una empedernida jugadora.
- I47** Actualmente, Benjumeda.
- I48** Mediante numerosas hipérbolés se describe la tormenta que ha de sufrir la jugadora.
- I49** El chiste viene dado por la comicidad de la situación descrita. La señora se debate entre el miedo, los rezos y su pasión por el juego.
- Los cuentos en que se censura este vicio son numerosos: no se olvide que entre los artículos del Reglamento del Círculo Moderado, al que pertenecía el autor, prohíbe los juegos de envite y azar.
- I50** Debe querer decir gal: 'lugar'. (REBOLLEDO).

I51 Dicho coloquial con que se da a entender que no es asunto de poca importancia.

I52 Vulgarismos con los que el autor pretende dar idea de la condición sociocultural del personaje.

I53 De nuevo es un juego de palabras -disemia- la base del chiste: picar significa 'herir el picador de toro con la garrocha', pero también 'golpear con pico u otro instrumento las paredes para revocarlas'.

I54 En este cuento el autor dedica su introducción a presentar irónicamente sus fuentes.

I55 Agente teatral, del que se sabe que vivía en la calle S. Isidro (paralela a Ustáriz y Bendición de Dios), nº 4, en 1867.

I56 Juan Natera fue apuntador en el Principal por los mismos años.

I57 Actor. Su padre -como afirma aquí el autor- fue el creador de la Tía Norica. Este era un teatrillo situado en la calle Compañía y constaba de un palco corrido, -la galería-, y abajo un graderío -la cazuela-, donde, según cuenta León y Domínguez, los niños y los soldados podían presenciar la función de títeres por poco dinero. (LEÓN Y DOMÍNGUEZ, pp. 154-161.).

I58 Son alusiones a los episodios más aplaudidos: «El testamento de la tía Norica», «Los toros en el Puerto», «La adoración de los Reyes» -cuyos decorados y personajes se conservan felizmente en el Museo de la capital gaditana.

La costumbre de asistir a este teatrillo estaba muy extendida y a él acudían, incluso, varios sacerdotes, entre ellos el obispo Arbolí. (LEÓN Y DOMÍNGUEZ, pp. 154-161.).

I59 El que estaba en la calle Cardenal Zapata y en la actualidad se ha recuperado.

I60 Melchor Ordóñez y Viana fue gobernador civil desde el 27 de octubre de 1847, hasta el 6 de septiembre del 48; por segunda vez ocupó el cargo desde el 11 de julio de 1851 hasta el 14 de enero del 52. Se hizo famoso por sus rondas de vigilancia, efectuadas personalmente, para perseguir el juego y el escándalo público.

I61 En Cádiz se jugaba mucho, sobre todo al monte, y no sólo en las tertulias caseras, sino también en locales destinados a este fin. La calle Norte -hoy General Penacho- era muy conocida para el autor, ya que vivió allí.

I62 José Benjumeda y Genis era un famoso médico gaditano, decano de la Facultad de Medicina, anteriormente, médico de la Armada. Discípulo de este colegio de Medicina en 1804. Falleció en Cádiz el 27 de abril de 1870.

I63 En este cuento se conjugan la comicidad verbal con la de la situación. Por una parte, el jugador que lleva la banca se finge enfermo y se mete en la cama vestido. Por otra, cuando llega el gobernador, rompiendo con el sistema de lo psicológico esperado, le pide un caldo, y , por si fuera poco, le reprende.

I64 De este cuento existe una variante en prosa recogida por Valera et al. Vid. APÉNDICE DE VARIANTES, n° 5.

I65 El efecto cómico se consigue gracias al uso de la hipérbole que supone una ruptura de nuestro sistema de la experiencia.

I66 Voz de la provincia de Almería con que se designa la distancia corta entre dos puntos. (ALCALÁ-VENCESLADA).

I67 [Nota del autor]. Casa señalada con el **I** en cuya planta baja está el almacén de calzados de D. Juan Aguilar, tan recomendable por lo especial del género y la confección de los artículos que allí se expenden.

I68 General y político español (1814-1870). Diputado por Barcelona en 1843, sublevó Reus y Barcelona. Al triunfar la revolución fue nombrado gobernador de Madrid. Acusado de conspirador, se alistó en el ejército turco. De vuelta, instigó la «Revolución del 68». Fue Presidente del Consejo de Ministros. A la salida del consejo fue asesinado (PRO, 1933).

I69 Generalmente, en Andalucía, 'borracho' (CASTRO). Aquí, muñeco que se balancea.

I70 Voz andaluza que significa 'buscapiés, cohетillo de muchachos'. (ALCALÁ-VENCESLADA).

I71 En Cádiz, lo mismo que 'pandorga' o 'cometa'. (CASTRO).

I72 Nuevo sinónimo de 'borrachera'.

I73 Calle del Boquete, actualmente se denomina Plocia.

I74 La ironía contribuye a preparar el climax cómico.

175 Bajo el mandato de este duque, el ejército de los «Cien mil hijos de San Luis» fue enviado por la Santa Alianza, para restablecer el poder absoluto de Fernando VII.

176 Nombre del famoso fuerte desde donde los franceses hostilizaron a la ciudad gaditana en el sitio de 1812, y, posteriormente, en 1823.

177 Con la palabra «sistema» alude a la Constitución.

178 Tratamientos despectivos con que absolutistas y realistas se insultaban mutuamente.

179 Metáfora por «satélite», en el sentido de ‘parásito’.

180 La que hoy es de San Francisco.

181 Sublevación encabezada por Riego en Cabezas de San Juan (Sevilla), en 1820, a favor de la Constitución.

182 De nuevo la ambigüedad es la base del chiste. Era, desde luego «un asunto interesante», pero sólo para el protagonista y no para el intendente Malvar.

183 [Nota del autor] «Abarbetar: es apoderarse de una cosa y no soltarla».

184 [Nota del autor] «Cabezada: es el saludo que se hace antes de salir un entierro de la casa mortuoria a los dolientes que reciben a los amigos del finado».

185 En Cádiz, el que tiene por oficio llevar a hombros los muertos al cementerio o acompañarlos con faroles encendidos al lado de la caja. (CASTRO).

186 Fosa común para los que no pagan sepultura particular.

187 [Nota del autor] «Mota: es una moneda de dos cuartos».

188 ‘Golpe’.

189 «En Cádiz, persona muy pesada en el andar. Tórnase la metáfora de la misma voz náutica que se aplica al buque de poco andar». (CASTRO).

190 [Nota del autor] «Pita: aguardiente de mala calidad».

191 «En Cádiz, salsa que se hace con ajo, perejil, cebolla y majado de especias finas. Normalmente para reutilizar las sobras de la comida». (CASTRO).

- 192** «En Cádiz, encuentro desagradable» (VILA).
- 193** «Reyerta, pendencia» (ALCALÁ-VENCESLADA).
- 194** «Desazón o mal humor de que se halla uno poseído». (CASTRO).
- 195** «Red alrededor de un aro que echan los pescadores para coger los pescados grandes. Por metáfora se llama así en Cádiz al sombrero grande y de mala hechura o muy viejo». (CASTRO).
- 196** Vid. cuento XXVII, nota 284.
- 197** [Nota del autor] «Guita: lo mismo que dinero».
- 198** [Nota del autor] «Sebo: expresión con que se increpa a los que dicen fanfarronadas y principalmente a los borrachos».
- 199** «Persona que quiere ser elegante, sin tener las condiciones necesarias para ello, bien por faltarle medios pecuniarios, bien por carecer de gusto» (CASTRO). Véase también la nota 98 del estudio introductorio.
- 200** En esta ocasión, al desenlace chistoso sigue una apostilla del autor en la que se describe al narrador riéndose por la visión del espectáculo cómico.
- 201** El título ya es ambiguo en sí. Como se verá, no se trata de un tenor que haya naufragado en el mar, sino profesionalmente.
- 202** «y eso a fuerza de mil ruegos» (v).
- 203** El éxito que consigue en todas partes es la cárcel, luego la paradoja es la base del chiste.
- 204** El título tiene función catafórica, pero en tono irónico.
- Por otra parte, véase el APÉNDICE DE VARIANTES, n.º 2.
- 205** Son varios los cuentos en que se refleja la afición de los gaditanos a los toros. El primer caso de la ciudad data de 1841, era de madera y estaba situado en el Campo de Santa María, frente al convento del mismo nombre. (ROSETTY, 1856).
- 206** Esta expresión es polisémica ya que significa a la vez 'fase de la luna' e 'instrumento para desjarretar en la lidia'. Además existe un juego de palabras final al que

alude el título, porque a esta media «luna» se añaden «el sol y las estrellas» para completar el «sistema planetario».

207 Amigo del personaje anterior, también gitano y famoso por sus ocurrencias. LEÓN Y DOMÍNGUEZ recoge esta anécdota, que puede verse en el APÉNDICE DEVARIANTES, nº 1.

208 Según el retrato que hace LEÓN Y DOMÍNGUEZ, Yesca era un gitano muy conocido en Cádiz por sus borracheras y su voz de bajo profundo, de la que se servía para recitar o cantar numerosos romances (pp. 348-353). En el nº 14 de LA TERTULIA se da la noticia de que su verdadero nombre era Juan de Dios de los Angeles Sala, quizás fuera, entonces, pariente del Ñoto.

209 La Correspondencia de Cádiz se edita ya en abril de 1865, era su director Manuel Ma de Luque y se imprimía en La Paz. (ROSETTY, 1866).

Posteriormente, con el título de La Correspondencia de Cádiz. Diario de esta capital de noticias y avisos. Ecos de la opinión y de la Correspondencia de España, se publicó otro periódico el 28 de enero de 1877, que duraría posiblemente hasta 1906. Era su propietario Gonzalo Cerón y Cuervo. Imprenta de La Correspondencia. (RAMOS SANTANA ET AL., 1987).

Posiblemente se aluda aquí al primer periódico.

210 Como en el primer cuento, el chiste también se realiza a partir de la ruptura del sistema de la experiencia, ya que este nos dice que es imposible que una res se ponga tapones en los oídos.

211 El desenlace supone una clara transgresión de nuestro sistema instintivo de supervivencia. Es incomprensible que una persona se preocupe más de un queso que de su propia vida.

212 D. José fue nombrado obispo el 4 de abril de 1854. Elocuentísimo orador y sacerdote de ejemplares virtudes, había nacido en Cádiz el 23 de octubre de 1795 y falleció en la misma ciudad el 16 de febrero de 1836. (PRO, 1933).

213 Chantre del Excelentísimo e Ilustrísimo Cabildo eclesiástico. (ROSETTY, 1860).

214 La base de la comicidad reside, una vez más, en el desconocimiento del uso correcto de la lengua, quizás el recurso más tradicional para producir el efecto jocoso.

215 El personaje da muestras de su ingenio utilizando una perífrasis eufemística

para evitar llamar «burro» al estudiante, al menos de forma directa.

216 Personaje que ya apareció en el cuento VII.

217 El protagonista incurre en una contradicción lógica que es captada y rechazada por sus interlocutores. Para salir del paso, el embustero, haciendo honor a su fama, inventa un disparate.

218 El tema, recogido en el título, es tradicional. ARGUIJO también recoge varios cuentecillos sobre sermones.

219 Era la parroquia de Santa Cruz, la Catedral Vieja.

220 El medio del que se vale el chiste es la ironía expresada en el disparate.

221 [Nota del autor] «El día de Todos los Santos, 1o de Noviembre, es costumbre en Cádiz engalanar los puestos de fruta propios de la estación, exhibiéndolas en abundancia, siendo de rigor a los vecinos de esta población hacer acopio de dicha fruta, a la que se da el nombre de Todosantos o Tosantos, término local sobre el cual está basado este romance.

222 Se trata de un chiste metafórico, donde se identifican elementos distintos, pero con cierta relación de semejanza formal.

No tiene este cuentecillo nada que ver con la tradición que satiriza los conocimientos de los médicos, pues aquí se destaca la sorna del facultativo ante la pesadez del paciente.

223 Se refiere al Campo del Sur.

224 De nuevo, el protagonista incurre en una enorme contradicción.

225 Sistema de pesca en el que intervienen dos barcas; pero que por su método exterminador fueron abolidos en el siglo XVII en Valencia. Los pescadores trasladaron este sistema a El Puerto de Santa María y Sanlúcar.

226 Formación rocosa que existe cerca del arrecife donde se halla el «Faro de las Puercas».

227 El efecto cómico se produce por una ruptura del sistema de lo psicológico esperado, ya que es incomprensible que cuando una persona se está muriendo, debido a la impresión que le produce saber la muerte de su marido, el mensajero de tal noticia, en vez de ayudarla, se preocupe porque se va a morir sin saber que

su hijo también ha muerto. La comicidad se ve, además, incrementada por el hecho de que sea un sacerdote -de quien se espera cierta experiencia en el trato con los hombres- el transmisor del mensaje fúnebre.

228 En este cuento el desenlace cómico culmina con una invectiva: «si no fueras tan torpe», que queda suavizada por la situación, ya que se trata del reproche de un tramposo que roba a otro tramposo. De esta forma, en cierta medida queda a salvo la moralidad del lector; como dice el refrán: «el que roba a un ladrón tiene cien mil años de perdón».

229 También protagonista del cuento titulado «El viudo».

230 Desenlace que rompe con el sistema de la experiencia que rechaza la idea de que un objeto pueda ser culpable de algo.

231 Universidad de las más antiguas de España. En ella estudiaron importantes religiosos y teólogos. Allí enseñó Fray Luis de León.

232 Universidad italiana de rancia tradición.

233 El desenlace constituye una ruptura de lo psicológicamente esperado. Pues nadie considera normal en un sacerdote que se pelee a puñetazos ni siquiera con un ladrón. Aún más chocante resulta su posterior actuación.

234 Torero español de la segunda mitad del siglo XVIII, del que no se tienen datos biográficos ciertos. Sobresalió como banderillero y fue el inventor del volapié. Modificó, además, el traje de torear. (SOPENA), (Cf, también, CASTRO).

235 Empresario de toros.

236 De sobrenombre «Paquiro». Torero nacido en Chiclana de la Frontera (Cádiz). Considerado como uno de los toreros más significativos del siglo XIX. Publicó en 1836 la Tauromaquia. Había nacido en 1805 y murió en 1851. (Véase, además, APÉNDICE DE VARIANTES, n° 2).

237 Picador de toros, seguramente sevillano, de la primera mitad del XIX. (COSSÍO).

238 Picador de toros, nacido en Utrera (Sevilla) el 23 de febrero de 1785. De familia torera, era buen jinete y cosechó notables éxitos. (COSSÍO).

239 Picador de la primera mitad del XIX, natural de Sevilla. Figuró en la cuadrilla

de Montes (COSSÍO).

240 El chiste está construido a partir de una invectiva satírica que utiliza el recurso de la comparación de inferioridad, y que, además, parte de una polisemia: «pica (...) menos que un pimiento dulce».

241 Interviene en este cuento la técnica del engaño-desengaño, que sirve -en este caso- para reforzar la idea de que el personaje satirizado es un borracho empedernido. El narrador empieza a enumerar los días que el personaje estaba borracho, dando así la impresión de que no lo estaba siempre, para desmentir a continuación tal impresión.

242 Tanto «sudeste» como «chispa», son sinónimos de 'borrachera'

243 Véase el cuento X, nota 182.

244 «Cambiar la peseta»: 'Marearse' (CASTRO).

245 Del desenlace ya se dio cuenta en le presente trabajo (p. 57).

246 La que tuvo lugar después de que en 1861 el presidente Santana proclamara su anexión a España, que terminó tras enconadas luchas en 1865.

247 El chiste con los apellidos «Guerra» y «Armas» es de corte popular.

248 [Nota del autor] «D D. Fernando de Zarate».

249 [Nota del autor] «Anónimo».

250 [Nota del autor] «De D. Dionisio Solís».

251 [Nota del autor] «De D. Gregorio Cifuentes».

252 [Nota del autor] «De D. Melchor Fernandez de León».

253 [Nota del autor] «De D. Juan Matos Fragoso».

254 [Nota del autor] «De D. Antonio Zamora».

255 [Nota del autor] «De D. Luciano Francisco Comella».

256 [Nota del autor] «De D. Luciano Francisco Comella».

257 [Nota del autor] «Anónimo».

258 [Nota del autor] «Sainete anónimo».

259 Los autores teatrales que se citan en las notas pertenecen mayoritariamente a los siglos XVII y XVIII, por lo que puede deducirse que estas obras barrocas o neobarrocas aún gozaban del favor popular. El teatro del Balón acogía, fundamentalmente, este tipo de obras.

MATOS FRAGOSO (Juan de). Autor dramático hispano-portugués (1608-1689). Produjo unas cincuenta piezas teatrales, entre las que figuran: Juan labrador, El sabio en su retiro y villano en su rincón, Lorenzo me llamo, Callar siempre es lo mejor, El yerro del entendido, El galán de su mujer, Con amor no hay amistad, La dicha del desprecio y Poco aprovechan avisos. Muchas de ellas en colaboración con Moreto, Gil Enríquez y otros.

COMELLA (Francisco). Fecundo poeta dramático español. Nació en 1716 y murió en 1779.

ZAMORA (Antonio de). Poeta y autor dramático español (c. 1664 - c. 1740), que escribió numerosas comedias en las que procuró imitar a Calderón. Suyas son El hechizado por fuerza, El pleito matrimonial, La defensa de Cremona, etc.

COMELLA Y VILLAMITJANA (Luciano Francisco) Escritor dramático español (1715-1812). Escribió numerosas comedias, dramas, sainetes y otros, en número de 130 aproximadamente. Fue precursor del melodrama y sintió gran afición por los asuntos exóticos sobre un fondo histórico convencional, así como por la vida de soberanos de otros países. Destacan La familia indigente, y, sobre todo, sus piezas en un acto, entre las que sobresale El menestral sofocado. Fue pública su enemistad con Leandro Fernández de Moratín, quien le ridiculizó en La comedia nueva y en La derrota de los pedantes.

VILLANUEVA Y OCHOA (Dionisio) Literato español (1774-1834), conocido por el seudónimo de Solís. Escribió las comedias La pupila y La literata, la pieza La comparsa de repente; compuso en endecasílabos el Romeo y Julieta y refundió más de 30 obras, como El alcalde de Zalamea, La villana de Vallecas y La segunda Celestina.

ZARATEY CASTRONONO (Fernando de). Poeta y autor dramático español que vivió en la segunda mitad del s. XVII. Compuso innumerables obras dramáticas que gustaron mucho en su tiempo, entre las que se mencionan La culpa más provechosa, La montañesa de Burgos y El noble siempre es valiente.

260 Esta introducción constituye una extensa sátira contra los liberales exaltados, que deben exiliarse cuando, tras la invasión de «Los cien mil hijos de San Luis»

es restablecido el poder absoluto de Fernando VII, que deroga la Constitución y persigue a los liberales.

261 Su nombre auténtico era José Vázquez y González. Banderillero malagueño de la primera mitad del XIX. Sus méritos de torero quedaron relegados por sus actividades políticas. Tras el levantamiento de Riego, formó un grupo de soldados liberales en el barrio malacitano del Perchel. En el 23 tuvo que huir a Londres. (COSSÍO cuenta la misma anécdota que protagonizó en esta ciudad).

262 Capmany fue un historiador y filólogo español nacido en Barcelona en 1742; miembro de la Real Academia de la Historia y, desde 1790, «Secretario perpetuo». Representante en las Cortes de 1812 y 1813. Murió en Cádiz en este último año.

José Ma Queipo de Llano, Conde de Toreno fue uno de los más brillantes políticos y oradores de la primera mitad del XIX. Participó en las

Cortes de Cádiz. Había nacido en Oviedo en 1786; murió en París en 1843.

Bartolomé José Gallardo, político español, que destacó como autor de varias obras de crítica literaria. Nació en Campanario (Badajoz) en 1776, estuvo muy vinculado a la ciudad de Cádiz donde se vio obligado a refugiarse durante la Guerra de la Independencia, a causa del avance francés. Perteneció a las Cortes de Cádiz, que le otorgó, respaldado por su fama de erudito, el puesto de bibliotecario oficial. Como integrante del sector liberal compuso, contra los ataques de los tradicionales, en especial de los vertidos en el Diccionario manual razonado (...), el Diccionario crítico-burlesco del que se titula razonado manual. Junto a numerosos exiliados hubo de marchar a Inglaterra, donde recibió una pensión del Estado. Murió en 1852.

Todos estos nombres aparecen en plural para indicar así a la generalidad de los intelectuales liberales exiliados en Londres.

263 Existió un sastre con tal apellido que en 1868 tenía un taller y vivía en la calle San José, 35.

264 Véase el cuento XVIII, nota 226.

265 Patriarca hebreo, que construyó un arca para salvarse del famoso diluvio universal. En cierta ocasión, probó el zumo de la uva y fue hallado borracho.

266 Dios romano, protector de las vendimias y del vino.

267 Dios frigio, compañero y preceptor de Baco.

268 «Envinado pellejo» y «animado tonel» son metáforas cosificadoras con que se

satiriza la figura del borracho. Recuerdan algunas imágenes de Quevedo.

269 Poeta y profeta griego del s.VII a. C.

270 Previsión, 'puesto de policía o vigilancia de un distrito, donde se lleva preventivamente a las personas que han cometido algún delito o falta'.

271 El autor identifica este término con el anterior. La palabra «vivaque» ya fue utilizada por González del Castillo en el sainete titulado «El lugareño en Cádiz», con el mismo sentido (CASTILLO, p. 16). Sin embargo, originariamente significa 'campamento de un cuerpo militar'.

272 Nueva expresión sinónima de 'cárcel'.

273 La comicidad reside en la metáfora empleada para describir la situación, ya de por sí hilarante.

274 Véase el cuento XLII.

275 Según el diccionario de Calleja «copo» es un 'lance del juego del monte'.

Con este y los términos anteriores el jugador describe en su argot la impresión que le produce haber perdido a su esposa. Ni en ese delicado momento el empedernido jugador puede dejar de pensar en las cartas.

276 Según la mitología latina, dios protector de la medicina.

277 El Casino Gaditano y el Teatro Principal eran lugares de encuentro de la burguesía gaditana.

278 Juego de palabras con que se alude a la sífilis, el «mal francés».

279 En su censura de este personaje predomina la ironía. El chascarrillo se inserta en la tradicional sátira de médicos.

280 Gitanismo que significa 'cigarro' (REBOLLEDO).

281 'Excelente' . (ALCALÁ-VENCESLADA).

282 En Andalucía se utiliza como percal (CALLEJA).

283 'Tela gruesa de algodón'.

284 La situación de miedo es resuelta por el calesero con una perífrasis eufemística para no nombrar la muerte, término tabú entre los gitanos.

285 Véase cuento XXXII.

286 El desenlace de este cuento presupone la existencia de un tópico de que los montañeses se dedicaban a negocios de alimentación y, al menos éste, no parecía muy limpio.

287 En 1866 se produce una quiebra bancaria generalizada.

288 El protagonista cómico es en este caso un hombre de la sierra, que por esta condición de hombre de campo, no entiende mucho de economía, sólo lo necesario; por eso no es capaz de comprender que un papel pueda valer lo mismo que una moneda.

289 Posiblemente se trate del farmacéutico famoso que según León y Domínguez dio nombre a la calle Botica. (op. cit., p. 351).

290 Era el teatro más popular de los que existían en la época. El más antiguo era el Principal, construido en madera el año de 1700, en la calle Novena, terreno cedido al hospital de San Juan de Dios. El del Balón, situado junto al campo del antiguo juego de su nombre, fue construido también en madera en 1811, para que los gaditanos de la zona, refugiados a causa del sitio de esta plaza fuerte, tuvieran con qué entretenerse. El más reciente fue el Gran Teatro, en la calle Compañía. (ROSETTY, 1856, 1868 y LEÓN Y DOMÍNGUEZ).

En el Balón, más que en ningún otro teatro, se sucedieron diversos altercados, que llevaron a la proclamación de distintos bandos en que se reglamentaba la asistencia a dicha clase de espectáculo. (RAMOS SANTANA, 1987).

291 Del caló chinorre: 'niño'. (REBOLLEDO).

292 De ostelar, gitanismo que significa 'bajar'.

293 Gitanismo equivalente a 'vale', 'bono' (REBOLLEDO)

294 De camelar, gitanismo que significa 'enamoramiento' y por antonomasia 'engaño', 'decepción'. (REBOLLEDO).

295 Voz del caló que vale por 'morir' (REBOLLEDO).

296 El gallego tenía fama de hombre de pocas luces. De nuevo es el sujeto de la

comicidad, por su simpleza.

297 Matador de toros, nacido en Cádiz en 1812, de origen gitano. Hermano del también torero Gaspar Díaz, con el que torea varias veces, junto a Paquiro. Tras un declive de sus facultades, y posterior recuperación, marcha a La Habana y luego a Méjico, de donde vuelve triunfador. Murió en Lima de un aneurisma, el 9 de diciembre de 1858 (COSSÍO).

298 Fiesta religiosa que, según afirma el autor, fue interrumpida por los movimientos cantonalistas de 1873.

299 De este modo ingenioso, el protagonista se desentiende de los atracos del sabilista. Mediante perifrasis le comunica que no debe esperar nunca ayuda monetaria por su parte.

300 Posiblemente se trate del Sr. Pascual Aceitún, integrante de la compañía de baile dirigida por el Sr. Andrés Pautret. Véase, más adelante, la nota 440 del cuento titulado «Cosas de antaño».

301 Compositor italiano (1802-1835). Sus principales óperas son: Sonámbula, Norma, Los puritanos, etc.

302 'Partitura'.

303 'Ensayo'.

304 'Moneda de cobre de dos cuartos' (VILA).

305 Véase el APÉNDICE DE VARIANTES, n° 3.

306 El gobernador, según afirma LEÓN Y DOMÍNGUEZ (1897. p. 120), es González Vico.

307 El tema es similar al del cuento titulado «Trabajar por cuenta ajena».

308 HERRERO (1980, p. 219.) registra un principio jurídico que dice: «Sublata causa, tollitur effectus», es decir: «Al cesar la causa, cesa el efecto». Debe señalarse que sublata está emparentado con tollita por ser compuesto del verbo latino fero, por lo que es explicable, hasta cierto punto la confusión del opositor.

309 Mariscal francés que dirigió el asedio de Cádiz (1810-1813).

310 Despectivo por francés. De sobra es conocido el odio que todo lo francés

despertó, sobre todo a raíz de la invasión. En Cádiz, por este motivo, se inventaron algunas coplas sobre sus fracasos bélicos durante el asedio. Véase a este respecto LEÓN Y DOMÍNGUEZ.

311 El autor critica el liberalismo exaltado.

312 Se refiere a la revolución del 18 de septiembre de 1868.

313 Censura la enseñanza proporcionada en las escuelas públicas.

314 Andalucismo por huir (ALCALÁ-VENCESLADA).

315 Natural de Chiclana, fue cura del Sagrario de la Catedral y el 13 de marzo de 1801 fue elegido Magistral. Además fue socio fundador y director en 1814 de la Sociedad Económica de los Amigos del País (MARTÍN FERRERO).

316 El chiste se produce por ruptura del sistema de la experiencia que niega que una persona se destiña.

317 Lo más importante ya se ha comentado en el estudio introductorio (p. 56).

318 De nuevo alude a la «Gloriosa».

319 «Carcunda», despectivo de carca. Con este término se aludía a los carlistas.

320 Mediante estos adjetivos irónicos, el autor, defensor de la monarquía, trata de satirizar el intento republicano y sus gobiernos interinos, previos a la redacción de una constitución. Castelar, que era federalista, tuvo que renunciar a sus ideas y reprimir los excesos cantonalistas, con lo que él, que era un radical, adoptó posturas más moderadas. De hecho, tras el advenimiento de la Restauración alfonsina, formó el Partido posibilista, que propugnaba la evolución democrática de la monarquía constitucional.

321 Descripción costumbrista de las diversiones de los gaditanos:

El café de las Cadenas, que después se convertiría en la cafetería Orcha, estaba situado en la calle Cristóbal Colón, próximo a la Casa de las Cadenas.

Las arboledas del Puerto, como las de Chiclana, se pusieron de moda como lugares de expansión y recreo. Muchos gaditanos veraneaban en estas poblaciones (RAMOS SANTANA, 1987), incluso el autor estuvo en alguna ocasión en el balneario chiclanero de Fuente Amarga (EL COMERCIO, 24 de octubre de 1876, «Gaceti-llas»).

A merendar los domingos de otoño e invierno, acudían los gaditanos a los ventorrillos situados en las Cuestas de Puerta Tierra, en los desmontes del ferrocarril. Entre estos eran famosos los ventorrillos de Aguada; también, aunque no en los mismos parajes, los de San José, Isabel y, a la entrada de la ciudad, el del Chato (PRO, 1933).

De los bailes de Bachicha, da noticias RAMOS SANTANA (1987), quien también nos informa de que los «piris» son los señoritos sin ocupación.

El Olivillo era un lugar donde se practicaba el juego de las bochas, consistente en tirar unas bolas medianas y otra más pequeña, ganando el que se acercara más a ésta con las otras. Según esta definición de SOPENA, puede identificarse con el juego de la petanca.

322 Ya en el estudio introductorio se dijo que Ibáñez-Pacheco conocía la obra de este sainetista gaditano del siglo XVIII (véanse notas 76 y 81). Incluso en el análisis detallado de los Cuentos, se han indicado -en algunos de ellos- ciertas similitudes con respecto de los personajes, los motivos, el lenguaje y, también, del desenlace cómico.

323 Desde su óptica de liberal moderado, una vez más, censura lo que él cree libertades excesivas.

324 El chiste ha sido comentado en el estudio introductorio (p. 56); pero habría que destacar cómo éste va precedido de una serie de invectivas nada suaves: «estúpida y necia cara», o «animal». El autor parece permitirse este lujo, quizás, porque los gallegos, según la opinión común de la época, no eran muy espabilados. Al ser esta una idea generalizada -probablemente basada en las dificultades que los gallegos tendrían con el idioma-, el lector no siente compasión por el individuo, con lo que no rechaza los insultos que tanto el narrador como el protagonista le dirigen.

325 Se trata de un entierro de primera categoría.

326 La comicidad reside más en la situación que en el lenguaje. No existe réplica chistosa, sino narración de hechos aparentemente absurdos.

327 No es Pautrez, sino Pautret. Se trata de la Sra. María Pautret y de la Sra. Justina Quatrini, ambas integrantes de la compañía de bailes dirigida por el Sr. Andrés Pautret y compuesta, además, por Pascual Aceitún, Juan B. Cozzer, Dolores Lamadrid, Luisa López, Carlota Martelli, Francisco Quatrini y José Rosales. Entre otros bailes representaron El page inconstante. Baile de medio carácter en tres actos, libreto publicado en Cádiz, Imprenta de Carreño, 1814. (Biblioteca Pública de Cádiz, Caja

de Teatro, nº 6).

328 Se llamó así a los bandos en que se dividían los madrileños aficionados al teatro en el siglo XVIII y comienzos del XIX, que estaban enfrentados según acudieran al Corral de la Cruz o al del Príncipe.

329 Al igual que sucede en el cuento anterior, la comicidad viene dada por la situación.

330 En este caso se mezcla la ironía con una ruptura de nuestro sistema de la experiencia: la lluvia sólo moja en el exterior, luego no tiene ninguna utilidad un paraguas que no pueda utilizarse en la calle. Se trata pues, de una respuesta cargada de ironía.

331 Son muy numerosos los inmigrantes de esta procedencia, su protagonismo cómico es de gran tradición.

332 El protagonista, algo simple, confunde las palabras «velas» y «velamen» en su intento de aparecer como persona culta.

333 Era muy conocida fábrica de guantes, de la viuda de Rodríguez, en Duque de Tetuán (Ancha), 17. (ROSETTY, 1868, p. 199).



unas palabras sobre

Imagen: José Pérez Siguimboscum.
Azotea gaditana (1900).
Museo de Cádiz.



«Pedro Ibáñez Pacheco,
un enamorado del cuento literario
y de la tradición oral»

MARIETA CANTOS CASENAVE

Nicolas Chapuy. *Cádiz. Plaza de la Constitución* (detalle), ca. 1840.



Los *Cuentos gaditanos* de Pedro Ibáñez-Pacheco son una muestra significativa y apasionante de la obra de un escritor que de alguna manera gustaba de reflejar las costumbres que el tiempo empezaba a borrar, los pequeños detalles que él amaba y consideraba dignos de preservación y expresión, en fin, de unos gustos de lectura que eran, al mismo tiempo, símbolo de la nostalgia, fruición popular, e instantánea de lo efímero. En ese sentido, como apuntaba Ibáñez-Pacheco cuando presentaba su obra, los cuentos tienen cierto aire de crónica:

Estos cuentos gaditanos, (...)
humildes anales son
y vulgarísimos ecos
de personajes añejos
de la ciudad en que moro,
conocidos todos ellos
por andar de boca en boca
entre la gente del pueblo.
Yo del vulgo los tomé (...) ^a

^a («Al lector». Dedicatoria de los *Cuentos gaditanos*, p. XIII).

Claro que a esa misión de cronista de unos hechos, Ibáñez-Pacheco suma la de escritor costumbrista que se recrea en la presentación de escenas y tipos, porque:

(...) esta tierra
en que andamos y vivimos
es, sin duda, la más fértil
en toda clase de tipos
que topar pueden las gentes
en el mundo conocido; (...).

En este sentido, asomarse a *Cuentos gaditanos* es deambular por la calle Compañía, los Callejones de Cardoso, Cortadura, la plaza de Mina, la Alameda, o el barrio de San Carlos, en Cádiz, o asomarse a la plaza de toros de El Puerto de Santa María; al tiempo que penetrar, acompañando a los personajes, en librerías, teatros, cafés, casinos, y otros lugares de reunión.

Con ellos el lector también puede conocer cómo eran las costumbres de la visita, la tertulia, el juego del monte, la lotería, los bailes de Bachicha, las excursiones y giras campestres a las arboledas de El Puerto, o a Chiclana; las meriendas en los ventorrillos de San José, Aguada, Isabel y el Chato, los conciertos en la Plaza de Mina, las representaciones de la Tía Norica y el viaje en falucho a El Puerto de Santa María. Sin olvidar la mención de algunas fiestas religiosas como las procesiones de Semana Santa, las novenas a la Virgen del Carmen o el día de «Tosantos».

De todo ello, habla Pedro Ibáñez-Pacheco con evidente conocimiento, pues había nacido en El Puerto de Santa María el 30 de noviembre de 1833, en el seno de una familia de clase acomodada compuesta por sus padres, Jacinto Ibáñez Pacheco Sánchez y María Dolores Gállaga Belaustegui, y el primogénito, Jacinto. Los Belaustegui eran acaudalada familia afincada en El Puerto, dedicada a los cultivos y negocios vitivinícolas. En 1836, Jacinto Ibáñez Pacheco, propietario y cultivador, se traslada con su familia a Cádiz.

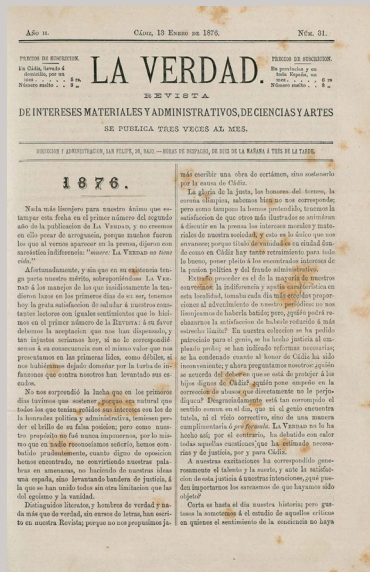
Alfred Guesdon *Cádiz* [Litografía]. 1852.



Cádiz

Pedro inició estudios de Derecho, pero a la muerte del padre, hubo de ocuparse de los negocios. En 1870 es ya padre de familia con tres hijos y un propietario de situación holgada que puede dedicarse a la política activa, concretamente dentro del Partido Moderado. Cinco años más tarde, resulta elegido diputado provincial por el primer distrito de Arcos, y nombrado visitador de la Casa Matriz de Expósitos. Desde 1875 su dedicación a la actividad literaria parece ir aparejada con diversos reveses de fortuna. En 1884 tuvo que aceptar el cargo de Director del Hospicio Provincial de Santa Elena, donde murió al año siguiente, dejando a su familia sin recursos financieros. Ibáñez-Pacheco había sido miembro de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras, de la Provincial de Bellas Artes, y pertenecía a la Asociación de Cervantistas de Cádiz, de cuyo titular era gran admirador, pues llegó a reunir diecinueve ejemplares de *El Quijote* de singular edición.

Como buena parte de los escritores del siglo XIX, la obra de Pedro Ibáñez-Pacheco es deudora del periodismo. Desde febrero de 1876 Ibáñez Pacheco era ya colaborador asiduo de la revista gaditana, *La Verdad*, donde el día 17 del mismo mes y año había empezado a publicar una serie de «romances», que alterna con algún que otro tipo de composición. Además escribió para la revista *Cádiz*, de Patrocinio de Biedma, *El Comercio* (Cádiz, 1875-78, 1882-83 y 1885-86), la *Crónica de los Cervantistas* (Cádiz, 1876) y *La Velada de Nuestra Señora de los Ángeles*, suplemento a *La Verdad* (Cádiz, 1876). Publicar



Ejemplar de *La Verdad*, revista de la que Ibáñez Pacheco era colaborador y donde por primera vez se publicaron sus *Cuentos*.

libros no era empresa fácil en el siglo XIX y sólo, cuando una obra había obtenido cierto eco en la prensa periódica, podía encontrar el autor ocasión de que sintiera por ella interés algún editor. De aquí que escritores como Fernán Caballero, Valera y otros muchos, mantuvieran en jaque continuo a sus amistades literarias o políticas para que «hicieran bombo» de sus publicaciones y así atraer la atención de renombrados editores que hicieran realidad la edición de sus escritos en volumen.

El autor de *Cuentos gaditanos* también escribió para la revista *Cádiz*, fundada y dirigida por Patrocinio de Biedma.



Posiblemente de la misma prensa tomara Ibáñez-Pacheco algunas notas para dibujar los cuentos de carácter más coetáneo, pero son ciertamente su experiencia vital en Cádiz y en El Puerto de Santa María, su amor a estas tierras, junto con su afición, por una parte a la literatura y, por otra, su conocimiento del mundo popular lo que dota de un sabor personalísimo a estos *Cuentos gaditanos*. Por ellos desfilan personajes conocidos como el médico José Gabarrón, el afa-mado Magistral Cabrera, gitanos como el tío Carando y hombres del mundo taurino como Caíto, José Fabre, Juan Pinto, o Antonio Sánchez.

Con ser el sabor costumbrista y su condición de crónicas algunas de las características que definen la naturaleza de los *Cuentos gaditanos*, la clave de los mismos y, al mismo tiempo, buena parte de su atractivo reside en el humor. Efectivamente, los *Cuentos gaditanos* rebosan de fina ironía y de acerada aunque prudente sátira, lo que de alguna manera

los entronca a los romances que aún perviven el carnaval gaditano, más aún si tenemos en cuenta que los *Cuentos gaditanos* están escritos en verso, concretamente en romance octosilábico, con inclusión de algún chascarrillo, que como recordaba el Conde de las Navas (1926), «En ocasiones, el chascarrillo andaluz se fragua tomando la materia prima de un acontecimiento reciente».

Con los romances carnavalescos y los cuentecillos jocosos en general, los *Cuentos gaditanos* coinciden en sus abundantes juegos de palabras, su sátira de tipos, sus chistes lingüísticos basados en la mala pronunciación de idiomas extranjeros o del español por tipos foráneos, así como el uso de los esdrújulos para ridiculizar la supuesta cultura del personaje o su diletantismo, o bien, por el contrario para acentuar su simpleza.

Según papeles viejísimos
y por datos biográficos,
se sabe que en esta ínsula
hubo un corredor muy cándido,
que sin llegar a lo estólido
pasaba de lo gznápiro;
pues el hombre era tan crédulo
y de criterio tan pánfilo,
que creía que a lo hipógrifo
pudieran volar los cuártagos,
y otras sandeces análogas
muestra de su ingenio apático

«El banco de Terranova»

Las imágenes grotescas también nos recuerdan ese mundo popular del cuento jocoso, presente también muy significativamente en el carnaval. Así, de un hombre muy gordo, que muere a causa de su gula, se dice en «El pajarito», que «era con piernas y vida el peñón de Gibraltar».

Por su uso de la sátira como paso previo a la comicidad, sobresale el cuento titulado «El prendimiento». Aquí el autor relata cómo un sastre borracho es conducido por vigilantes y serenos hasta su casa y la manera jocosa en que el sastre borracho vive el asunto. Desde el principio, tras la presentación del personaje, censura su vicio alcohólico que ataca «las

Nicolas Chapuy. *Cádiz. Vista de la Alameda* (detalle), ca. 1840.



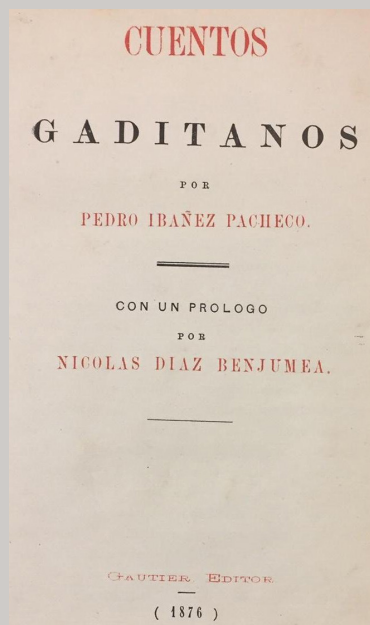
buenas costumbres»:

Pacientes los vigilantes
y pacientes los serenos,
su intervención limitaban
a custodiar impertérritos
la penosísima marcha
del envinado pellejo,
del animado tonel,
quiero decir, de Guerrero,
para evitar cautelosos
un accidente funesto
contra las buenas costumbres
o las leyes de este reino,
mandatos del municipio
y bandos de buen gobierno.

Sin embargo, ha de decirse que, en este caso, es tan aguda la repuesta del personaje que puede más, al menos en la mayoría de los lectores, el efecto cómico que el censorio. Cuando un vecino, alarmado por todo el jaleo, pregunta qué ocurre, responde el sastre:

Muy torpe debe usted ser
si no llega a comprenderlo:(...)
Como hoy es Miércoles Santo
han querido los serenos
representar a lo vivo
el paso del prendimiento.

La sátira, por otra parte, no suele convertirse en invectiva



Portada de la primera edición de *Cuentos gaditanos*, 1876.

personal, aunque en alguna ocasión esté próxima, como en el llamativo caso de «Los dos dioses» donde el personaje satirizado era un gobernador civil, que resulta ser Méndez-Vigo, según revela José M^a León y Domínguez en sus *Recuerdos gaditanos* (p. 120).

No obstante, a pesar de sus intenciones, y de declarar expresamente que no da los nombres para evitarse las protestas de algunos, puede ser que más de un gaditano se viera en ellos reconocido, ya que en el diario *La Verdad*, donde por primera vez se publicaron los *Cuentos*, apareció la siguiente nota, que, aunque algo extensa, conviene reproducir en su totalidad, por el interés que puede tener el eco suscitado por la obra de Ibañez-Pacheco en cierto sector del público lector:

Bien sé que de lo que digo se han de ofender muchos; porque lo que se dice en común y en general contra los defectos y vicios, lo toman por afrenta suya como si se dirigiese en especial CONTRA CADA UNO DE ELLOS: y lo que granjean con esto es, que enojándose contra mí, muestran lo que hay en sus conciencias; y con eso JUZGAN MUCHO PEOR DE SI MISMOS que de mí porque yo no PIENSO NOMBRAR A NADIE, ni usando de la licencia de la Comedia antigua, escogeré algunas personas para irlas reprendiendo.

De hombres prudentes es, cuando se reprende algún vicio, disimular, por mejor decir, enmendar LO QUE VEN



Ibáñez Pacheco pertenecía a la Asociación de Cervantistas de Cádiz, de cuyo titular era gran admirador, pues llegó a reunir diecinueve ejemplares del *Quijote* de singular edición.

En la imagen: Un ejemplar de la edición de Viuda e Hijos de Ibarra, 1787.

QUE LES TOCA, y no enojarse más contra sí mismos que contra mí, y no amontonar maldiciones contra el que les amonesta lo que les conviene; el cual aunque acaso tenga los mismos pecados y defectos, a lo menos, en esto les hace ventaja, que NO LE AGRADAN SUS MALES (La Verdad, nº 4, del 8 de marzo de 1875).

Parece, pues, bastante probable que el autor obtuviera más de una queja, aunque quizás para el director del periódico no serían importantes ya que él mismo editó luego el libro.

Desde luego, son mucho más abundantes la social y la política. En la primera se critican vicios encarnados en tipos como «el borracho», el «comilón», «el avaro», «el jugador»; pero también malas costumbres como las de «la mujer fumadora», «el sablista», «el maleducado» u otros fallos de carác-

ter, entre los que el de «la cursi», sobresale por su gracia y detalle. Además, de ser un tipo originalmente gaditano, resulta, por otra parte, expresión perfecta del intento de la clase media por separarse de sus orígenes populares y hacerse respetar por la nobleza. Intento que, en el caso del cursi, resulta fallido.

En cuanto a la sátira política, abarca desde la política general a la local gaditana y desde principios del siglo XIX hasta la misma fecha en que se escriben sus *Cuentos*. Con visión algo simplista ataca la Constitución del Doce como el «código sacrosanto que nos perdió las Américas», aún más duramente censura el pronunciamiento de Riego, los movimientos cantonalistas y, especialmente, la Revolución del 68, pues, como burgués moderado, en cualquier movimiento revolucionario ve la sombra amenazadora de la guillotina y, cuando menos, cualquier simple alteración del orden establecido le

El viaje en falucho a El Puerto de Santa María, lugar de nacimiento de Ibáñez Pacheco, es relatado por el escritor en su cuento “Del dicho al hecho”.

En la imagen: Nicolas Chapuy. *El Puerto de Santa María, cerca de Cádiz* (detalle), ca. 1840.



parece el mayor de los crímenes.

Pero, quienes más despiertan su antipatía no son los liberales, sino los franceses, invasores y dominadores del pueblo español. Para ellos, cualquier invectiva le parece pequeña, nótese el calor con que se adhiere a la galofobia de aquella época:

En aquel tiempo glorioso
en que Soult tuvo cercado
este insigne baluarte
del invicto valor patrio,
era tanto el fuego bélico (...)



La sátira política que Ibáñez practica en muchos de sus Cuentos no excluye a la Constitución del Doce, a la que califica como “el código sacrosanto que nos perdió las Américas”.

En la imagen: José Casado del Alisal. *El juramento de las Cortes de Cádiz de 1810*, 1863. Palacio de las Cortes.

como inextinguible el odio
que sentían aquellos bravos
contra el corso maldecido
y sus huestes de sicarios (...).

Así que no es extraño que otras obras suyas como *Algunas observaciones al protestante Roberto Mallen con motivo de la carta que ha dirigido al P. Acevedo de la Compañía de Jesús*, Cádiz, Imprenta y litografía de Arjona, (1863) e incluso el *Homenaje poético a su Majestad el Rey Don Alfonso XII tributado en diversas ocasiones y con diversos motivos*, Cádiz, Imprenta de la Revista Médica, de Federico Joly, 1876, hayan quedado en el olvido. En cambio resulta evidente por qué la obra que le dio mayor fama fue sus *Cuentos gaditanos*, publicados en Cádiz por Gautier en 1876 y con una segunda edición en la gaditana Imprenta de la Revista Médica, 1877.

Esta fortuna llevaría a Ibáñez-Pacheco a escribir otra serie de cuentos en verso en la revista *La Verdad* que no llegaron a ver la luz en volumen, aunque es posible que esa fuera su intención.

BIBLIOGRAFÍA

Diario de Cádiz, gacetilla de del 29 de marzo de 1885.

El Comercio, gacetilla de 8 de abril de 1885, p. 2.

La Verdad nº 34: «El tenor náufrago, romance»;

La Verdad nº 35: soneto «A S. M. El Rey D. Alfonso XII...». Ibídem:
«La fábrica de armas de Toledo».

La Verdad, nº 36: «El alquiler del cuarto, romance»;

La Verdad nº 37: «El caldo, romance»;

La Verdad nº 38: «El hércules enfermo, romance»;

La Verdad nº 39: «Un yerno modelo, romance»;

La Verdad nº 40: «A Miguel de Cervantes Saavedra, soneto»;

La Verdad nº 42: «El teatro de Guadalajara de Méjico»;

La Verdad nº 43: «Las natillas, romance»;

La Verdad nº 45: «El Tío Pierres, romance»;

La Verdad nº 46: «La materia prima, romance»;

La Verdad nº 47: «La llave», «Un albur», «El do de pecho», romances;

La Verdad nº 48: «Churri burris, romance»;

La Verdad nº 49: «El pajarito»;

La Verdad nº 50: «Los últimos momentos, romance»;

La Verdad nº 51: «Las Campanas, romance»;

La Verdad nº 52: «La vara de puntillas, romance»;

La Verdad nº 53: «La revolución de Septiembre»;

La Verdad nº 54: «Contra refranes»; Ibídem: «El pasaporte»;

La Verdad nº 55: «El laudo compromisario»;

La Verdad nº 56: «El banco de Terranova, romance»;

La Verdad nº 57: «Traducción literal, romance»;

La Verdad nº 59: «Los pasteleros»;

La Verdad nº 66: «La sota de espadas»

CANTOS CASENAVE, Marieta (1997), «Introducción» a Cuentos gaditanos, Cádiz, Fundación Provincial de Cultura de la Diputación de Cádiz, 1997.

Íd. «Pedro Ibáñez-Pacheco», en Diccionario Biográfico Español, Real Academia de la Historia, (en prensa).

LEÓN Y DOMÍNGUEZ, J. M^a (1897) Recuerdos gaditanos, Tipografía de Cabello y Lozón, Cádiz, 1897, p. 120

LÓPEZ DE VALDEMORO, Conde de las Navas, Juan Gualberto (1926): «El chascarrillo andaluz», VII de las conferencias dadas en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español, Madrid.

ROSETTY, José (1865) Guía de Cádiz, El Puerto de Santa María, San Fernando y el Departamento para el año de 1866, Cádiz, Imprenta y Litografía de la Revista Médica, p. 152.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2020



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



Junta de Andalucía

Consejería de Cultura
y Patrimonio Histórico



Andalucía

ORIGEN & DESTINO

Quinto Centenario de la Primera Vueltas al Mundo